

Voces del socavón

Relatos, vivencias y sucesos en El Aguilar

Avelino Bazán



EDICIONES
BIBLIOTECA
NACIONAL

Avelino Bazán nació el 17 de marzo de 1930. A los 17 años ingresó a El Aguilar, la compañía minera de capitales norteamericanos instalada en Jujuy dos años antes.

Desde su juventud, comenzó un largo camino a través de la lucha sindical. En 1958, fue secretario general del Sindicato de Obreros de Mina Aguilar. En 1964, ocupó el mismo cargo en la Asociación Minera Argentina. Lideró la Marcha de los Mineros del 8 de mayo de ese mismo año en reclamo por los derechos laborales. En 1966 fue electo diputado provincial por el Partido Blanco de los Trabajadores y en 1973 fue nombrado director provincial de Trabajo.

En la huelga llamada El Aguilarazo, Bazán fue garante de los derechos de los trabajadores y las obligaciones de la empresa. Se desempeñó como secretario de Políticas Públicas de la gobernación de Jujuy.

El 29 de marzo de 1976 fue detenido y llevado al penal de Gorriti; más tarde fue trasladado a la Unidad 9 de La Plata. Allí en prisión escribió *Voces del socavón*. Bazán fue liberado en junio de 1978 y dos meses después detenido nuevamente. Hasta hoy sigue desaparecido.

Voces del socavón

**Relatos, vivencias
y sucesos en El Aguilar**

Avelino Bazán

Bazán, Avelino

Voces del socavón : relatos, vivencias y sucesos en El Aguilar / Avelino Bazán. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2026.

120 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-728-220-7

1. Pueblos Originarios. 2. Cultura de los Pueblos Originarios. I. Título.

CDD A860

Presidente de la Nación: Javier Milei

Ministra de Capital Humano: Sandra Pettovello

BIBLIOTECA NACIONAL DR. MARIANO MORENO

Directora de la Biblioteca Nacional: Susana Soto

Subdirectora de la Biblioteca Nacional: Elsa Rapetti

Director Nacional de Coordinación Bibliotecológica: Pablo García

Director Nacional de Coordinación Cultural: Guillermo David

Director General de Coordinación Administrativa: Roberto Arno

Jefe del Departamento de Publicaciones: Sebastián Scolnik

Producción y diseño editorial: Departamento de Publicaciones

Centro de Estudios sobre Pueblos Originarios:

Emiliano Ruiz Díaz, Carina Carriqueo y Diego Antico

Imagen de tapa: Mineros de El Aguilar en la nieve, 1960. Extraída de *Avelino Bazán y su ser indio*, de Wayra Enrique González (Buenos Aires, Angulo Plata, 2021)

© 2026, Biblioteca Nacional

Agüero 2502 (C1425EID)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.bn.gob.ar

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Introducción	7
por Carina Carriqueo	
Voces del socavón	13
Palabras de presentación	15
La Puna jujeña	17
El lavatorio	19
La Pachamama	33
Los todosantos	41
El Ukako	49
Los manantiales	61
El antigal	77
El arrebato	87
Segunda carta para Avelino Bazán	97
por Dina Cardozo	
Apéndice de imágenes	101

Introducción

El Centro de Estudios sobre Pueblos Originarios de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno está abocado a la reedición y difusión del material bibliográfico escrito por las primeras naciones argentinas. La finalidad es mantener viva la memoria de los que lucharon por su identidad desde sus lugares de origen y se hicieron escuchar para lograr un país más justo, como lo hizo Avelino Bazán.

Avelino nació el 17 de marzo de 1930 en La Quiaca, provincia de Jujuy. Ingresó al oficio de minero a los 17 años en el establecimiento de la Compañía Minera Norteamericana El Aguilar, ubicada a 4700 metros sobre el nivel del mar en el departamento de Humahuaca. Aquella supervivencia en el corazón de la tierra fue volcada en su libro *Voces del socavón. Relatos, vivencias y sucesos en El Aguilar*.

La experiencia de hombres viviendo como “topos humanos” era humillante. La empresa los empleaba como mano de obra barata, en un lugar donde las posibilidades laborales eran escasas. Se llegó a ocupar al cuarenta por ciento del total de la población de la Puna y la Quebrada. El primer día de trabajo se les entregaba un saco impermeable color negro, botas de goma, guantes, un casco con lámpara y su batería. Para Avelino, como para el resto de los principiantes, los únicos maestros en la puerta del túnel fueron sus piernas y sus ojos. Adaptarse a la oscuridad completa, más el ruido de las detonaciones, hacía que rápidamente los sentidos se habituaran y aprendieran a esquivar los peligros.

Allí abajo debían permanecer ocho horas, envueltos en humo y polvo. La empresa extraía plomo, zinc y plata. Eran en total seiscientos trabajadores repartidos en distintos sectores. En su relato “Los todosantos”, Bazán nos cuenta los nombres de cada sector: en Vitamina, por ejemplo, los minerales eran semitriturados y luego se transportaban en camiones a la sección de embarque, hasta la estación de trenes de Tres Cruces, donde se enviaban al Chaco para la fundición.

Bazán relata “las heridas profundas que aún duelen”: la comida escaseaba, los inviernos eran crudos cerro arriba y tener un lugar donde formar una familia era un sueño que los constantes derrumbes del socavón podían truncar. Como le pasó a uno de sus personajes, Clemente,

de 19 años. Un joven con todos los anhelos de su edad, con esposa y tres hijos. Recién llegado después de casarse en una boda humilde realizada en la capilla de Abra Pampa. Su esposa con sus largas trenzas azabaches como sus ojos, sus polleras y blusas de colores llamativos. Pero la felicidad se trunca cuando el sonido de una alarma, la sirena de la ambulancia y todos los vecinos se preguntan: ¿quién? “Margara al escucharlo casi larga su ‘guagua’ al suelo. Solo su fortaleza hecha a los avatares de la vida hizo que recibiera la mala noticia con valentía y serenidad”.

No eran pocos los que quedaban allí abajo. Si el muerto tenía quien lo reclame, se entregaba el cadáver. Si no, se lo sacaba por la noche en un camión hasta Tres Cruces, se “alquilaban” dos o tres peones para que oficiaran de sepultureros. Ninguna changa podía ser rechazada, la consigna era enterrarlo por ahí, bien lejos de la estación. Los peones primero hacían acopio de alcohol puro, vino y coca para agarrar coraje. Con el tiempo pasaron a ser tantos los cadáveres que a veces, en el apuro y el miedo, alguno quedaba semienterrado y el viento dejaba al descubierto una imagen aterradora.

Los relatos de Bazán excavan el carácter del hombre norteño, el que lleva un andar lento y en solitario. Los que llevan en la mirada el peso de los años, que parecen ser más de los que realmente tienen; las distancias caminadas, la explotación, todo lo vivido parece quedar envuelto en un aguayo pesado. Pensando en lo que pudo haber sido, sin las ausencias.

Reflexiona diciendo que “ahí quedarán para siempre aquellos seres anónimos como símbolo de un pasado decadente [...] víctimas expiatorias al progreso y al cambio [...] sin el llanto de una madre, una esposa o de los hijos, en la inmensidad de las pampas desoladas”. Muchos jóvenes venían de Bolivia, también de parajes desolados, e iban a parar a El Aguilar. Una vez allí, la familia les perdía el rastro, no había forma de comunicarse, a veces ni siquiera se sabía de dónde eran exactamente.

En esa gran planicie en donde se iban enterrar a los muertos, no había más que vegetación baja y vientos intensos, y como no era un cementerio legal, nadie ponía cruces. Llegó un momento en que eran tantos los muertos por las detonaciones y los derrumbes que la empresa se vio obligada a construir un cerco de adobe para que desde el camino no se vieran cadáveres mal enterrados. Después de que construyeron el muro, le pusieron una puerta de hierro y pasó a ser oficialmente un cementerio. Como no había forma de saber dónde había un cuerpo, sobre esos muertos se enterraron otros. Dice Bazán: “Esa es la respuesta para quienes se preguntan por qué hay un cementerio tan lejos del pueblo de Tres Cruces”.

Bazán recogió historias, anécdotas, ceremonias ancestrales, el sincretismo del norte en el corazón de la tierra. La mención al Ukako, el ser maligno al que hay que dejarle tabaco para que no se enoje con los mineros por sacarle los frutos a la Madre Tierra y los proteja. Las ceremonias del día de Todosantos, que comenzaban el 1° de noviembre. Los preparativos de honrar a los muertos, en aquel tiempo en las viviendas o habitaciones de los obreros. Se preparaba con sumo cuidado y dedicación un altar. Si era mayor de edad, se colocaba una mesa grande, si era menor una mesa pequeña cubierta de tela negra, con dos pilares desde la parte delantera hasta el techo, como un tabernáculo funerario, con un crucifijo en la parte de arriba y una foto del fallecido.

Las figuras de pan sobre la mesa, animales (en su mayoría palomas), objetos, escaleras, caritas, hojitas de coca, cigarrillos y bebidas alcohólicas. Según la creencia, el difunto los visitará esa noche y quizás hasta alguna vela se apague como señal de que ha llegado. “Todos impregnados de misticismo y sugestión”. Ese día se designa a un amigo de la familia para que haga de cura y luego del rezo viene la comilona. Al día siguiente, la comida se reparte entre los familiares, despidiendo un año más a sus muertos, que se retiran en paz hasta el próximo año.

Bazán fue muy respetado por sus compañeros. En 1958 fue elegido secretario general del Sindicato de Obreros de Mina Aguilar (SOMA). Un año más tarde, en el Tercer Congreso Minero de AOMA, realizado en Buenos Aires, fue elegido como secretario general de AOMA Nacional, cargo que no aceptó, aduciendo falta de experiencia gremial para conducir el sindicato minero. Sin embargo, aceptó ser secretario de organización de AOMA. En 1961 cubrió el puesto de secretario de prensa y en 1964, siendo secretario general de SOMA, fue conductor de la Marcha de los Mineros del 8 de mayo. Luego de veinticinco días de huelga, mil mineros marcharon a pie con sus uniformes a San Salvador de Jujuy para denunciar los atropellos de la empresa norteamericana con la complicidad del Estado provincial y nacional.

El 30 de marzo de 1966 fue electo diputado provincial por el Partido Peronista, Partido Blanco de los Trabajadores. Se ocupó de sumar en la lucha minera a las mujeres y a todo el pueblo aguilareño.

El 28 de junio de 1966, Juan Carlos Onganía comandó el golpe cívico-militar y Bazán tuvo que interrumpir su mandato, pero había alcanzado a presentar su proyecto de ley para la pavimentación de la Ruta Nacional 9 y la creación de la Universidad Provincial de Jujuy, que con el tiempo pasó a ser Nacional.

Fue profesor del Instituto de Capacitación Sindical de la Asociación Jujeña de Empleados y Obreros Provinciales (AJEOP) y en 1973 fue designado como director provincial de Trabajo. En ese puesto pudo hacer las inspecciones pertinentes a las empresas Ledesma y Minetti, entre otras, e intervenir en la huelga que el pueblo jujeño llamó el “Aguilarazo”. Bazán fue garante de los derechos y obligaciones que tenían los trabajadores y la patronal.

En 1974 fue nombrado secretario de Políticas Públicas de la Gobernación de Jujuy.

El 24 de marzo de 1976, miembros de la policía provincial y de gendarmería irrumpieron en la Mina Aguilar y detuvieron a sindicalistas y obreros en la cárcel de Gorriti en San Salvador de Jujuy.

El 29 de marzo, pese a que Bazán desde 1970 ya no pertenecía a la Compañía Aguilar, fue detenido por la Policía Federal y trasladado a la cárcel de Gorriti. En ese cautiverio escribió su primer libro, *El porqué de mi lucha*, el cual tuvo una edición papel en 2011 por medio del Archivo Nacional de la Memoria. Allí profundiza los motivos de su causa, el recuerdo del Avelino niño, cuya familia ya trabajaba para la Mina Aguilar, sus hermanos, su hermana y su madre empleadas de los jefes administrativos, la violencia física de los superiores, los despidos. “Las lágrimas de mi madre y de mi hermana quedaron grabadas como un signo indeleble... nos tiraron como a perros en la pila de mineral que tenían almacenada”. Él, desde su juventud, supo que los motivos de su lucha no serían solamente para mejorar los convenios y lograr salarios dignos, ni generar asistencia médica inmediata, ni siquiera para que el gobierno percibiera una mejor regalía minera. Tenía un objetivo mucho mayor, un objetivo nacional. “De esa manera regresé a aquel lugar donde mi primera experiencia de injusticia había dejado una clara huella en mi corta edad. Por eso conviene explicar qué era y qué es realmente Mina Aguilar”.

El 7 de octubre de 1976 lo trasladaron a la Unidad N° 9 de La Plata junto a ochenta y siete presos políticos, en un avión Hércules del ejército argentino. Allí escribió *Voces del socavón*, que fue publicado por primera vez en 1986. Recuperó la libertad en junio de 1978. En su regreso a Jujuy gozó de libertad por solo cuatro meses. El 26 de octubre de 1978, fue detenido por segunda vez y hasta hoy sigue desaparecido.

Bazán entregó su vida por los derechos de su pueblo; su familia aún lo busca, lo espera. Su sobrina Dina Cardozo y su hija Miriam Bazán dejaron en 2011 su tierra jujeña para radicarse en Buenos Aires y seguir con la

búsqueda. Una de las primeras cosas que hicieron fue acercarse a la Biblioteca Nacional Mariano Moreno para donar *Voces del socavón*, con la esperanza de que algún día alguien lo encuentre, lo lea y se conozca su historia. Con la presente reedición del libro, se hace justicia con aquel anhelo.

Carina Carriqueo

Centro de Estudios sobre Pueblos Originarios

Voces del socavón

Relatos, vivencias
y sucesos en El Aguilar

Palabras de presentación

Hoy es el primer día de 1986. Hace exactamente siete meses quiso el destino que estas páginas, que fueran escritas por Avelino Bazán, durante su injusto cautiverio, me fueran confiadas por su señora esposa para que vieran la luz.

Debo expresar que escribir estas palabras de presentación constituye para mí una enorme carga que quizá no me corresponde. Lo hago, no obstante, con humildad y animado por un profundo sentimiento de respeto y admiración hacia quien supo consagrar íntegramente sus ideales y acciones al servicio de su pueblo. Es más, el sentido de culto y de fe que lo llevaron a militar en la doctrina profundamente humanista y cristiana hubieron de convertirlo, en horas sombrías para el país, en la víctima propiciatoria de quienes, cegados por un oscuro revanchismo, no llegaron a entender su alegato cívico y su pasión reivindicadora por los trabajadores mineros.

Agudo observador de la realidad social y disciplinado autodidacta, las limitaciones económicas que soportó con estoicismo no le impidieron adquirir un conocimiento pleno de las vicisitudes y del estilo de vida de la comunidad laboriosa de la que formaba parte. Por largos años, como trabajador y residente de la zona del Aguilar, pudo ver muy de cerca y hasta protagonizar anécdotas y episodios que relata en estas páginas, de allí que el libro *Voces del socavón* constituye un documento de situaciones y cosas que paulatinamente tendrán que ir evolucionando favorablemente por el avance cultural y, lo que es más, por el imperio y vigencia de la justicia social, objetivo insobornable que supo atesorar el alma generosa de Avelino Bazán.

Ritos, creencias, supersticiones y costumbres, arraigadas por la tradición en el alma de los pobladores de la Puna jujeña, ilustran estas páginas. La descripción de escenario, realizada con singular suficiencia, destaca el ameno estilo del autor que, sin pretensiones literarias, ha dado un exacto testimonio de lo que acontece en la región puneña de la provincia de Jujuy.

De allí que es grande la responsabilidad de estas líneas, pero mayor es la alegría que experimento al hacerlas, porque veo en ellas una distinción que renueva en mí el sentimiento de amistad sin reservas que me unió con

Avelino. Tuve la fortuna de conocerlo en mis años de juventud y, desde entonces, lo he seguido por la ruta de sus nobles aspiraciones justicieras.

Defensor de los mineros, de los trabajadores y de los humildes, lo dio todo en su lucha sin pedir ningún privilegio. Durante esa consagración idealista, en no pocas oportunidades fue tildado con calificativos injustos e irritantes. Pero quienes lo conocimos de cerca sabíamos de toda su entereza, de sus virtudes y de su sencillez, que hicieron de él un verdadero artífice de la personalidad.

Por eso simplemente digo en estas líneas: Avelino, tu obra continúa y tu sacrificio no ha sido en vano.

Elías Ramos

La Puna jujeña

Pedazo de tierra madre que aún amamanta a sus hijos en las heladas y frías soledades del norte argentino, pedazo de Patria nativa que comparte en el silencio el escaso calor materno que irradia de su bondad infinita, como queriendo infundirles más vida a esos míseros vestigios de una raza cuyos antecesores fueran guerreros indomables, orgullosos de su real estirpe.

Pueblos nobles de un lejano acontecer, que se extendieran como los rayos del sol hasta cubrir un vasto sector del continente. Lloran hoy su desamparo, librados a una muerte incierta en la inmensidad de sus desiertos, clamando por no desaparecer como las aguas de sus ríos tragados por la aridez de sus quebradas.

No son sus vientos que gimen como arrancando jirones de carne viva, sino sus quenas lastimeras que hieren con más agudeza que el agrietado filo de sus rocas. También hieren las sutiles notas de sus erques y charangos, como la sagacidad de sus coplas en el retumbar de sus cajas, como aferrándose a una esperanza que inexorablemente se esfuma en el ocaso de sus horizontes.

Su lucha es perpetua, titánica y estéril por sobrevivir al tiempo y al espacio. Pronto, nada quedará, ni el acervo misterioso de sus leyendas, tradiciones, mitos ni costumbres, donde un día se fundieran pueblos legendarios que, en un afán de igualar el vuelo altivo de sus cóndores, también pretendieron competir con los dioses ancestrales, elevando a cielo abierto los rayos del dorado sol invicto.

Soy jujeño, soy salteño
también soy catamarqueño
domicilio en todas partes
soy obrero aguilaréño.

Soy hijo de la montaña
pariente de El Aguilar
el socavón es mi casa,
la cosecha, mineral.

El plomo transpira sangre
que luego se lava en llanto
cuando muere algún minero
también se apaga su canto.

Para quien trabajaría
golpeándome noche y día,
al fruto de mi trabajo
alguien se lo llevaría.

Al terminar con la veta
todo se lo habrán llevado
y de los hombres, mineros,
solo las cruces quedaron.

El lavatorio

Clemente salió del hospital con el rostro cubierto por una sonrisa, que halagaba su rostro cetrino y curtido por el sol y los vientos de la Puna. Venía de ver a su esposa que había dado a luz una chinita de carita redonda, ojos fugaces y oscuros como su padre. Con ello, su prole aumentaba a tres vástagos, fruto de un matrimonio de cinco años. Juancho, que así lo llamaban a Juan, concurría ya a Jardín y Margarito pronto cumpliría los 4 años. Aunque amaban mucho a los varoncitos, ambos, él y su Margara, estaban deseosos de que les llegara una mujercita a la que llamarían Clementina, como un obsequio al padre.

Margara y sus padres, nativos de Coranzulí, se habían deshecho de sus pocas ovejitas para comprarse un ranchito de adobe y paja en Abra Pampa, y allí se radicaron desde el momento en que con Clemente convinieran el noviazgo. Él la había conocido en una fiesta de rodeos en Casabindo, donde la toreada ofrecía a los mozos decididos la oportunidad de lucirse esquivando al toro y demostrar sus habilidades taurinas. Por entonces contaba 19 abriles y era un muchachón de anchas espaldas, de fuerte contextura y elegante porte. Con su sombrero alón y pañuelo al cuello, había hecho suspirar a más de una de las chinitas del pueblo. Por entonces era libre como un pájaro, salvo aquella fiesta donde su corazón quedó cautivo al ver aquella moza de Coranzulí con la que terminaría casándose.

Clemente, hijo de una familia humilde, era único heredero. Su madre había muerto tiempo atrás y su padre, don Nicanor, disponía de algunas haciendas de burros y ovejas con las que se las rebuscaban para vivir modestamente. Además, disponía de un terrenito donde cultivaba un poco de papas y habas, productos que salían a vender, tanto en las minas como en los pueblos vecinos. Pronto, Clemente se marcharía al cuartel y su anciano padre se tendría que hacer cargo de todas las tareas. Ya era un hombre viejo, pero con la fortaleza y la paciencia de un mozo para seguir con esos menesteres, y estaban tan de acuerdo como su hijo de no pedir la excepción al servicio militar, como único hijo. Había gallardía y orgullo en ambos.

Antes de marcharse, tendría que hablar con Margara para que entre familias se formalizara el noviazgo. A este fin había marchado hasta

Coranzulí, muy distante de su pueblo, para proponerle que ella se fuera a vivir con su padre a Abra Pampa. De esa manera cuando le dieran la licencia del cuartel podría verla. Margara, también hija única, soltera, no tenía a nadie más que a sus padres, una pareja de campesinos pobres, de avanzada edad y a quienes no quería abandonarlos. Pero ellos, viendo que en ese pueblo no había esperanzas de un porvenir mejor, optaron por vender sus escasas pertenencias y se radicaron en los pagos de Clemente.

Reunidas las dos familias acordaron que los mozos convivieran en la casa de Clemente, para cuyo fin intercambiaron el anillo de bronce denominado de “casarichi”, lo que en sí representaba un matrimonio de prueba para que en el transcurso de un año pudieran entender la responsabilidad de un hogar y comprender el carácter de ambos. De haber cualquier desavenencia, ellos —los novios— podrían desestimar el compromiso. Sería, en todo caso, más una prueba a la constancia y fidelidad durante la separación que durara de los novios. Un año pasaría pronto, pero una mozuela, tierna, en la plenitud de su pubertad, era siempre prenda codiciada por los picaflones que rondaban por todas partes, pero ambos se tenían plena confianza. La palabra empeñada en ese amor puro, nacido de sentimientos profundos y sin mezquindades de ninguna naturaleza, era para ellos más que sagrada, era legítima garantía de moral entre aquellas gentes sencillas y humildes. Por eso, cuando Clemente se marchó a cumplir con la Patria, estaba seguro de que a su vuelta tendría una novia que lo estaría aguardando.

El buen comportamiento en el ejército hizo que le dieran de baja a los nueve meses. Satisfecho y sobre todo orgulloso de haber superado este compromiso, regresó a su pago de Abra Pampa para arreglar los otros problemas que lo esperaban y que lo harían feliz. Antes de casarse saldría a buscar trabajo, esa era su mayor preocupación. En su pueblo sería difícil encontrar algo que le permitiera ganar un salario siquiera para comer, y él ya prácticamente tenía una familia a cargo. Buscaría trabajo en las minas. Tanto Mina Aguilar como Mina Pirquitas siempre estaban recibiendo trabajadores y allí se ganaba algo más de lo que pagaban en toda esa zona. En Mina Pirquitas había intentado una vez, pero no le gustó. Además, no ofrecía ninguna garantía de permanencia. Ya hablaría con sus padres y con su Margara y resolvería que hacer.

Al arribar el tren al andén de la estación de su pago, vio a su moza sonriente y ansiosa junto a sus padres. Todos habían salido a esperarlo por el

telegrama que les anticipara. Ya en casa otra vez, compartieron un agasajo que entre ambas familias habían preparado, mientras él contaba parte de las peripecias por las que había pasado como recluta. Estaba contento de estar nuevamente entre los suyos y de tenerla a su Margara. Pero como todo es efímero en esta vida, Clemente tuvo que despedirse nuevamente para viajar a buscar trabajo. De esta manera aparece en Mina Aguilar con un grupo de solicitantes de trabajo en los que pudo reconocer algunos compañeros de armas que diariamente formaban fila para ofrecerse ante la oficina de personal de la empresa. Casi todos eran jóvenes, mozos robustos, hijos de esa puna, que año a año nutría a las minas de mano de obra barata. Eran tantos los que aguardaban ser tomados que los encargados podían darse el lujo de elegirlos entre los más fuertes y los más capaces. No fueron pocos los días que tuvieron que esperar para ser inscriptos primero, luego revisados clínicamente en forma minuciosa, para pasar a ser fichados finalmente.

Entraría a trabajar de peón a “interior mina” como casi todos los nuevos obreros que fueran fichados en esa oportunidad de los cuarenta postulantes. Equipado con un saco impermeable negro y botas de goma altas, a las que doblaba un aparte para afuera a fin de que no le molestara el caminar, sentíase medio raro con el casco de fibra.

Mientras aguardaba para entrar a la mina, ablandaba los gruesos guantes de trabajo a fin de acomodarlos a la mano. Lo habían provisto de una chapa con su número de carnet, con la cual retiraría su lámpara que engazaría en la parte delantera del casco de seguridad y a la batería la dispondría como una pistolera en el ancho cinturón de cuero. Como herramienta cargaba dos barrenos de acero de un metro de largo, y en su bolsa de hacer de un metro de largo en su bolsa como morral colgada del hombro, un pequeño “combo” y clavos para preparar los “cuadros”, que más adelante comprendería de qué se trataban cuando su “maestro”, a cargo de quien estaba, se lo explicara. Por el momento, este “maestro” serían sus piernas y sus ojos, que lo guiarían por ese laberinto de socavones y galerías subterráneas para no perderse. También cuidarían de él hasta que se habituara a esquivar los peligros.

De esta manera, Clemente comenzó una nueva actividad, una nueva vida: la del “topo humano”. Durante sus ocho horas de duro trabajo rara vez vería la luz del día. El humo y el polvo serían en adelante sus enemigos más tenaces, a los que era inútil combatir con medios mecánicos sin resentir la producción.

La macabra e incesante monotonía del percutir de los martillos, como el estruendo de las explosiones de dinamita, no tardarían en provocar cambios en el carácter del nuevo operario.

Efectivamente, al tiempo, Clemente había perdido su jovial locuacidad; se había vuelto parco, hasta casi introvertido y receloso de sus jefes y capataces. En el trato con sus compañeros rara vez hablaba, aunque juntos en la boca-mina no faltaba de adherirse a la infaltable “coqueada”, previo a la iniciación de las tareas. Este ritual era consentido por los superiores, quienes sabían perfectamente que, luego de ello, serían máquinas de producir prescindiendo de toda vigilancia y control.

En el trabajo estos hombres eran muy responsables. Rara vez, por ignorancia, debido a sus bajos niveles culturales, cometían yerros, por los que eran severamente amonestados y cuando no sancionados. La disciplina no dejaba de ser rígida y la reiteración de los yerros abultaba la floja de servicios de los más que de los menos. Era de esperar que esto sucediera en el cambio que se operaba con el hombre, que de un régimen enteramente pastoril había pasado a los complejos requerimientos de la industria moderna. Su aprendizaje traía aparejado, sin duda alguna, sanciones propias de una administración fría, calculadora y supeditada a los índices de producción por encima de toda sensibilidad humana.

La “falta de rendimiento” y “falleros” eran dos de los rubros que mantenían mayor cantidad de sancionados. El “regimiento” estaba fijado por un régimen de producción determinado, en el cual cada operario debía rendir una cuota de producción mínima diaria, y toda extracción por encima de esa cuota se lo reconocía como “trabajo a bonificación”. Como es fácil de imaginar, esto requería mayor esfuerzo. El minero que sobre este primer concepto no “conformaba”, lindaba con la falta de rendimiento a la producción. Y estaban los “falleros”: así se los calificaba a los obreros que no se presentaban a trabajar en sus horarios o a los que faltaban al trabajo los principios de semana, esto es, los lunes. Los mineros —generalmente los puneños—, aprovechando el feriado del domingo, “bajaban” a visitar a sus familiares en el campo, de paso ver sus ranchitos y atender sus haciendas, que consistían en unas cuantas ovejas o algunos sembradíos de papas, habas o arvejas. Algunos también lo hacían a la Quebrada de Humahuaca con igual necesidad. Para ello, recurrían siempre al escaso transporte público o a vehículos particulares. El problema era su retorno, cuando los transportes por diversas razones, sean estas averías, falta de espacio o atraso —muy habitual en el norte—, impedían al obrero volver a tiempo a tomar servicio.

Clemente era ya un minero práctico. El arduo trabajo había endurecido sus músculos y lo había hecho perder a la vez el brillo de sus ojos como algunos kilos. Comía por entonces en la pensión de una boliviana (aunque había un comedor para obreros de la empresa atendido por un concesionario particular, pero se comía malísimo) cuyo marido, también boliviano, trabajaba en “superficie” al igual que la mayoría de sus paisanos que se las habían arreglado para ir dejando poco a poco los socavones, trabajando ahora de albañiles, carpinteros, mecánicos o en cualquier cosa, pero fuera de la mina. A estos los habían ido reemplazando los puneños y quebradeños paulatinamente, como una forma de ir frenando la migración de extranjeros al país y dar preferencia en los empleos a los nacionales, tanto en las minas como en las zafras.

En la pensión, Clemente se había adaptado pronto a las comidas picantes y a ciertos rasgos tradicionales de los bolivianos. Aunque lo trataban bien, no dejaba de añorar a su padre y a su Margara. Deseaba ser atendido en sus propios gustos como también en el lavado de su ropa, en sentir el calor y el afecto de algún ser querido, de alguien con quien hablar de sus cosas, con quien reír o llorar; alguien con quien compartir las tristes horas del descanso en ese campamento minero de monótona actividad. Pero lo que más le afectaba era el convivir en un cuarto conjuntamente con otros ocho o diez hombres más, en un verdadero estado de hacinamiento y promiscuidad. Estaba cansado, sobre todo renegado de no poder comprarse cosas por no tener lugar para guardarlas. Esta situación hizo que, en las primeras vacaciones que obtuvo, viajara a ver a su padre y a su Margara, a quienes no los había descuidado enviándoles parte de su salario. Quería formalizar el matrimonio y formar de una buena vez su propio hogar, aunque sea en esa mina.

La boda fue sencilla en la capilla de Abra Pampa. Estuvieron presentes, aparte de los padres, los testigos, que luego serían sus compadres y algunos vecinos.

Un cordero a la parrilla, con “mote” de habas, papas y choclos hervidos, queso de cabra, ají “quitucho” molido con tomate y algunas botellas de vino fue el agasajo para los recién casados. La fiesta terminó con una “cajeada” donde afloraron las coplas alegres y tristonas haciendo alusión a los novios. Abrazados por el cuello y en rueda cantando, mujer de por medio, sus amigos se despedían de Clemente y Margara entre los brindis y los augurios de felicidad y buenaventura. El vino y luego el “yerbeado” pronto los libaría y, con el último son de la caja, ambos emprenderían al amanecer un nuevo rumbo, lleno de sueños y esperanzas.

Terminadas sus vacaciones, volvió a la mina acompañado de su flamante esposa y llevando algunos bártulos. Por entonces él había cumplido los 21 y ella los 19 años. Iniciaría cuanto antes los trámites para conseguir una vivienda de casados ante la empresa, pero no dejaba de preocuparle que mientras tanto su mujer tendría que compartir su cama en la misma pieza de solteros. Esta situación era crítica debido también a la falta de viviendas y al tiempo que se demoraba para hacer lugar al pedido. Aunque él tenía plena confianza en ella, la presencia de una mujer joven en la pieza de solteros no tardaría en despertar habladurías y, a la vez, la exponía a la codicia de cualquiera de aquellos hombres deseosos de mujer. Las mozas casaderas eran tan escasas como las viviendas. Pero Margara había resuelto el problema empleándose como sirvienta en la misma casa de pensión donde ambos comían.

Su presencia en esa pensión había causado revuelo entre los comensales que en su mayor parte eran solteros. No dejaban de presumir a esa muchacha campesina de rostro lozano y garzos ojos vivaces, enmarcados por unas finas cejas del mismo color azabache de sus trenzas largas que hacían resaltar sus rosadas mejillas. Tampoco dejaban de admirar el contonear de sus bien formadas caderas que daban elegancia a su caminar y a la pollerita roja combinada graciosamente con la blusa de tono verde claro adornada de puntillas blancas, sin escote, donde erguían sus senos sólidos y desarrollados.

Su atención era cordial y diligente. Aunque no había cursado nada más que hasta el cuarto grado de primaria, su educación era agradable como su ingenua sonrisa que asomaba en esplendor por detrás de sus labios de color grana.

Con toda suerte no tardaron en instalarse en una pieza con cocinita que la empresa les había provisto. Con algunos ahorros adquirieron una cama más grande, un roperito y algunos útiles de cocina indispensables. Por ese tiempo Margara esperaba ya su primer hijo. Este sería un varoncito nacido en la noche de San Juan, noche de luminarias en la que los mineros, particularmente los bolivianos, encendían grandes fogatas trayendo leña “tola” del campo, convidaban con vino dulce caliente hervido con canela y limón y daban ponches de leche con alcohol y té con singani; también era noche de sacar “suertes” echando plomo derretido al agua fría que luego, al ser extraído y endurecerse al contacto con el aire, formaba extrañas figuras con las cuales los entendidos predecían el futuro de los interesados.

La boliviana había llegado a estimar mucho a la Margara, por lo que esta se comprometió en bautizar al chico haciéndola a la vez su comadre. Fue una fiesta el acontecimiento donde se saborearon ricos picantes de gallina y se bailó hasta la madrugada.

Al año llegaría otro varoncito, Margarito en honor a la madre. Y finalmente la “chinita”.

Al dejar el hospital Margara, su Clemente había improvisado una cunita para la recién nacida. De esta suerte se llenaba la pieza, dejando poco espacio para que los chicos pudieran jugar. Ahora tenían que hacerlo arriba de las camas o debajo de la mesa, sentados en un cuero de oveja. El intenso frío impedía sacarlos a la calle, y para tomar el sol, solo lo hacían cuando no corría viento. “Juancho”, el mayorcito, asistía al Jardín, como los demás chicos de su edad, y bajaba la ladera de la montaña venciendo trechos de escarcha y de hielo con que amanecía la mañana de la helada de la noche.

Ese día Clemente no fue a trabajar. Los trabajadores habían resuelto suspender actividades por veinticuatro horas en reclamo por mejores condiciones de trabajo y de salarios. Luego de asistir a la asamblea del sindicato, había aprovechado el tiempo haciendo algunas repisas de cajones para la cocina. Ya poco iban a ver a sus padres al pueblo de Abra Pampa por no hacer sufrir a los chicos con las incomodidades del viaje.

Fue una tarde como cualquiera. Clemente había entrado a trabajar como de costumbre. Antes de almorzar el turno que dejaba tareas, había dejado chispeando las cargas de dinamita en el paraje donde entraría a limpiar y armar, en equipo de tres hombres, los “cuadro cuadrado”, que era la forma de cubicar tonelaje de extracción de mineral. El esqueleto de este cuadro cuadrado, formado y armado por un cubo de rollizos, debía tener un volumen aproximado de 2400 kilos, cota mínima de producción de hombre. Sobre esta base, y por la cantidad de cuadros que caben en una bóveda vaciada de mineral y cascajo, se calcula la producción-turno y la producción-hombre total.

Margara se había quedado como siempre lavando los platos y gritando a los chicos que no hicieran travesuras y dejaran dormir a Clementina que ya había cumplido un año de edad. En ese primer aniversario, sus compadres bolivianos les habían hecho otra fiesta. Esta vez con “corte de pelo” o “chus churruto”, como lo llamaban los bolivianos dentro de sus costumbres y tradiciones. Para ello, habían hecho sentar a la nena sobre una mesa cubierta con un amplio ahuayo, fino tapete al estilo incaico. Cada uno

de los invitados le había cortado una delgada trencita de las muchas que habían podido trenzar con los cabellitos de la nena. Cada trencita estaba adornada con cintitas de diferentes colores y cada cortador obsequiaría con una modesta suma de dinero, prendiendo los billetes con un alfiler en la ropita de la agasajada como una muestra de simpatía por la nena y sus padres. Luego se armaría la fiesta.

No había transcurrido mucho tiempo desde que Clemente se marchara a su trabajo, cuando una alarma con el aullar estridente de la sirena de la ambulancia inundó aquel campamento minero. El vehículo se dirigía a toda velocidad en dirección a la boca del túnel de nivel Canedo. Hacia el mismo rumbo corrían también algunos obreros.

Margara, atareada en sus quehaceres, no dio importancia a todo ese trájín, hasta que algo le “golpeó” el corazón y la inquietó súbitamente. Dejando las cosas como estaban, alzó a su “china” y salió a la carrera al lugar donde ya se había juntado un grupo de gente. Tanto los trabajadores como los jefes y el médico aguardaban impacientes y silenciosos con la mirada clavada en la boca-mina. Nadie hacía comentarios. Uno que otro se miraba fugazmente como preguntando: ¿quién?

No tardó mucho en escucharse el ruido característico de una zorra que se aproximaba. Un silencio de muerte reinó por unos instantes. El médico corrió a su encuentro y los camilleros se aprestaron. El suspenso de la gente llegó a su clímax. Los jefes y obreros formaron cadena para impedir que la desesperación culminara en un desorden e impidiera la acción del auxilio.

Apenas la zorra apareció en la boca-mina ya el médico ordenaba el inmediato traslado de los heridos al hospital para una operación de emergencia.

Ninguno de los curiosos había alcanzado a ver al accidentado. Solo los hombres que lo habían sacado en la zorra tenían conocimiento de lo que había sucedido y quién o quiénes eran los afectados.

Uno de ellos a quien habían sacado en la zorra pudo al fin comentar: se trataba de su compañero Clemente que había sido víctima de un derrumbe imprevisto que lo alcanzó mientras “tojeaba”. El desprendimiento lo había agarrado parcialmente, golpeándole en la cabeza y parte del cuerpo, rompiéndole algunos huesos. El casco había evitado que le destrozara completamente el cráneo salvándole por el momento la vida, pero había perdido mucha sangre y su estado revestía suma gravedad.

Margara al escucharlo casi larga su “guagua” al suelo. Solo su fortaleza hecha a los avatares de la vida hizo que recibiera la mala noticia con valentía y serenidad.

No se habían apagado aún los aullidos de la ambulancia que se alejaba, cuando ya corría a lo de su comadre, para dejar a la nena y seguir al hospital. Su comadre, mujer hecha a esta clase de aconteceres, la serenó consolándola y evitando que se ahogara en sus propias lágrimas. Corrió a pedir una movilidad para que la trasladaran al Molino donde su esposo accidentado sería operado de urgencia. Al mismo tiempo se haría cargo de la nenita y de los chicos, hasta que Margara volviera del hospital.

Pero la suerte de Clemente estaba echada. Con desesperación se debatía entre los últimos estertores de la vida y de la muerte. Ya la luz de su corazón se apagaba con la debilidad de sus latidos. Sus músculos contraídos y tensos parecían querer aferrarse a una esperanza perdida en el infinito, donde su mente pugnaba por detener los pensamientos, que, como destellos, herían su alma. Un mundo frío iba cubriendo poco a poco su destrozado cuerpo adormeciéndolo sensiblemente. “¡Por qué, Dios mío! ¡Por qué! ¡No abandones ni hagas que yo abandone a los míos! ¡Dame fuerzas! ¡Dame un poco más de vida! ¡Aún soy joven para morir! No hagas que pasen hambre mis hijos. ¡Te suplico, Señor, no hagas que los abandone! ¡Déjame que cuide de esos inocentes, al menos hasta que sepan defenderse! ¡No, Dios Santo, no! ¡Virgencita de Casabindo, ayúdame tú también y no me dejes morir! ¡Qué será de mi Margara, de mi “chinita”! ¡No, no, no!...”, y así la vida de aquel hijo de una raza desheredada se extinguía entre los gemidos de los vientos de esa Puna, sus pampas y sus montañas donde un día fuera feliz en medio de su pobreza.

Pronto la empresa borraría su número de ficha. Otro número volvería a ocupar su lugar como si nada hubiera ocurrido. Así seguiría, inexorablemente, el ciclo en el que hombres y máquinas serían tragados por la voracidad de la mina como un holocausto a la grandeza industrial.

Clemente había muerto con el rostro tenso en una expresión de rabia e impotencia. Sus labios amoratados y duros mostraban un dejo de pena y angustia cuando se lo entregaron a su desconsolada esposa, que miraba y acariciaba aquella carne inerte, sin comprender por qué la vida le arrebatara aquel hombre que solo había querido ser un buen padre y un buen esposo. Con el rostro desencajado y mojado por el llanto, apenas atisbaba por entre los pliegues de un manto negro que le cubría la cabeza como a una monja.

La empresa había cedido una pieza vacía para el velatorio donde trasladaron el cadáver en la ambulancia. También había procedido a adelantar parte de los haberes del finado, para atender gastos de esa emergencia, mientras que su “sindicato” había hecho levantar una capilla ardiente y enviado una corona de flores de plástico. Sus compadres, con la bondad que siempre los había caracterizado, se mostraban muy solícitos en todos los requerimientos de atención, propia de estos casos.

El cuerpo de Clemente yacía en un ataúd simple de madera color caoba y vestía la misma ropa con que se casara. Entre sus manos, cruzadas sobre su pecho, sostenía aquel rosario de cuentas con la Virgen de Casa-bindo que tanto cuidara en su vida. Sus padres no tardarían en llegar avisados por la policía mediante radiograma. El velatorio se colmó de mineros, compañeros de trabajo, y cada uno, en la medida de sus posibilidades, contribuyó con algunas velas, un poco de coca y cigarrillos, hasta papel crepé para hacer flores y coronas. Tampoco faltaba el vino y el alcohol, para hacer hervir durante la noche y convidar a manera de combatir los rigurosos fríos de ese invierno.

Todos se pusieron de pie cuando vieron entrar un viejo de pelo gris y escasa barba rala que tambaleante se acercaba al féretro rodeado de cirios. Alguien tuvo que sostenerlo para evitar que se desplomara cuando vio el cadáver de su hijo. Su rostro contraído por el dolor apenas dejaba ver sus ojos secos y yermos como la tierra de sus pagos. En vano quería disimular la tremenda pena que embargaba su maltrecho y golpeado corazón amenazando con derrumbar su fortaleza. Pero él había enseñado a los suyos a ser fuertes, a ser justos y sobreponerse a los embates del destino y ahora tenía que demostrarlo. Rezó en silencio con los labios temblorosos, abultando aún más aquellas arrugas que se profundizaban como grietas, manifestando claramente la dureza de la vida. Hizo la señal de la cruz con esa mano huesuda y quemada por los soles y endurecida por el trabajo; manos que otrora fueran llenas de vida, tibias, con las que acariciara las carnes tiernas de su “tequicito” y lo hicieran jugar. Terminó su plegaria para besar la frente fría de su hijo y caer de rodillas a los pies de su nuera, sumergido entre los pliegues de su poncho bermejo, desteñido y roto que cubría su endeble y encorvado cuerpo. Margara lo sostuvo entre sus brazos y ahora podía observarse la humedad de sus mejillas. Lo ayudaron a ponerse de pie nuevamente. Varias personas acudieron a saludarlo y a exteriorizar su pésame. Él contestaba mecánicamente.

Al otro día, cargado en un camión y acompañado de sus familiares y algunos amigos, trasladaron el ataúd al cementerio de Tres Cruces. Allí lo enterraron dejando en su tumba una cruz de rústica madera que habría de recordar a Clemente por los años de los años.

Después de las nueve noches de la novena que hicieran rezar sus compadres, juntaron toda la ropa del finado —hasta las frazadas— para llevarla al río y lavarla. A tal fin un día salieron para ese lado con el atado de las prendas. Sus compadres, los bolivianos, un grupo de amistades y Margara habrían de lavar la ropa. Los hombres también ayudaban, pero más se dedicaban a atender a las mujeres sirviéndoles vasos de vino con soda o cerveza. También cocinaron allí mismo y almorzaron para luego seguir lavando a la tarde y haciendo secar la ropa sobre las piedras. Ya en la oración cuando el sol se había perdido tras el ocaso y amenazaba oscurecer, los compadres separaron la ropa sana de la vieja. La vieja la quemarían en el mismo fuego donde cocinaran. Para esta tarea designaron a la persona más capaz y decidida. Margara miraba todos estos preparativos muy extrañada y sin comprender nada de esas costumbres. Ella optaba por proceder conforme le indicaran.

Una vez preparado todo, cargaron la ropa sana en un atado y retornaron para la casa de los compadres, recomendando a todos muy seriamente que al volver nadie se diera vuelta para el lado del río hasta llegar a destino. Con una botella de vino, un poco de alcohol, coca y cigarros, el hombre elegido para la quema de la ropa vieja se quedó avivando el fuego. Él la quemaría lentamente hasta el último trapo. Trago más, trago menos, fumaría y coquearía observando detenidamente las formas caprichosas del humo que brotaba de la ropa al quemarse. Ya con la noche cerrada, terminaría de rodillas, rezando y enterrando los restos del fuego extinguido, juntamente con las botellas y los restos de coca y cigarrillos. Luego retornaría a la misma casa donde guardaban los que le habían precedido.

En la casa de su comadre, Margara como el resto de las demás personas descansaban sentadas alrededor de una mesa donde habían colocado el atado con la ropa limpia. Unos a otros se miraban, pero nadie decía nada, cuando vieron abrirse la puerta y aparecer al hombre que se quedara en el río, armado de un pequeño látigo. Impresionaba su presencia y más aún sus ojos desorbitados por el alcohol, que buscaron a Margara entre los presentes haciendo oscilar el cigarrillo que le colgaba en la comisura de sus labios deformados por un abultado “acusi”. Sin mediar palabra la empujó con la pobre viuda a los latigazos haciendo estremecer su delgado

cuerpo. “¡Con que te quieres ir! ¡Nos quieres abandonar! ¡No! No lo vamos a permitir. ¡Tú te vas a quedar a cuidar a tus hijos!”. Diciendo esto repetía los latigazos a los que Margara trataba de cubrirse con las manos. “¡Nosotros te pedimos que te quedes! ¡No tienes por qué irte!”. Y volvía a castigarla en medio de las miradas confusas de los demás. “¿Entiendes? ¡No te vas a ir! ¡No, por tus hijos!”, y volvían a repetirse los golpes a los que Margara no pudo aguantar más y corrió a refugiarse a los brazos de sus chicos. Entonces todo cesó bruscamente. El hombre que la castigara dejó caer el látigo y santiguándose acudió también a consolar a la muchacha que lloraba. Su compadre calmamente empezó a explicarle que el hombre la había castigado porque las formas del humo que emergieran de la quema de ropa vieja del finado habían sido similares a los perfiles de la viuda. Esta coincidencia nefasta —en la creencia de ellos, los compadres— significaba que el espíritu de Clemente intentaba llevarse a su esposa al otro mundo. Para conjurar este misterio de ultratumba, había que persuadir castigando a esa persona a fin de que se aferrara a sus seres queridos en esta tierra.

Margara se dedicó a embalar sus bártulos para trasladarse a Abra Pampa, a la casa de sus padres. Treinta días de plazo le había dado la empresa para devolver la vivienda y cobrar los haberes de su difunto esposo. No era gran cosa lo que recibía por sus salarios, y la proporción de vacaciones y aguinaldos que le adeudaban. Ese dinero solo le alcanzaría para pagar algunas cuentas y los gastos de traslado. En cuanto a la indemnización por la muerte acaecida a su esposo en oportunidad del accidente de trabajo, la empresa abonaría por intermedio de la Caja Nacional de Accidentes de Trabajo una suma pecuniaria que, si tenía mucha suerte, cobraría a los seis y ocho meses. Se la enviarían por correo desde Buenos Aires, en ínfimas cuotas mensuales que no le alcanzarían para el alimento de sus chicos. Pelear por una pensión familiar ante la Caja de Jubilaciones donde su esposo aportaba durante el tiempo que trabajara era aún más ilusorio.

Prácticamente la viuda y sus hijos, cuando se les acabaran los pocos pesos, quedarían desamparados y sin recursos. Muy pronto la indignancia se haría sentir mientras aguardara el cobro de la primera cuota de la indemnización. El monto de esa suma equivalente a mil salarios —según la ley— sería el precio de la vida de un hombre en la plenitud de su capacidad laboral. Por cierto, no guardaban relación alguna estos dos valores —el material y el humano— y mucho menos la indemnización compensaría el daño irreparable que soportaría la familia.

El dinero se desvalorizaría y perdería su poder adquisitivo mientras transcurría el tiempo de cobrarlo, el hambre no. Cada día la situación se haría más desesperante y hasta más angustiosa cuando hay hijos pequeños. El hambre se haría crónico y afectaría el cuerpo y la mente de los niños. Amargaría a los grandes por su impotencia. La injusticia aparece cuando la sociedad no responde con una mayor protección, para los desamparados, para las víctimas de la fatalidad fortuita, con leyes más prácticas, menos mezquinas y con trámites menos burocráticos.

La despedida en casa de sus compadres fue breve. Algunos amigos y compañeros de Clemente vinieron a saludarla y despedirse. Margara y sus chicos tomarían el colectivo de la empresa hasta Tres Cruces y de allí el tren rumbo a la casa de sus padres en Abra Pampa.

Al pasar el tren frente al cementerio donde descansaban los restos de su amado esposo, una honda angustia la invadió al mirar esas cruces que, como símbolos del infortunio, parecían manos levantadas con rabia al cielo, clamando justicia para los suyos en un último postrer ruego al ser Supremo.

La Pachamama

Abandonando sus ovejas, llamas y burros, los pobladores se habían contratado para hacer un largo camino desde la línea del ferrocarril más cercana hasta el cerro conocido como Aguilar. Se hablaba de que este camino sería para trabajar una mina, pero ellos no le darían importancia y terminado su trabajo volverían a sus ranchos de donde habían salido. Corría por entonces el año 1932 cuando, terminado el camino, los pobladores de esa parte de la Puna se vieron repentinamente envueltos en una actividad desacostumbrada. Llegaron camiones cargados con máquinas extrañas, herramientas y una serie de objetos nunca vistos hasta entonces. Se levantaron viviendas de piedra y barro, techadas con chapas de zinc, que darían albergue para poco personal que habría de iniciar la explotación de los yacimientos metalíferos de plomo, zinc y plata, en el citado cerro. Ello daría origen a la Compañía Minera Aguilar S. A. con domicilio en Buenos Aires y bajo las órdenes de Mr. Joseph Bennett, fundador de la sociedad anónima de capitales norteamericanos. La empresa sin duda alguna necesitaría de mano de obra en abundancia y esa zona, despoblada como estaba, solo podía ofrecerle escasos hombres que se dedicaban a sus rebaños y misérrimos sembradíos y sin ninguna noción manual para la compleja tarea de la industria en la extracción de minerales. Esta necesidad la obligó a recurrir a obreros de otros países, más prácticos en estas tareas. Nada mejor que los bolivianos y chilenos que ya usufructuaban una minería más desarrollada que la nuestra. Las autoridades facilitaron su ingreso permitiendo el ofrecimiento de empleos en la misma frontera a los que la empresa denominaba “enganche”, un sistema en el que no se registraba ninguna garantía del tipo jurídico ni laboral.

La crisis económica del año 30 aún perduraba con sus secuelas de desocupación que tanto afectaba a nuestra clase obrera, y la necesidad por trabajo se había generalizado no solo en nuestro país, sino también en los países vecinos, y sus obreros se vieron impelidos a buscar su sustento en esta mina que se los ofrecía. Esa necesidad por trabajo y algunas monedas más por encima de los salarios corrientes en ese entonces convencían rotundamente a los que aceptaban “enchándose” sin condiciones. Lo hacían dejando todo: sus familias, hijos, mujer, y se aventuraban a probar suerte

entre esos cerros que conforman parte de la precordillera de los Andes, ubicados a cientos de kilómetros de los poblados. Por entonces la falta de comunicaciones y transporte de cualquier índole solo era suplida por el ferrocarril General Belgrano, tren internacional que, cruzando la frontera por el pueblo de La Quiaca, se interna en el vecino país de Bolivia.

La empresa y el escaso grupo de mineros con que se había iniciado la explotación del yacimiento fueron aumentando paulatinamente hasta transformarse en un centro industrial.

Tres Cruces dejaría de ser “apeadero” para convertirse en estación de ferrocarril, que con el tiempo alcanzaría más importancia que Humahuaca y algo menos que La Quiaca. El camino que otrora fuera de ripio y cascajo ahora es una larga y ancha franja de asfalto de 48 kilómetros que une a Tres Cruces con el centro industrial. Un cablecarril de 12 kilómetros baja de los cerros de la veta traensportando su mineral a la planta Molino. Allí es molido y concentrado; luego mediante grandes camiones diésel el producto será transportado hasta estación Tres Cruces para ser embarcado rumbo a la fundición.

Todo este rápido progreso se debió gracias a que la empresa introdujo, al iniciar la explotación, un nuevo y moderno sistema de concentración de la mina, único en el país, que le reportaría una reducción enorme en los costos de producción, así como en el volumen del transporte, lo que le permitió una explotación a gran escala. Lógicamente, no era una producción para el mercado interno o para las necesidades de nuestra industria metalúrgica, sino exigidas por las necesidades del conflicto bélico próximo a desatarse en Europa.

A los enganchados venidos de otro país les era casi imposible —por no decir totalmente— mantener contacto con sus familias por la falta de medios de comunicación. Estaban prácticamente perdidos en esa mina, sin poder ausentarse ni abandonar el lugar si no les gustaba el trabajo. El irse a pie los hacía temer perderse en el laberinto de cerros y quebradas hasta entonces desconocidos. La policía, que coadyuvaba a mantener el orden, los disuadiría y evitaría las protestas en forma drástica. El rebenque jugaría un papel convincente en estos y otros casos. Era de suponer que los inicios de trabajos en la mina estarían rodeados de riesgo en forma latente y permanente. No eran pocos los accidentes de trabajo, algunos de ellos fatales. En estos últimos casos, el problema se solucionaba en forma simple y práctica. Si el muerto tenía alguien que lo reclamara en ese lugar, se le entregaba el cadáver. Si no tenía quien lo hiciera, se lo sacaba,

generalmente de noche, en un camión hasta la estación Tres Cruces. Allí tampoco había cementerio por ser apenas una parada o paradero de tren. Estaba escasamente la oficina de la empresa, donde vivía el encargado, el rancho de un agente de policía y una o dos casas de comerciantes, dedicados más a la atención de comidas o camas para los pocos que entraban y salían de la mina. Se alquilaban entonces dos o tres peones para la changa de enterrar al muerto lejos del lugar.

Los aprendices de funebreros primeramente hacían acopio de alcohol, vino y coca, para agarrar coraje, y salían a cumplir su macabra tarea. No tardarían en encontrar un adecuado lugar donde enterrar su cadáver, luego vendría el otro y el otro, y así sucesivamente, lo que les hizo prever que tendrían tarea para rato.

Pronto los cadáveres cubrirían un espacio más amplio de ese “campo santo”. Ahí quedarían para siempre aquellos seres anónimos como símbolos de un pasado decadente, como un grotesco sacrificio en holocausto de la nueva industria, como víctimas expiatorias al progreso y al cambio. Olvidados por el mundo y apartados de sus seres más queridos, yacerán abandonados, sin el llanto de una madre, una esposa o de los hijos, en la inmensidad de las pampas desoladas y agrietadas por mil soles indolentes. Solo el viento, en su furia, despertará los lamentos para restaurar heridas profundas que aún duelen en el alma castigada del indígena de nuestros pueblos americanos.

En el apuro por buscar un lugar apropiado, quizá por miedo de andar cargados con un cadáver, no tuvieron en cuenta la cercanía de la Ruta 9 (internacional) para cavar las sepulturas. Por entonces, esa ruta tenía escaso tránsito. Rara vez alguien se atrevía por ese camino mal cuidado, lleno de cortes y toda clase de riesgos, sin auxilios en casos de percances imprevisitos y sin tránsito de colectivos y otro servicio de pasajeros.

Fue una noche —dicen— de luna llena: desde un automóvil detenido por una falla mecánica, sus dos pasajeros vieron reflejarse la luna en un hombre que, a poca distancia de donde estaban, parecía sentado, como si estuviera herido. Les extrañó su inmovilidad. Al principio tuvieron miedo, pero más miedo tuvieron de abandonar a una persona herida, por lo que decidieron socorrerla. Mayor fue su sorpresa cuando se dieron con un cadáver a medio enterrar en una fosa de escasa profundidad. Los viajeros luego de observarlo detenidamente dejaron las cosas como estaban y, temerosos de que se tratara de un crimen, dieron cuenta al policía de la próxima parada de Tres Cruces. Lamentablemente nada ocurrió y las cosas

siguieron como estaban. Con el tiempo, estas tumbas sin cruces pasaron a formar parte de un nuevo cementerio. Fue cuando la empresa minera hizo construir un cerco de adobe a su alrededor y le pusieron una puerta de hierro. Luego el sindicato levantaría el mausoleo para los trabajadores. Tal vez esto sirva como respuesta a quienes se preguntan el porqué de un cementerio tan lejos (doce kilómetros) del pueblo de Tres Cruces.

Pero no quiero dejar el tema y vuelvo a él, a la mina.

La preponderancia de los mineros bolivianos sobre el reducido grupo de chilenos y puneños hizo que la cultura de aquellos predominara dentro del conjunto de los obreros de la mina, imponiendo muy sutilmente sus costumbres, tradiciones y mitos. Primero lo hacían con mucho disimulo por temor a enojar a sus jefes, los “gringos”. Pero en cuanto la oportunidad se les brindaba no perdían de hacer sus rituales en los lugares apartados de trabajo. Para ellos estas prácticas eran de una necesidad insoslayable, como lo eran las hojas de coca, que de alguna manera llegaban a sus “chuspas”, para infundirles una esperanza y aliviar sus heridas y penas espirituales, tal si fuera el néctar de la ambrosía.

Cada metro de la galería había sido regado con la sangre de sus compañeros, haciéndolos mudos testigos de sus desgracias. Cuántas veces la plegaria silenciosa acompañaba al hecho trágico como un póster a Dios al que no verían jamás. Solo les estaba rogar a los dioses mitológicos de la Pachamama mayor protección y amparo ante esa soledad humana que los consumía en cuerpo y alma.

Pasaban los días y la mina se hacía más profunda y kilómetros de galería se bifurcaban en sus diferentes niveles. La producción no cesaba ni de día ni de noche. Había que cumplir con los requerimientos imperiosos que demandaba la desastrosa guerra mundial. Se trabajaba tres turnos redondeando las veinticuatro horas del día, cuando un hecho fortuito y sangriento vino a interrumpir el ritmo del trabajo.

Fue un derrumbe en una de las galerías. El hecho imprevisto dejó un saldo de cuatro muertos. El accidente había ocurrido en un lugar inesperado, con tránsito habitual, donde las precauciones habían sido superadas por la cotidiana tarea, por lo que no podían atribuirse a muchos factores, a vibraciones de la roca producidas por los explosivos, al aflojamiento de la estructura del cerro. En fin, eran muchas las causas. Tampoco podía descartarse un movimiento sísmico, aunque eso no era muy frecuente en la región.

A la dirección técnica de la empresa, pese a los esfuerzos que hacía para evitar estos siniestros, le era imposible preverlo todo y los accidentes se

darían en cualquier lugar de la amplia superficie subterránea de la mina. También, en algunos casos, eran atribuibles a negligencias cometidas por algún obrero nuevo. En cambio, los mineros habituados a ese tipo de tarea podían “olfatear” el peligro algunas veces.

La muerte de los cuatro hombres había inquietado sobremanera al resto del personal aunque estaban acostumbrados ya a estos accidentes. No conformaban intimante la respuesta de los técnicos. Los mineros no protestaron. Ellos sabían las causas, no las ignoraban, y callaban. En su silencio manifestaban su preocupación mística y reconocían que “algo” no andaba bien.

Los mineros, imbuidos de un presagio fatalista, atribuían el accidente a que se estaban violando las leyes de la naturaleza y de sus dioses. Nadie estaría librado de una desgracia si por ganar dinero se olvidaba de su obligación de rendirle tributo a la tierra, a la Madre Tierra, a la Pachamama, trabajando en el día de su adoración, sin pedir perdón de sus pecados y faltas.

Ese accidente, ocurrido el 1° de agosto, lo consideraban un presagio y a la vez una advertencia que no debería ser desestimada. Era costumbre generalizada en las minas de Bolivia no trabajar ese día para dedicarlo a la “challa”, por lo que aquí también decidieron hacerlo a partir de ese hecho.

La empresa consideró que, aun cuando al ingresar al país estos obreros se sometieran a sus leyes y obligaciones laborales, no podía obligarles a renunciar a sus creencias y costumbres. Por una parte, así era mejor que lo hiciera, pues sabía perfectamente que los primeros de agosto la mayoría de la gente no estaba predispuesta al trabajo. También sabía que no pocos de los mineros trataban de escabullirse para realizar el ritual de la challa a escondidas. Y la prohibición de bebidas alcohólicas incrementaba su consumo en estos actos. Para evitar problemas en este aspecto, optó por consentir la ausencia al trabajo durante dicho día ya que sería en vano persuadirlos de lo contrario.

A partir de entonces, todos los años para esta fecha se haría en grupos o individualmente el pintoresco challaco a la Pachamama, deidad prodigadora de dones en esta tierra.

Este rito no es una particularidad de esta mina; ya en parte de nuestro folclore, la Pachamama adquiere visos sobresalientes para enriquecer nuestros cantos y leyendas. Los pueblos de Salta y Jujuy han hecho de esta costumbre un culto que año a año renace en el acervo tradicional como una herencia de nuestros antepasados, que otrora se extendieran desde el

inti del macizo andino hasta los valles calchaquíes de nuestro Santiago del Estero. Allá emergen sus “apachetas” como símbolos de una raza que ya muere, como refugios salvadores del alma del indígena. Reviven en esos desiertos desolados, que se resisten a replegarse en las fronteras del olvido.

Por el norte, los montículos de pequeñas piedras chaladas con alcohol y coca y de menor altura que las apachetas jalonan los cerros y quebradas como hitos imperecederos de culturas milenarias, para cobrar vida con el soplo de los vientos de agosto.

—¡Oh! ¡Pachamama Santa Tierra! ¡Cusilla, Cusilla! Te rogamos y te pedimos, ¡oh!, ¡Tierra bendita!, amparo y protección en nuestro trabajo, en el viaje, en el negocio.

—¡Oh! ¡Pachamama!, Santa Tierra, ¡te adoramos fervientemente para que cuides de nuestros cuerpos y de nuestros bienes! Recibe con amor lo poco en ofrecimiento a lo mucho que recibimos de ti.

—Tu que nos das vida, alimento, fuerza, a nosotros mineros mortales, debemos amarte y venerarte. ¡Oh! ¡Pachamama! ¡Cusilla, cusilla! ¡Madre Tierra! ¡Cuida por tus hijos en esta vida por los siglos de los siglos!

Así, en oraciones sencillas, puras, íntimas y sinceras, los norteños a la medianoche (anterior al día) iniciarán su ritual ante el agujero abierto previamente en la tierra, donde depositarán parte de lo poco que tienen como comida, regándola con alcohol y chicha. No faltarán tampoco el vino, coca, cigarrillos antes de ser tapado nuevamente el agujero.

De rodillas, mirando el cielo y con las palmas de la mano juntas sobre el pecho en señal de ruego, clamarán por buenaventuras. Terminarán besando la tierra con la frente cubierta y luego empezará el challaco. Él o ellos, entre trago y trago, verterán el resto de la botella, o del cántaro, sea vino o chicha, o alcohol, sobre el montículo de pequeñas piedras que ya cubre el agujero, hasta terminar la bebida. Algunos envolverán el montículo con serpentina y echarán papel picado para luego retornar a sus hogares, a comer el resto de las “tistinchas”. Estas comidas se preparan en olla de barro, donde en forma separada se hacen hervir mazorcas de maíz, habas secas con cáscaras, ocas, mote de maíz, papas, también con cáscaras, “chalonas” de oveja, cabeza de oveja o de vaca. No faltará el queso de cabra y el “charque mojado”. Parte de esta comida fue enterrada para la Pachamama.

Los que no pueden ir al campo “challarán” en sus casas. Otros lo harán en las “aguadas”, “ciénagos” o “pozos negros” o en lugares por ellos considerados “tabú” o “mal paso”. También donde alguna vez se haya producido un hecho singular con connotaciones misteriosas o accidentes fatales.

La “challa” en las casas, en algunas, generalmente en las de los bolivianos, tiene una variante.

El rito, tradicional siempre a la medianoche, se inicia con una previa “Koa”, especie de mirra, que es quemada para ahumar íntegramente la vivienda, se esparce el humo a todos los rincones y lugares susceptibles de albergar malignos presagios o espíritus del mal. Acompañan la “Koa”, el incienso y el alcohol y otras bebidas alcohólicas preferentemente fuertes para purificar el ambiente. Para ello se cierran bien las puertas y ventanas para evitar que entren o salgan seres malignos. Luego del sahumerio, excavarán el consabido agujero en algún lugar del patio, para el entierro de la comida y la “challa” a la Pachamama. Este rito es más bien íntimo, donde solo los familiares participan en el momento del acto. Luego serán los visitados y, entre todos, seguirán challando hasta que las velas se vayan apagando.

En todos los actos, tanto el minero como el campesino de la Puna invocarán siempre a la Madre Tierra. Cada vez que reciba un plato de comida se sacará el sombrero muy contrito y derramará con la cuchara un poquito a la tierra. Lo mismo hará cuando bebe, antes echará un “traguito” a la tierra como señal de agradecimiento a la “Pacha”.

Su adoración y entrega espiritual estará siempre presente en estos actos. Más lo estarán aún en los actos trascendentes, cuando adquieran alguna prenda o bien algo de valor, emprendan viajes o inicien un negocio. La “Pacha” jugará el papel preeminente en el estreno y uso de la prenda con el “challaco”, que ha de darle larga duración al objeto recibido.

A los ojos profanos, quizás, estas costumbres resulten arcaicas, milenarias y sobre todo supersticiosas. Pero el puneño es de profundo arraigo, sacrosanta entrega y total sumisión a sus creencias, a sus tradiciones y mitos, sin descuidar sus otras obligaciones católicas-cristianas en cuanto se dé la posibilidad de una misa en alguna capilla del lugar. También se los ve en reducidos grupos transportando sus santos en procesiones dialécticamente llamadas “misa-chicos”. Van por esos largos senderos de las pampas y los cerros hasta llegar a la capilla para cumplir con la misa prometida a su “patrono”. Esta “misa-chico” la hacen al son de un bombo o tambor y de una nota aguda, breve y quejumbrosa emitida por una larga caña en cuya punta colocan un “erke” de lata en forma de cuerno al que llaman “corneta”. Sus fiestas patronales son por lo general sencillas y austeras, diferentes a las de los bolivianos que se caracterizan por la abundancia de comida y bebidas.

Los todosantos

Perdido entre los cerros que conforman el distrito Aguilar, allá en el departamento de Humahuaca en la provincia de Jujuy y a 4700 metros de altura sobre el nivel del mar, se encuentra el establecimiento minero de Mina El Aguilar, que explota una compañía minera norteamericana extrayendo sus ricos minerales de plomo, zinc y plata. Este yacimiento ha dado nacimiento a la vez a una vasta población de aproximadamente seiscientas almas, la que se encuentra dividida en tres diferentes secciones de trabajo, separadas unas de otras por varios kilómetros. El lugar donde se encuentran los yacimientos metalíferos propiamente dichos se denomina Vitamina, de donde los minerales, una vez extraídos y semitriturados, son transportados por un cablecarril a la sección Molino. De ahí, una vez molidos y concentrados, estos son transportados en camiones hasta la sección de embarque de Tres Cruces, donde por ferrocarril son enviados a la fundición de Puerto Videla (Chaco) para ser fundidos y rescatada la plata del concentrado de plomo.

Cada sección tiene su propio campamento obrero y su propia proveduría, como también sus propios servicios públicos.

Su población se compone casi en un cuarenta por ciento del total por gente de la Puna y la Quebrada y un buen porcentaje de obreros bolivianos ya radicados en el país desde hace años. La administración, a cargo de un reducido grupo de profesionales norteamericanos, mantiene un *staff* de técnicos y profesionales venidos generalmente de la Capital Federal y otros puntos del interior. Estos últimos residen con los yanquis conjuntamente en un campamento conocido por los obreros como el “campamento de los gringos”, muy retirado del otro campamento y cercado por una malla de alambre, siendo difícil el acceso de los obreros al mismo. Tampoco estos concurren al campamento de los obreros salvo excepciones muy especiales.

Esta separación de los grupos crea una segregación social bastante irritante y antipática, que en nada contribuye a mejorar el nivel cultural de la población. La cerrada actitud de los “gringos” en imponer diferencias sociales o étnicas, cualquiera fuera el motivo, es pretender, en cierta medida, poner en práctica el aberrante *apartheid* propio de civilizaciones

caducas. No se dudaba, tampoco, que esa forma de discriminación en grupos nacía del temor de los jefes de influenciarse de las inquietudes de sus subordinados y compartir sus demandas, que por ser humanas, son también simples. Ellos —“los gringos”— no pueden ceder ni siquiera a esta prerrogativa —tan común en el mundo actual— a fin de no permitir el más mínimo atisbo de resentimiento en la disciplina que hacen a sus relaciones con sus trabajadores. En cambio los puneños, menos soberbios y humildes, se muestran más abiertos y más condescendientes. No tienen reparo alguno ni actitud mezquina en manifestar sus formas de vida, sus hábitos y costumbres. Lo hacen con sinceridad y como una demostración de simpatía con cualquiera que tenga curiosidad por conocer parte de nuestro folclore.

Es bien cierto que existe una tremenda diferencia entre ambos grupos tanto étnica como cultural. Pero también es bien cierto que es de esperar, de parte de la cultura avanzada, acciones más francas y menos renuentes para educar y volcar constructivamente el saber en pro de la vida comunitaria sin subestimar los valores espirituales de la otra parte.

Los puneños, por muchos llamados equivocadamente “coyas” y no “collas”, no son nada más que primos hermanos de aquellos descendientes de una antigua raza que guardara estrecha relación con el viejo imperio de los incas, cuyas costumbres, tradiciones y mitos hemos heredado tras las muchas generaciones que sobrevivieron a los siglos.

A esto debemos agregar las permanentes y muy fluidas relaciones que mantenemos con nuestra vecina República de Bolivia —principalmente en el aspecto humano y comercial—, país donde aún subsisten ancestrales formas de vida de las arcaicas estructuras del incanato peruano. La afluencia de estos grupos humanos a nuestro norte hizo que, también con ellos, ingresaran sus costumbres y tradiciones que poco a poco se han ido profundizando en el alma de los criollos hasta formar parte del acervo nacional.

Una de las costumbres a las que hemos sido potables es la conmemoración de los muertos que en nuestro almanaque figura como “Día de Todos los Santos”, y está fijado el 1° de noviembre.

Edgar Allan Poe, en una de sus obras, escribe cosas macabras y truculentas sobre los Todos Santos. Tampoco son pocos los que consideran a este día como un fasto en que los espíritus o las almas de los muertos retornan a este mundo de los vivos. Esta creencia tiene su importancia para quienes viven atados a sus mitos y supersticiones. Pero no vamos a narrar

nada grotesco ni nada parecido a esas cosas fantasmagóricas, sino, más bien, algo más risueño, más ameno, con singularidades más felices propias de esas rarezas del norte.

Tanto el campamento obrero de sección Molino como el de la Veta Mina conservan su particularidad, no original, sino transmitida de las costumbres bolivianas, a las que hemos aceptado dándoles una trascendencia muy significativa.

Como dijimos, el Día de Todos los Santos es el 1° de noviembre. En los campamentos mineros empieza un día antes.

En las casas de los obreros donde tienen familiares fallecidos, se prepara una “tumba”, la que consiste en una mesa (grande si el finado es adulto y chica si es menos) a la que cubren íntegramente con una tela negra. De la parte delantera de la mesa hasta el cielo raso, arman dos pilares cubiertos de crespones y tules —también de negro— en formas de tumbas asemejando un tabernáculo funerario a cuya cabecera cuelgan un crucifijo y en un espacio más abajo la foto del finado. Luego de preparar esta “tumba” se retiran todos los cuadros de tonos alegres que puedan adornar ese recinto y se disponen de asientos alrededor para las visitas.

La “tumba” se la provee de diversas ofrendas, muy bien dispuestas, llamadas “turcos” o “guaguas”, hechas de pan dulce o salado y horneadas de diferentes tamaños. Son formas graciosas, con sus rasgos representados con pedacitos de pan quemado y pintados parcialmente con “airampo” (yuyo silvestre) que les da un tono lila. También las hacen en forma de paloma, escalera, caritas o dando forma de cualquier otro animal. Tampoco dejan de estar ausentes el pan dulce, bizcochuelos, buñuelos, masitas y las famosas “capias” hechas de harina de maíz capia y mantecadas que son una delicia. A esto se agregan platillos con distintas comidas, las coronas y las flores; algunos pintarán las cruces de madera o de hierro; otros levantarán las placas de bronce de los nichos, luego todos rezarán haciendo acopio de coca, cigarros y bebidas alcohólicas. La botellita de alcohol puro es infaltable.

Debido a la distancia y al tiempo que se tarda en todos estos menesteres, cada familia (van hasta los chicos) portará su propia merienda, la que compartirán en recogidos grupos de amigos. Luego retornarán en los mismos vehículos y la llegada a su casa será al atardecer. Otros continuarán con sus visitas a algunas “tumbas”, pero generalmente, el resto de esa tarde, lo harán especialmente los chicos, quienes, munidos de sus bolsas de mercado, recorrerán los “velatorios” rezando y recogiendo ofrendas de

obsequios. Esa noche quedará dedicada al difunto; se apagarán las luces dejando encendidas solamente las velas. Es creencia generalizada que esa noche arribará el alma del difunto. Sentirán en el silencio de la noche “ruidos extraños”; “parpadearán” las llamas de las velas. Observarán, al otro día, que hasta las bebidas han disminuido. Será una noche en la que las sensibilidades sobreexcitadas mantendrán en sobresalto a los sugestionados dueños de casa pasada la medianoche, a partir de cuya hora se producirá, en cualquier momento, el retorno de las almas desde el más allá. No faltará alguien que diga haber sentido su presencia. Lo que realmente pueda haber de cierto en estas afirmaciones esotéricas, solo lo pueden concebir aquellos que están impregnados de un abstracto misticismo, y como corolarios, a la sujeción y dependencia de sus mitos y leyendas.

Como la mayoría de las veces, este día no se da en una fecha no laborable. El acto de la ceremonia del levantamiento de las “tumbas” se hace, generalmente, después de las diecisiete horas cuando ya los obreros dejaron sus labores en la empresa. Es el día de los muertos.

La persona o grupos de personas que concurren a estos actos tradicionales, previo los rituales descriptos anteriormente y luego de las charlas de rigor con los dueños de casa, procederán a designar a una o dos personas (pueden ser matrimonios) entre los más allegados, para que se hagan cargo de la ceremonia, entregándoles, a la vez, la nómina de familiares muertos para quienes deben hacer rezar.

La ceremonia es muy solemne. A cada “entroito” del “cura”, el coro contesta con su sonora monotonía hasta terminar por lo menos unos cincuenta “padrenuestros” e igual cantidad de “avemarías” y otros responsos. A la terminación de cada padrenuestro o avemaría, reinará un absoluto silencio y una formalidad como si se estuviera en una verdadera misa.

Luego del “réquiem”, los dueños de casa, muy conmovidos, agradecerán a todos los presentes, invitándolos a tomar asiento y tratando, al que se hace de “cura”, con la mayor deferencia y atención.

Los concurrentes, entre unos quince o veinte ubicados en todos los espacios de la vivienda, ocupan los dos dormitorios, principalmente el comedor donde está la “tumba”. Ya una vez cómodamente sentados, empezarán a circular las bandejas con licores y vasos llenos de vino, cerveza, chicha de maíz o de maní endulzada. La charla se hará más animada y sin ceremonias. Los vasitos van y vienen y la euforia no tardará en asomarse proveniente de la que en vida gustara el finado. Lo mismo ocurre con la bebida, la que se dispone de diferentes clases y en vasitos. Una de cada

una de las frutas que solía comer, cigarrillos, caramelos y galletitas llenan la amplia mesa dando realmente la apariencia de una “tumba” matizada de diferentes tonos por los alimentos dispuestos para el “alma” del finado, que en la noche de “todosantos” vendrá a visitar a los suyos. Para ello, los platillos de comida siempre dispondrán de un escarbadiente.

Aparte de toda esta pródiga y surtida “tumba” los deudos preparan abundante “chicha” de maíz y de maní, esta última dulce como refresco, ponches de té o leche con alcohol o “singani” (aguardiente boliviano), cócteles de naranja o limón; también preparan, con esta última bebida, otras que resultan muy agradables. Suelen incluirse las bebidas tradicionales como el vino, la cerveza, sin que falten tampoco el vermouth ni el coñac. Además, están los preparativos para la comida que se servirá en oportunidad de levantar la “tumba”. El vaso de “agua bendita” tampoco falta.

Como dijimos, todo esto se dispone un día anterior al “todosantos” propiamente dicho. Al “velatorio”, concurrirán las amistades del finado como también los deudos o quien quiera hacerlo. Pata esta visita no hay invitación previa. La concurrencia al “velatorio” es espontánea y voluntaria, más quizá por el efecto y aprecio que en vida gozara el finado. La visita se hace para rezar por el eterno descanso en paz de su alma.

Las reglas para estas visitas son fuera de las comunes, y para el profano todo resultará insólito. Una vez que se les abre la puerta para pasar al recinto, la persona o el grupo de personas entra sin saludar ni mirar a nadie por más que el lugar esté lleno de gente. Dirigiéndose directamente al pie de la “tumba”, reza en silencio o en coro —según sea el caso— y, luego de echar agua bendita con un ramito de perejil u otro yuyito sobre la tumba o quemar incienso, recién saluda a los presentes con un “buenas noches” y da la mano a los dueños de casa. Estas visitas se sucederán durante toda esa noche con singular familiaridad en todas las casas donde hayan dispuesto una “tumba” para el velorio. Al otro día, 1° de noviembre, está todo provisto para ir a visitar a los cementerios.

Los campamentos mineros de El Aguilar carecen de cementerios propios; por esa razón, sus muertos deben ser previamente trasladados hasta la localidad de Tres Cruces a través de cuarenta y ocho kilómetros, y de ahí, al cementerio que dista otros doce kilómetros hacia la frontera y sobre la Ruta Nacional 9.

Para los casos de entierro como para otra circunstancia especial y todosantos, la empresa minera dispone de vehículos (camiones y ómnibus) para el traslado de la gente, la que concurre llevando toda suerte de

coronas y flores hechas de “papel crepé” de diferentes colores. Las flores naturales son escasas o hay que encargarlas de otra parte.

En los cementerios, como en cualquier otro, las familias realizarán la tarea de limpiar las tumbas, renovar rostros risueños. Pronto las bromas no tardarán en hacerse oír incentivando el ambiente y tornándolo más bullanguero y alegre, en medio del humo azul de los cigarrillos y del ronroneo de las conversaciones.

En el velatorio, cuando la animosidad de los “rezadores” llega a su “clímax”, de la cocina empezarán a salir los platos abundantemente servidos, con el sabrosísimo y pintoresco “picante de gallina”. Este plato genuinamente regional y originario de Bolivia ha particularizado a la mujer que lo cocina. Es verdaderamente picante y exquisito a la vez. Servido con un singular “chuño puti”, el sabor especial y bien sazonado de las presas de gallina hará el deleite de los comensales. Para calmar el ardor del ají y apagar el “fuego interno”, luego se servirá una sabrosa sopa de caldo de gallina, cocinada con maní molido y salpicada de perejil y barritas de papas fritas.

Con los platos aún en la mano y resoplando por el picante, sendos vasos de vino o cerveza no tardarán en vaciarse de un solo sorbo aumentando la algarabía y el ritmo de las risas y carcajadas.

La dueña de la casa tiene a su cargo la cocina, no la abandonará hasta haber servido al último de los concurrentes o haber satisfecho algún pedido especial en la comida.

Terminada la comilona y a una hora determinada y prudencial, se volverá a rezar y luego los deudos designarán a la persona o personas que hagan la distribución de todas las ofrendas que hay en la tumba. Seguidamente y provistos de una bandeja y respetando un orden determinado empieza el reparto. Este se hace dando a cada uno de los presentes una de las ofrendas, de tal manera que, si hay una sola, esta debe ser repartida en partes proporcionales al número de las personas concurrentes, sin importar que la porción resulte pequeña. El reparto se hará minuciosamente igualitario. Los platillos con comida y bebida dispuestos en la tumba serán enterrados en un hoyo que se hace en el patio de la casa a manera de challa. Lo mismo ocurre con los cigarrillos y la coca. No debe dejarse absolutamente nada sin entregarse, enterrándose o en último caso quemándose. De la misma manera el reparto de los “turcos”; se hará entregando uno pequeño a cada uno. Los “turcos” grandes o las “guaguas” de pan tienen una significación particular. Estos serán entregados en bandejas, con un ramito de flores de la tumba, solamente a las personas de conocida

confianza y con el propósito de proponerlo compadre de “guagua de pan”. Gentileza que rara vez es rechazada y que adquiere un mutuo respeto entre las partes, quizá mucho más solemne que el que se contrae con el bautizo de una criatura humana.

Una vez finalizado el reparto, los concurrentes designan un “cura” para las “ceremonias” de “bautizo” y “casamiento”, una forma de satírica parodia realizada en un ambiente festivo. No faltará quien goce de cualidades especiales y habilidad para convertir aquel velatorio en una fiesta burlesca de humor y alegría. Vestido con enaguas a manera de casulla, pintada la cara con corcho quemado, el “cura” hará jolgorio picaresco, tanto en los bautizos como en los casamientos. Estos últimos son actos meramente satíricos, llenos de una diversión sana donde todos gozan alegremente. En ningún momento se pretende abusar o extralimitarse con bromas de mal gusto. Todo es como una fiesta en familia, donde también abunda el talco y alguno que otro lápiz labial. En realidad, llegan momentos en que más parece una fiesta de carnaval que un todosantos.

La libación no cesa hasta que la última botella de bebida se haya acabado. Y eso ocurrirá generalmente a la madrugada, cuando los “rezadores” poco a poco vayan retirándose a sus domicilios, llevando cada uno su bolsa llena de obsequios de la tumba.

A lo lejos, el amanecer pondrá su claridad. Todo será silencio. Hasta las almas parecen, ahora, dormir en paz.

El Ukako

Partiendo de la localidad de Abra Pampa y hacia el noroeste se va a las minas de estaño de Pircas, más conocida por Mina Pirquitas.

Estos yacimientos se encuentran en el departamento de Rinconada en la provincia de Jujuy y los explota una empresa particular desde hace más de cuarenta años. Se encuentra a una altura de 3800 metros aproximadamente sobre el nivel del mar. Su población, cercana a las trescientas almas, la constituyen en su mayor parte bolivianos, descendientes de bolivianos y argentinos nativos de la Puna. En esa zona es una población importante por la influencia que mantiene con las demás poblaciones del Norte argentino, pero sus relaciones comerciales más directas las efectúa con Abra Pampa, a través de un camino de tierra de noventa kilómetros.

Abra Pampa, centro comercial de la Puna, es una población chata con casas de adobe, donde se destacan los techos de paja a dos aguas. Tiene servicios públicos y es puerto de embarque de los minerales de Mina Pirquitas por ferrocarril hasta la Capital Federal y está ubicada en parte de la famosa Puna de Atacama. Esta se extiende desde el pueblo de Humahuaca y abarca una enorme planicie que sobrepasa nuestra frontera, para continuar en los vecinos países de Bolivia y Chile. Se caracteriza por ser una zona árida e inhóspita, con fuertes vientos y nevadas; con altitudes que van desde los 3000 a los 5000 metros de altura, dándole un aspecto de triste desolación. Sus lluvias, escasas y violentas, son generalmente acompañadas de tormentas eléctricas, granizo y nieve; sus ríos, por consiguiente, pequeños y turbulentos. La sequedad de su clima impide toda manifestación de la flora. Los pocos arbustos o yuyos que empeñosamente surgen pronto mueren por la falta de agua. Solo las tolas, paja brava o yaretas y una variedad de cactus pequeños pueden sobrevivir a las inclemencias de ese medio. Lo mismo ocurre con la fauna, que es escasísima, donde ni las víboras ni los lagartos se atreven en el macizo de sus montañas. Los pocos caranchos como cóndores algunas veces motean el azul celeste de sus cielos. No todo es desolado; de vez en cuando, la vida también se recrea con algunas aguadas que reverdean los pastos y la gramilla, adonde bajan a saciar su sed las haciendas compuestas de burros, llamas y ovejas.

Mina Pirquitas compone parte de esa zona y está por lo tanto aislada entre un conglomerado de cerros y montañas. Su población, en su mayor parte —lo repito— compuesta por obreros mineros de origen boliviano, tiene una característica muy propia y singular al resto de los poblados adyacentes. Es un yacimiento que extrae minerales de estaño y plata. Para ello, tuvo que recurrir a Bolivia para “enganchar” obreros experimentados en estas labores, desde la vecina localidad de La Quiaca, al carecer nuestra provincia de ese tipo de obreros, en tiempos en que se estaba por dar comienzo a la explotación.

Oriundos de las viejas minas de estaño de Bolivia, esos obreros ingresaron y se integraron a nuestro acervo con todo su bagaje de costumbres, tradiciones y mitos. Religiosos por antonomasia, nos trajeron las festividades de sus santos patronos, a los que festejaban con gran solemnidad y devoción. La familia no es ajena a estos acontecimientos y sus actos terminan, generalmente, en grandes fiestas donde no se mezquina la comida ni el beberaje.

Estas expansiones, aun un poco excesivas a veces, parecen más consecuencias del aislamiento donde viven. A la falta de una comunicación social más asidua y a la carencia de centros culturales u otros medios que estimulen sus espíritus en las horas libres de descanso. El obrero sometido íntegramente a su trabajo realiza su labor aferrado a sus mitos y leyendas, los que en las horas de descanso exterioriza espiritualmente mediante el consumo de alcohol, aduciendo cualquier motivo. Asimilación que profundamente en el alma de los nativos pronto se irá arraigando, tal vez, por compartir iguales necesidades. Los puneños habían adquirido también estas prácticas al igual que la difícil tarea de la extracción de minerales y no eran ajenos tampoco al sentimiento nacional de los bolivianos. Su trato con ellos era fraternal y de franca camaradería para no hacerles sentir extraños en tierra extranjera. Y esto se debía, quizás, a sus semejanzas antropomórficas.

Generalmente se los reconocía como “coyas” y no como “collas”, como correspondía por ser estos del “collasuyo”, legendaria provincia del Perú. Mote que también heredaríamos y con el que luego nos tratarían peyorativamente nuestros connacionales del sur.

Personalmente, me interesaban sus problemas, sobre todo los sociales, por lo que en diversas oportunidades había ya visitado este establecimiento minero. Ahora volvía acompañado de una comisión de peritos de la Universidad Nacional de Buenos Aires en misión de estudio para

determinar condiciones ambientales de salubridad y seguridad laboral en las mismas. El grupo compuesto por no más de cinco personas arribaba por primera vez a esa parte de la Puna.

La diferenciación entre este grupo y el conjunto de los trabajadores mineros era notable: a la tez blanca y bien alimentada, de cabellos rubios bien enortijados, se oponía la piel cobriza aindiada de cabellos lacios y negros; a la espesa barba y abultados bigotes, los rostros lampiños y acéticos; a los ojos azules o grises, los marrones semisegados, hundidos entre sus pómulos salientes al estilo oriental. De menor estatura, fuerte complexión torácica, el puneño se destacaba también por su fuerte dentadura y gran capacidad laboral. Eran grupos étnicos completamente diferentes, como también extraídos de culturas diferentes.

La Comisión, luego de hablar con la gerencia solicitando el correspondiente permiso para recorrer el interior de la mina, pidió a la vez que algunos de los directivos los acompañaran. En esa emergencia el establecimiento carecía de personal técnico o capacitado para esta tarea, por lo que la designación fue asumida por el capataz general, apodado como el “indio King”. Nunca llegamos a conocer su verdadero nombre.

Este era un boliviano de aproximadamente unos 50 años de edad; grueso, bonachón, muy locuaz. Era un veterano obrero de las minas de estaño Siglo XX y Catavi en Bolivia y se había captado el respeto, tanto de la empresa como el de sus compañeros, por la forma especial de tratarlos en las relaciones laborales de esa compleja tarea minera. Había logrado ascender a esa jerarquía técnica de dirección —compatible con un profesional— por su práctica y experiencia que a veces superaba a la ciencia del ingeniero. El trato con sus subordinados lo hacía siempre en un nivel de recíproco respeto y debida consideración, característica que lo diferenciaba de otros capataces o jefes, a quienes los mineros daban el apelativo de “gringos”, sean estos europeos, americanos o porteños.

King era un hábil y sincero representante de la empresa. Sus cualidades procedentes habían hecho, también, que pronto nos granjeáramos su amistad superando el parco y frío trato oficial.

Provistos cada uno de un mameluco como equipo de mineros que siempre la empresa tenía previsto para las visitas, entramos a la mina alumbrados por una lámpara a carburo colgada al ancho cinturón de cuero. Íbamos con cascos de fibra y botas de goma altas en lugar de los zapatos de seguridad que eran elementales en este tipo de tareas. Recorrimos todos los “parajes” y fuimos hasta su último nivel con el indio King a la cabeza.

Aparte de las instalaciones industriales donde se muelen, separan y concentran los minerales, una mina está también integrada por largas galerías y socavones a diferentes niveles. Estos últimos se comunican entre sí por medio de un guinche y a través de un “pique”, que guarda estrecha relación entre los niveles existentes y la profundidad de la mina. Aparte de los otros sectores internos denominados “parajes”, están también los llamados “extracción a rajo abierto”, es decir, trabajos de extracción de minerales a superficie de la mina. Las galerías, algunas enmaderadas para evitar desmoronamientos, otras —según la estructura— a roca viva, son generalmente los ambientes habituales de trabajo de los mineros. Estas, para seguridad del personal, deben ser observadas continuamente, evitando de esta manera desprendimientos de roca que pongan en riesgo la vida del operario. De igual manera debe cuidarse el “emparrillado” por donde se echa la “carga” a otros niveles para luego ser sacada al exterior, que no esté expuesta a que alguno se pierda en el interior de la “chimenea”. Además de los múltiples y diversos riesgos que son propios en estas labores como las voladuras de las rocas para el avance de la mina para la extracción de los minerales, existen otros más sutiles y también mortales. Estos son: gases, polvo, frío y humedad en estos ambientes. Hasta los continuos cambios de la luz a la oscuridad exponen la salud del minero. Todos estos agentes agresivos y cianógenos deben ser necesariamente regulados mediante sistemas adecuados e idóneos, que permitan la eliminación de elementos nocivos a fin de dar al personal condiciones —al menos— soportables al trabajo.

Si estas elementales normas son descuidadas, los operarios estarán permanentemente expuestos a sufrir accidentes que los afecten física y orgánicamente, consecuencias que, tarde o temprano, si no los incapacitan totalmente, los matarán inexorablemente. El “sílice” o cualquier otro polvo en suspensión es el elemento más agresivo y mortal de las minas. La “silicosis” y la “neumoconiosis” se nutren de ellos y provocan un elevado índice de mortalidad profesional entre los mineros. Esto es conocido universalmente.

No podíamos darnos por satisfechos con lo observado en nuestro recorrido. Las falencias sobre estos aspectos eran notorias, por no decir catastróficas. Era sorprendente la cantidad de riesgos latentes, susceptibles de precipitar en cualquier momento un accidente, que los obreros debían sortear o atenuar permanentemente. Las muertes por accidentes en esta empresa eran menores que en otras mejor equipadas, aunque no podemos decir lo mismo en cuanto a enfermedades profesionales que marchaban

a la cabeza con relación a las demás empresas mineras. Esta observación nos sorprendió sobremanera sin saber a qué atribuirlo. Deducíamos que podía ser la experiencia de King en cuidar a su personal, pero, aun así, dudábamos que ello se debiera a la atención de un solo hombre en la diversidad de los lugares de trabajo.

Indudablemente los obreros, habituados a estos riesgos, no le daban importancia, pero quien quiera que fuera, aunque no experto en minas, palpaba el peligro que representaba avanzar cada metro por la mina. Lo que experimentamos al descender al pique por el guinche los ciento cincuenta metros de profundidad, las cuatro personas que estrictamente cabíamos en el balde, en medio de una oscuridad absoluta sin nada a que agarrarnos en caso de una emergencia, nos sobrecogió de temor y miedo. Esto solo, realmente, nos puso la carne de gallina, todo nuestro recorrido sería una experiencia al valor. No correspondía a la comisión determinar medida alguna, sino solamente tomar datos registrados en el instrumental técnico, para luego procesarlos y determinar las condiciones de seguridad y salubridad laboral de la mina.

Terminada nuestra tarea, volvimos a nuestros alojamientos a limpiar el instrumental y a contabilizar los datos. Luego de asearnos nos visitó nuestro amigo King con quien departimos en una larga charla sobre diversos aspectos que hacen a la labor universitaria en su misión orientadora y científica. A esto, también se intercaló una conversación referente al modo de vida de los mineros, hasta que salieron algunas referencias sobre ciertos ritos que practicaba nuestro amigo King, según nos habían anticipado ya varios de sus compañeros. Nosotros temíamos tocar el tema por no herir susceptibilidades, pero King no tuvo inconvenientes en manifestarlo y de paso invitarnos a visitar el lugar donde —según decían— adoraban al Ukako. Nuestra curiosidad pudo más que nuestro cansancio, por lo que de inmediato nos pusimos de pie.

Cuando salimos ya había anochecido. Las luces dispersas parpadeaban agitadas por el viento que hacía sentir sus heladas ráfagas, las que gemían, lastimosamente, al golpear en el filo de los techos de zinc de las viviendas obreras, en cuyas ventanas asomaba pálidamente la lumbre de sus lámparas a querosene. Atravesamos un caos de casas de adobe que conformaba el campamento obrero, en medio de una oscuridad que se confundía con la de los zanjones que tratábamos de sortear en nuestro camino. La noche se hacía más profunda y silenciosa, haciendo resaltar el cielo azul perforado de estrellas.

Era agosto, época en que los vientos soplan con mayor violencia, mes de la Pachamama, donde las tradiciones cobran vida.

El lugar adonde nos llevara King se encontraba excavado en una gran peña de aspecto tétrico. Un viejo socavón abandonado que mantenía las formas aparentes de diminuta “nave”, abovedada en roca viva y en cuyo interior se había levantado un altar de características singulares. En él descansaba un pequeño diablo hecho de yeso, elegantemente adornado y cubierto con una capa de seda color blanco, llena de brocados de oro, que resaltaba armoniosamente del paño rojo que cubría el altar. Serpentinatas multicolores colgaban del techo dando apariencia de culebras.

El diablillo, sentado en su trono, todo salpicado de mistura, mostraba sus formas grotescas y alucinantes. En un segundo plano, siete estatuillas menores de otros siete diablillos, pintados de verde claro, parecían danzar alrededor de su rey. Más abajo, al pie de ese altar, en un plato de barro, aún humeaban restos de incienso y coca con que sahumaban el ambiente. Tampoco faltaba la botella de alcohol en lugar de la consagrada agua bendita de otros altares. Se notaba también la ausencia de toda otra imagen santuaria.

El lugar estaba provisto de bancos para sentarse arrimados contra los costados de la cueva. Por las huellas de los escupitajos del acullico como de la bebida “challada” ya impregnada en las rocas, no cabía duda de que las “misas” eran bastante concurridas. No obstante ello, la limpieza mostraba la preocupación del encargado. Todo estaba en orden; hasta la cortina de arpillera que cubría la entrada lucía sana y limpia. Su interior estaba iluminado por la luz de dos cirios votivos de esperma —ribeteados con los colores de la bandera boliviana— que ardían lánguidamente en sus candeleros.

Recurrimos al indio King para que nos explicara el significado de ese altar; de ese culto y, sobre todo, lo que representaba para ellos el Ukako y sus siete diablillos.

King comenzó por narrarnos parte de su vida en las minas de Bolivia, de sus costumbres, sobre todo de las creencias y supersticiones que existen entre los mineros de su país cuya conformación económica depende mayormente de la venta de minerales. Su clase obrera minera, al igual que las del Perú y Chile, insume un alto porcentaje de su población laboriosa. Estos mencionados países se diferencian de otros porque en ellos estas labores están representadas, en su generalidad, por las diversas descendencias de aquellos esclavos indígenas que los españoles obligaban al trabajo en las

minas durante la conquista. De ahí que, generación tras generación, esa fuente ha ido nutriendo permanentemente con mano de obra a ese sector de la industria. A nuestro país, en sus tempranos años, vinieron para contribuir al desarrollo de nuestra incipiente minería; lo hicieron con todas sus ilusiones, sueños y esperanzas de un porvenir mejor, aferrados a sus costumbres y mitos tan arraigados en aquellos espíritus ambulantes. El diablo, en este sentido, jugaba un papel muy preponderante en los mitos y costumbres de esta gente.

El diablo es una figura muy conocida en el folclore universal. Varía de nombre según los países. En Bolivia se lo conoce como Supay en su dialecto quechua; Kokena o Mandinga, en nuestro folclore; y “tío” en la generalidad de las minas. Su leyenda adquiere singular importancia en todo “buen negocio”. No falta quien aduce que un pacto con este personaje influye en una producción prodigiosa que enriquece a los hombres, a cambio de rendirle ciertos tributos en los que va implícita hasta la vida misma del contratante en caso de incumplimiento. Sus orígenes son verdaderamente mitológicos y su incursión por las minas deviene de las antiguas leyendas de la vieja Escocia, de España y de tantos otros países del viejo continente que llegaron aquí con los primeros conquistadores. Tanto en el Perú como en Bolivia, donde aún no han desaparecido las arcaicas instituciones incaicas, el mito del diablo es respetado. No obstante que los usos y las costumbres han mejorado bastante, existen aún resabios enraizados en el alma de los nativos, que subyacen como símbolos de una raza que se extingue de igual modo que el sol en sus ocasos.

En las minas de Bolivia, el culto al diablo tiene características propias. Tanto es así que una de sus ciudades más importantes por sus yacimientos metalíferos como es Oruro ha adquirido trascendencia por sus carnavales a través de la pintoresca “diablada” con que recrea a los turistas que concurren de todo el mundo. Este espectáculo que se origina con motivo de la festividad de la Virgen del Socavón, patrona de los mineros, congrega a los promesantes a participar de una enorme comparsa a costa de su propio peculio. Se distingue por sus vistosos trajes y ornamentos de diablos y costosos disfraces cuyas máscaras enormes de grotescas formas alucinan a los espectadores. Esta comparsa danza a los compases de los instrumentos de viento que ejecuta una banda con ritmo acompasado y marcial, haciendo piruetas y dando saltos ágiles diabólicos. El espectáculo, más conocido por la “diablada”, ha adquirido fama internacional y en su coreografía se representa la permanente tentación del diablo frente a la Virgen.

Pero no nos salgamos del tema y volvamos a nuestra conversación con King, a quien reiteramos la pregunta.

—¿Qué significa este altar?

King, sin inmutarse, responde inmediatamente.

—Es nuestro guardián, señor. Es el Ukako. Así lo llamamos nosotros los mineros al diablo. Él habita en estos socavones y cuida de los mineros. Y nosotros en retribución lo adoramos.

—¿Pero hay necesidad de hacer un altar para ello?

—Bueno, en Bolivia en algunas minas lo hacen y nosotros lo hemos hecho aquí, en Pirquitas —argumentó tranquilamente.

—¿Vienen muchos mineros a este lugar?

—Sí. Casi todos —contesta mientras acomoda su casco de seguridad sobre sus rodillas y se prepara a iniciar una coqueada, sacando coca de su chuspa.

—¿Vienen a venerarlo todos los días o esporádicamente?

—No, los viernes a la noche es cuando más vienen. Las demás noches es menos, pero siempre viene alguno que otro. Los viernes es una noche especial y enteramente dedicada al Ukako, señor.

—¿Tú eres católico, King? —La pregunta salió como un estampido que nos sorprendió a todos, pues temíamos, con nuestras preguntas, herir la más mínima susceptibilidad de aquel hombre, tan amable y cordial. King, impactado por la pregunta, nos miró largamente y, levantándose lentamente del banco donde estaba sentado, se puso a cambiar los cirios consumidos por otros nuevos del paquete que disponían al costado del altar.

King tomó su tiempo para contestar.

—También soy católico, señor.

Una segunda pregunta volvió a machacar sobre caliente.

—Si eres católico, ¿cómo adoras al diablo? ¿Acaso no crees en Dios?

Se notó un cambio en el semblante de King. Más dispuesto ahora, y luego de encender un cigarrillo y expeler el humo azul, contestó:

—Yo, señor, cuando hay misa, voy a misa y cumplo honradamente con mis promesas. Pero muy pocas veces hay misa. No obstante ello, siempre rezo. También creo en Dios como todos los demás. Pero dentro de la mina impera el diablo; el Ukako, dueño y señor de toda la riqueza; de los mineros, del oro... del que lo despojamos invadiendo sus dominios.

—¿Pero Dios también está en todas partes! —espetó otra pregunta.

—¿También el diablo allí está! —fue la terminante respuesta—, y yo vivo más bajo tierra que mirando el cielo... ¡No sabemos si vamos a salir

vivos de la mina, ni sabemos si con la dinamita que explotamos también vamos a explorar nosotros, ni sabemos en que momento la roca se nos puede venir encima sepultándonos! ¡El vientre de estas montañas, señor, es el reino del Ukako, padre de los abismos, de las profundidades de las tinieblas! Quizá dentro de la mina estamos más cerca de los infiernos que de los cielos —dijo con un tono serio y mirada aviesa.

Esta respuesta abrió un paréntesis de silencio solo alterado por el rugir del viento frío que corría afuera. Efectivamente, estas pobres gentes se habían aferrado a sus prácticas, supersticiones y mitos al sentirse solos y desamparados de una mano amiga que los entendiera, que los interpretara en sus pequeñas demandas, que los asimilara a la condición de hombres de trabajo y reivindicara su dignidad de hombres cristianos. Eran realmente parias, perdidos en ese laberinto de cerros y montañas, aislados del resto del mundo y librados a la buena de Dios o del amo de las minas.

—¿Qué significan los siete diablillos? —inquirimos nuevamente en forma más pausada.

—¡Ah! Esos son los siete pecados capitales: la avaricia, la gula, la envidia... que siempre están tentando al hombre a perderse, pero también ellos nos cuidan. Algunas veces, cuando todos los viernes limpiamos el altar, siempre encontramos que alguno de los diablillos sufre alguna rotura, sea esta en la cabeza, en las manos, en los pies o en cualquier parte —arguyó seriamente.

—¿A qué atribuye esas roturas? —preguntamos.

—Bueno, cuando nosotros le rendimos adoración, y tributos de alcohol, coca, cigarros, no tenemos miedo, trabajamos y regresamos sanos a nuestros hogares. Si nos hubiera tenido que ocurrir alguna desgracia o accidente, ellos se interponen evitando que cualquiera de nosotros se lastime. Nos cuida durante nuestro trabajo dentro de la mina. Por esa razón, los viernes a la noche, después de la oración de gracias, los curamos y adoramos. Esa noche nos machamos y hasta nos amanecemos —responde.

—¿No crees que el viento puede hacer caer la estatuilla y romperla?

—Como usted verá, señor, a pesar del fuerte viento que sopla afuera, aquí dentro no parpadean ni las velas.

—¿Y algún temblor o movimiento sísmico que pueda producirse por las explosiones de dinamita que usan diariamente? —preguntamos curiosos.

—No, señor. Si eso ocurriera, algunas muestras de rocas, piedrecillas o tierra quedarían al caer aquí en el altar o en el piso.

Su respuesta era lógica.

—¿Cómo interpretar el sentido de este acto de adoración al diablo o sea el Ukako como tú lo llamas? —preguntamos a King para poder satisfacer una curiosidad más profunda.

—Bueno, el Ukako, como nuestro “guardián”, es también nuestro interlocutor y está en continua relación con los hombres que trabajan dentro de la mina. Él traerá ventura y dicha a quien lo halaga y dolor y ruina a quien lo olvida. Guarece y desampara a los mineros, da salud y enfermedad a la gente y fortuna y miseria a los pueblos —termina expresando.

De aquí extraemos la siguiente y doble consecuencia: los mineros —al menos en ese lugar— viven en familiar relación con los espíritus creados por sus mitos. La mayor preocupación en su vida de trabajo consiste en no provocar la irascibilidad del ídolo. Sin embargo, tal preocupación o temor por lo sobrenatural, en lugar de proyectarse en los favores que se claman a los cielos, lo hacen de incumbencia enteramente terrena.

Los asuntos pendientes con estos seres se resuelven, sin excepción, aquí abajo en este altar, por intermedio de plegarias hechas en forma de entrega de total dejación, o de invocaciones, dádivas especiales, formas y honores que se expresan fervientemente en oraciones silenciosas y es-trambóticas. De esta manera, fundan un culto, más a los sentimientos del terror a la muerte que a otras formas más sofisticadas.

Cuando salimos de ese templo de Satanás, una fuerte ráfaga de viento nos cubrió enteramente y nos hizo estremecer todo el cuerpo. La noche parecía boca de lobo y el frío calaba hasta los huesos. Nos arrebujamos en nuestros gabanes y a grandes pasos llegamos hasta el comedor con la esperanza aún de encontrar comida caliente. Tuvimos suerte no obstante ser hora muy avanzada.

Al llegar al dormitorio, nos reconfortó el encontrar la estufa a leña prendida y un ambiente halagador. Estábamos muy cansados. A la mañana siguiente, luego del desayuno, debíamos retornar a la ciudad. A manera de conciliar el sueño, comentamos todas las secuencias ocurridas ese día, sobre todo lo referente al Ukako. No cabía duda: King, aparte de ser un experimentado minero, poseía, también, una profunda psicología que le daba cierta fuerza sobre las debilidades de los hombres que tenía a su cargo. Golpeaba en las partes más sensibles del alma del minero, moldeándolo a través de sus creencias hasta transformarlo en una máquina de trabajo que luego reeditaría una eficiente producción, de la cual ellos serían ajenos a participar de los beneficios. Como siempre, por encima de

toda esa gama de supersticiones, tradiciones o mitos, existía, también, un interés económico muy sutil y efectivo, del cual se aprovechaban.

Después de algún tiempo volví a Mina Pirquitas. Esta vez lo hice para asistir a la festividad de la Virgen de Santa Bárbara, patrona de los mineros argentinos. Como era de esperar, los festejos terminarían indefectiblemente en una procesión y a ella me adherí devotamente. Perdido entre la multitud que acompañaba a la Virgen, me fui acercando poco a poco a la cabeza de la procesión. Entonces tuve la sorpresa de ver nuevamente a mi amigo el indio King. Pero lo que menos esperaba era encontrarlo sosteniendo uno de los brazos del pedestal donde descansaba la Virgen. King me reconoció al instante y no se inmutó al mirarme, solo atinó a encogerse de hombros. Me acerqué y, ya junto a él, le espeté:

—En qué estábamos, mi amigo...

Él, con esa tranquilidad de siempre y con su inconfundible sonrisa, socarronamente me contestó:

—Como ve, yo creo en todo, señor.

Los manantiales

La peonada se retiró luego de la dura tarea realizada ese día. El grupo, que se componía de no más de una decena de obreros, hacía ya más de tres meses que venía abriendo un camino desde el establecimiento minero de la Compañía Minera Aguilar S. A. hasta el paraje denominado Portillo Grande, puesto donde funcionaba una escuela rural para los pobladores de esa zona. El propósito del camino no tenía otra finalidad que el de ampliar el circuito en las tareas de exploración, prospección y cateos de la empresa minera.

El tramo era largo; de sus sesenta kilómetros, se habían realizado ya unos cincuenta. El terreno, bastante abrupto y duro, alternaba con amplios arenales y rocosas formaciones con sinuosos senderos a distintos niveles. La tarea era difícil y ardua. Para vencer las rocas y superar sus ríos, se había provisto al personal con una topadora de regular capacidad, gracias a la cual se adelantaba bastante el trabajo.

La urgencia de dar por finalizada la construcción del camino antes de fin de año guardaba estrecha relación con el tiempo, pues finalizarían los días de noviembre y diciembre, que eran los meses de mayor precipitación fluvial, por esa parte de la zona. Lógicamente se temía la crecida de los ríos que, aunque pequeños, cobraban inusitada violencia cortando el acceso de los vehículos a ese lugar de la obra.

Los hombres afectados a ese trabajo eran en parte personal efectivo de la empresa y el resto, changarines ocupados en el lugar; todos eran criollos, nativos de esa parte de la Puna. Algunos tenían sus viviendas no lejos del lugar del camino. Eran gentes sencillas, quizás demasiado humildes, guapos y trabajadores. Se caracterizaban por su servicial lealtad y brindaban su gran corazón a quienes sabían granjearse su amistad.

Los changarines eran en su mayor parte ex obreros de la empresa. La falta de trabajo obligaba a estos hombres a “changar” en cualquier ocupación. De esta manera la construcción del camino no se detenía y, en otro orden de cosas, tal situación, aunque transitoria, contribuía a generar recursos para la gente del lugar permitiéndoles paliar las necesidades más inmediatas.

Entre estos trabajadores y yo se había establecido una estrecha relación por el largo tiempo que manteníamos trabajando juntos para la misma empresa. Las necesidades comunes habían fortalecido nuestra solidaridad, surgida a través de años de lucha laboral, relación que acrecentaba permanentemente, por los diversos y complejos problemas cotidianos. Conocía sus inquietudes. Más de una vez los había visitado en sus propios ranchos y de esa manera, también, había llegado a conocer la humildad de sus vidas.

La sinceridad con que nos tratábamos me había permitido adentrar profundamente en sus costumbres y en sus formas de vida. Eran religiosos por vocación, y aunque carecían de capilla, sus santos eran transportados a pie en devotos “misa-chicos”, llevando las veneradas misas de un lugar a otro a través de muchos kilómetros. Sus costumbres ancestrales y tan arraigadas en su personalidad por generaciones los hacía desconfiados e introvertidos con los extraños.

Al terminar la “changa”, volverían a sus ranchos de adobe y techo de paja, a cuidar sus ovejas y cabras, a lo que ellos llamaban su “hacienda”. Los más afortunados, lo harían a sus “aguadas” para rescatar de la tierra algunos frutos que les permitirían una escasa economía de subsistencia a fin de no morir de hambre. Algunas veces —cuando las lluvias lo permitían— podían cosechar algo más y efectuar el trueque con otras mercancías —sal, azúcar u otros productos— en las vecinas poblaciones de la Quebrada de Humahuaca. Para ello habrían de recorrer enormes distancias por inhóspitos senderos de la Puna jujeña.

El encargado de la topadora o tractorista era un puneño bonachón y de carácter apacible, a quien más se lo conocía como el “Gordo Gutiérrez”. La experiencia y su práctica en este tipo de trabajos lo había llevado también a este lugar en forma transitoria. Tanto él como yo nos trasladábamos diariamente hasta esa obra en una camioneta a mi cargo, llevando nuestra merienda. Yo lo hacía como mecánico para arreglar los ocasionales desperfectos de la topadora. En ese trabajo llevaba ya dos días.

En aquella oportunidad, habíamos terminado la media jornada y nos aprestábamos a merendar. Como siempre formábamos un amplio semicírculo alrededor del rescoldo donde calentábamos la comida. Nunca nos faltaba una buena botella de vino para compartir con el resto del personal. Luego nuestra charla de sobremesa empezaba, por lo general, con comentarios sobre la tarea realizada. No faltaban algunas bromas bien festejadas y temas diversos de sus costumbres y tradiciones. Pasaba lindos

momentos en compañía de aquellos hombres sencillos y me encontraba encantado por los relatos de sus leyendas y supersticiones melodramáticas. Eran narraciones maravillosas, ingenuas, absurdas a veces, pero que ocultaban a menudo escenas conmovedoras de misteriosas apariciones, no exentas de poéticos simbolismos. El habitante de la Puna está profundamente arraigado a sus tradiciones, y ve en ellas un legado sacrosanto de sus antepasados indígenas.

El más veterano del grupo era don Cosme, quien estaba a cargo de la “peonada”. Nacido en Portillo Grande, conocía muy bien la zona. De rostro adusto, serio, ascético, no compartía el coloquio, pero nos brindaba la sonrisa franca, exhibiendo su poderosa dentadura que se veía amarillenta por la coca. En cambio Salas, el segundo, más locuaz y dicharachero, nos deleitaba con sus anécdotas carnalescas y sus aventuras juveniles.

Habíamos tocado diversos temas y yo les manifesté estar interesado en conocer algún lugar lindo como para hacer un día de campo con mi familia y poder sacar fotografías —aunque sabía bien que esa parte de la zona era tan árida e inhóspita como el resto de la Puna—. No obstante, algunos mencionaron “aguadas”, pero sin ningún atractivo. Don Cosme, como siempre, escuchaba en silencio, mientras con mucha paciencia seleccionaba una a una las hojas de coca con las que iría formando el “acusi”.

La coca, planta saporífera, es originaria de la parte tropical del Perú y Bolivia, cuyas hojas son introducidas a nuestro país previamente autorizadas por la Aduana Nacional en fardos de veinte kilos. Su adquisición puede hacerse en algunos comercios como en las farmacias. No es alucinógeno. No altera la lucidez ni es narcotizante, en cambio es un gran estimulante. El consumo en pequeña escala disimula la fatiga, el hambre y la sed y aumenta las funciones gástricas.

Don Cosme terció imprevistamente en la charla y, con voz pausada e impersonal, nos habló de una vertiente que, según dijo, existía entre los cerros cercanos al lugar, donde estábamos trabajando. Esto me llamó la atención y requerí al hombre más detalles.

—Muy pocos la conocen —acotó—. Antaño, cuando era joven, algunas veces pasaba por esos lugares al llevar mi hacienda a pastar. Pero eso hace mucho tiempo.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo allí? —le pregunté sin demostrarle interés.

—No me acuerdo cuándo, pero hace años que ni me acerco por ese lugar —dijo en forma muy preocupada.

—¿Son grandes las vertientes?

—No muy grandes. Sus aguas son muy buenas, cristalinas como diamantes, pero dicen que el lugar es malo, por eso casi no va la gente por allí —expresó como si hablara solo y en forma evasiva.

—¿Se atrevería a volver a las vertientes? —le pregunté buscando en él alguna reacción. Don Cosme, mirándome fijamente a los ojos, me contestó en forma cortante:

—¡No! No tengo tiempo para esas cosas. Además, ya no tengo a qué ir a esos lugares.

Todos nos quedamos en silencio.

—Si yo se lo pido, ¿me llevaría a conocer ese lugar? —le pregunté incitándolo a la respuesta.

—Usted sabe que tenemos apuro con este trabajo y no hay tiempo disponible —pretextó.

—¿No dice que queda cerca? —le expuse tratando de persuadirlo y animarlo.

—Lo que pasa, señor, es que a esos lugares se los respeta mucho y es malo perturbarlos. Nos puede “marar” —adujo preocupado, y añadió—: ¡Nadie debe “burlarse” de esos lugares!

Convencido de que había algo misterioso en la negativa de don Cosme, no insistí más.

Este viejo obrero, hijo auténtico de la Puna, despertaba mi admiración y respeto. Observaba la tranquilidad con que tomaba sus responsabilidades y las cumplía al pie de la letra. Éramos viejos amigos.

Don Cosme continuaba “coqueando” y no se había movido del lugar donde estaba sentado. Luego de su silenciosa meditación, levantándose se me acercó y, en voz baja, me dijo:

—Lo que puedo hacer es acercarlo al lugar, luego usted puede seguir solo —ofreció.

—¡Claro, don Cosme! Si lo que quiero es que me indique bien el lugar. Nada más...

De esta manera, decidimos hacerlo al otro día, para lo cual debíamos madrugar a fin de adelantar la tarea de la mañana y dejar libre la tarde para la incursión.

Así lo hicimos. Antes de que llegara el mediodía ya estábamos en marcha. Llevaba un morral colgado al hombro con cosas para comer y un rifle del 22. Días antes habíamos visto huellas de un puma cerca de las aguadas. Además, podría presentarse la oportunidad de cazar algo.

Don Cosme no se mostraba muy entusiasta, sus actitudes eran vacilantes, cuando no esquivas. No obstante, tomó la punta y le dio al paso. Habíamos caminado bastante entre medio de una cadena de peñascos escarpados como cuchillos, adentrándonos en una serpenteada quebrada de rocas resbaladizas y aguadas resecas por la falta de lluvias. La yareta y escasa hierba pálida y amarillenta contrastaba con el vivo gris bermellón de los cerros, donde la escasa naturaleza vegetal pugnaba por asomarse entre sus grietas. Solo las “tolas” y algunos cactus pequeños pretendían variar la monotonía de ese agreste paisaje. El sol ya se encontraba en su cenit y hacía refulgir las lajas azuladas de los altos y desafiantes cerros. El silencio era espacial, absoluto, apenas interrumpido por ligeras ráfagas del viento que polveaba entre los riscos.

Seguimos por una huella apenas perceptible y con mucho cuidado para no caer en la escabrosa formación pétrea. Don Cosme se había adelantado bastante y lo hacía sin mirar atrás. Su paso ligero y firme, propio de los “hombres caminadores” de la zona, hacía que yo me esforzara para no quedar rezagado. Yo calzaba botas de cuero con plantas de caucho, pero las “ojotas” de don Cosme eran más prácticas en ese lugar. El cansancio no tardó en producirse y la transpiración se mostraba molesta y dificultaba mi avance. En cambio mi “guía” parecía tan fresco y tranquilo que me provocaba envidia, no obstante sus años poseía una agilidad felina para escabullirse en las peñas y no tardó mucho tiempo en perderse de vista. Esto me obligó a aumentar el ritmo del paso. Me abstuve de llamarlo para no pecar de miedoso, aunque el lugar invitaba a serlo. Su soledad y silencio provocaban espasmos. A esto se sumó la altura sobre el nivel del mar que se hacía sentir con todo su rigor.

Por fortuna no tardé en distinguir la figura de mi predecesor en lo alto de una peña. Desde donde lo veía, parecía de piedra por su inmovilidad. Miraba el horizonte.

Al llegar junto a él, seguía parado, y sus formas se perfilaban graciosamente bajo su sombrero alón de oveja, dando sombra a su quemado rostro cetrino y haciendo resaltar el amarillento pañuelo atado a la garganta para reemplazar el cuello de camisa de lienzo que un día fuera blanca. Las abultadas “rodilleras” de su pantalón de barracán eran muestra de su pobreza. Usaba una ancha faja tejida de dos colores, blanco y negro, adornada con dibujos incaicos. Su chuspa —no obstante— le daba un toque de elegancia en su muy bien formada contextura.

De donde nos encontrábamos pude contemplar la ancha y árida planicie que había al pie de los cerros y se extendía a lo largo de nuestra vista.

Don Cosme parecía no notar mi presencia y continuó abstraído en sus pensamientos. No quise molestar su meditación por lo que evitando cualquier ruido me senté a descansar y reponer mis fuerzas.

¿En qué pensaría don Cosme en esos momentos? ¿Qué observaba con tanta insistencia? Quizá nunca me lo diría. Era demasiado introvertido, casi hermético, en esos casos.

Fue él quien —luego de un rato— rompió el silencio. Sin mirarme siquiera dijo pausadamente:

—Bueno, señor, de aquí ya puede seguir solo. Bajando a la playa busque una huella que va hacia el norte. Sígala hasta encontrar una quebrada. Bajando por ella es casi seguro que va a encontrar los manantiales —aseguró.

—¿Eso queda aún muy lejos?

—¡No! De la quebrada “ahicito” nomás está.

Ese ahicito me alarmó un poco y hubiera sido inútil persuadirlo a seguir conmigo siquiera hasta encontrar la huella. Volví a presumir en él algún temor que lo inhibía a sincerarse en ese momento. Esta actitud y su renuencia eran propias de las gentes supersticiosas y temerosas de violar sus mitos y creencias. No insistí y, expresándole mi conformidad, le agradecí su buena voluntad de haberme acercado hasta allí. Nos despedimos, asegurándole que volvería temprano y que no se preocupara por mí.

La extensa y ondulada plataforma de piedra y arena no daba muestra de ninguna huella. Los pocos rastros de animales que encontré no se dirigían a parte alguna. Eran rastros, posiblemente, de animales perdidos. Sin darme cuenta había avanzado un enorme tramo sin percibirlo siquiera. Los cerros desde donde descendiera quedaban muy atrás. Me encontraba prácticamente en medio de aquel desierto sin tener noción de a dónde me dirigía. Abrumado por la desolación y el silencio, quedé largo rato inmóvil, contemplando aquel vasto y pedregoso páramo. Estaba alucinado y estático; fue quizás aquel alto que me volvió a la realidad y me di cuenta de mi desorientación. Quise volver y me detuve. El sol avanzaba inexorablemente. En esas vacilaciones me encontraba, cuando vi un punto en el fondo de esa playa. Estaba muy lejos para identificar de qué se trataba. Esperé un buen rato para poder distinguir en él un jinete que avanzaba a paso lento. Era raro que por esos lugares hubiera gente de a caballo. Estos animales escasean mucho en esa parte de la Puna. Los pocos asnos, generalmente, los empleaban para el transporte de carga y no para montar. El ver un jinete en ese sitio me inquietó un poco en lugar de causarme alegría. Contaban tantas cosas de los hombres de a caballo que empecé

a sentir cierto escozor en la espalda, pero la suerte quiso que se tratara de un paisano centenario, montando en una mula tan flaca que apenas lo sostenía. Estaba cubierto de arrugas y mechones blancos que asomaban por debajo de su sombrero envejecido como él y que llevaba atado a la garganta por un pañuelo negro en señal de duelo. Era pequeño y vestía pobremente.

—¡Buenas, don! ¿Qué anda haciendo por estos pagos?

El saludo rompió el éxtasis de mis pensamientos volviéndome a la realidad. Sus ojos pequeños y nublados se elevaron a los míos. La mirada era serena y bondadosa en aquel rostro reseco como la misma piedra.

—Ando buscando los manantiales —contesté con voz tranquila.

De sus labios delgados y agrietados por el frío y el sol, partió interrogativamente:

—¿Los manantiales? —Y como estudiándome me miró y observó a su alrededor, y luego volvió a preguntar—: ¿Estás solo?

—Sí, contesté.

—Es muy malo andar solo por estos lugares tan lejos de su pago —comentó mientras arreglaba sus aperos. Luego, irguiéndose sobre la montura y señalando con su huesuda y venerada mano unas lomas, dijo—: Siga en esta dirección y transtorne esas lomas y encontrará una quebrada. Siguiendo el curso de esa quebrada encontrará los manantiales. Pero antes tiene que volver mucho, pues se ha pasado de la huella, señor.

Agradecía sus indicaciones y, mientras el viejito continuaba su marcha, retorné el rumbo hacia la huella. No escatimé esfuerzos para dar con ella. Luego de encontrarla, perdida entre los cascotes, me encaminé hacia las lomas. La tarde era espléndida y el sol había declinado ensombreciendo parte de los cerros y dándoles un maravilloso tono azul escarlata.

Al subir una de las lomas, vi la enorme grieta que como una herida se abría en ese desierto de piedras y cuya naciente parecía surgir de la falda de los cerros circundantes. La quebrada, como una ancha brecha, resultaba difícil verla desde una superficie plana. Se presentaba como un río que hubiera ido profundizando su lecho. Ahora más parecía un río de piedras de enorme tamaño. Los bloques graníticos de diferentes formas y colores semejabán formar un alud que amenazaba desbordar sus costas, como si la naturaleza hubiera desencadenado un movimiento telúrico en épocas pretéritas deteniéndolo de golpe. Una descomunal piedra semicuadrada había quedado atascada en la parte más angosta de la quebrada, obstruyendo el paso a las demás. Esta piedra formaba como un puente con la

otra orilla y se encontraba asentada sobre uno de sus vértices en medio de un ciénego negro verdoso formado por las aguas estancadas de lo que parecía ser un pequeño manantial.

Para descender al lecho, forzosamente debería hacerlo saltando de piedra en piedra hasta alcanzar el bloque que cerraba el paso de la quebrada. Así lo hice, tratando de no golpear el rifle que resultaba una incomodidad por no tener el coraje para terciarlo a la espalda. Me separaba nada más que un pequeño trecho para alcanzar la piedra. Ese espacio había que superarlo de un salto. Tomé el necesario impulso y di el salto sobre una de las partes planas de la piedra. Al tocar estas con mis pies, sentí un imprevisto y extraño temblor en las piernas que no tardó en extenderse a todo mi cuerpo. Un sudor frío corría por mi espalda mientras mis cabellos comenzaban a erizarse. Quise moverme, pero no pude hacerlo: estaba paralizado completamente, como pegado a la piedra. La transpiración me bañaba y los latidos del corazón parecían romperme el pecho. El miedo se apoderó de mí y repetidas veces intenté gritar sin conseguirlo. Traté de largar el rifle como procurando hacer algún movimiento, y este parecía pegado a mi mano. Me di cuenta de que estaba solo en ese desierto y que nadie acudiría y eso me causó pánico. Un gusto ácido y salado sentí en mi garganta que me hizo tener una hemorragia. Entonces pensé en rezar, pero no pude hacerlo porque un extraño vapor comenzaba a invadirme amenazando doblegar mis últimas fuerzas. Solo el instinto me rebelaba a entregarme totalmente. En medio de esos instantes interminables de desesperación infinita, el graznido de una “guallata” (pato silvestre) al pasar volando junto a la piedra rompió el tenso clima volviéndome de mi inconsciencia. El rifle cayó automáticamente de mis manos a la piedra y de ahí al lecho del río, produciendo un ruido sordo. La tensión aflojó mis miembros y recién pude moverme y cubrirme el rostro que lo tenía bañado de sudor. Me arrodillé y poniendo mi cabeza entre mis manos traté de recobrarme y calmar mi agitación que parecía ahogarme. Tal vez fueron minutos o segundos lo que duró ese extraño fenómeno, pero fue para mí como una eternidad de la que no pude precisar el tiempo. Una serie de fantasías y misterios habían desfilado por mi mente en esos instantes en forma veloz.

Estaba exhausto y con un terrible dolor de cabeza. Me sentí cansado como si hubiera estado tratando de levantar ese enorme bloque de piedra. Aspiré profundamente aire para renovar el de mis pulmones procurando quitarme el mareo que me mantenía como aletargado. Luego de recuperarme algo bajé hasta el lecho donde un pozo negro de regular tamaño

emanaba olores nauseabundos. El musgo formado a su alrededor parecía darle un marco a ese espejo de ébano. En él descansaba esa enorme roca como una planta misteriosa y petrificada.

Muchas leyendas se habían inspirado en los misterios de los “pozos negros”, ciénagos, vertientes u “ojos de agua”. Los hechizos y encantamientos poetizaban en nuestro folclore haciéndolas precavidas a las gentes del lugar. Yo particularmente respetaba esas creencias para no herir la sensibilidad de mis amigos puneños, tomándolas con mucho tino y sin ninguna convicción íntima; más como un acto protocolar en el que el hombre cifraba todo su valor humano, sujeto o no a los hábitos y costumbres tradicionales propios de esos lugares. Respetaba a los puneños en sus creencias y formas de vivir. Los respetaba por su vocación y su sinceridad. Pero me negaba a aceptar que el incidente de la piedra sea una consecuencia de esas leyendas. Más lo atribuía a una cuestión física producida, quizá, por un mal salto o un calambre imprevisto fruto de la larga caminata. No aceptaba otra cosa. No ignoraba, tampoco, que era costumbre en la gente del lugar, cuando visitaban “pozos negros” o “aguadas”, particularizados por ellos como mal paso, realizar un previo ritual para purificar el lugar a fin de evitar la “maradura”. Ello consistía en “challar” el lugar. Este es un acto de adoración a la Pachamama o Madre Tierra —dadora de fortunas o males— pidiéndole suerte y que lo libere de todo ser maligno. Para esto hace previamente un pequeño hoyo donde entierra parte de su “avio” (merienda), consistente en comida, cigarrillos, coca y bebida alcohólica. De rodillas junto al agujero con el sombrero en el suelo y en absoluta solemnidad, agradece a la tierra —madre de todos los dones de la naturaleza— por los beneficios recibidos. El acto es muy común en cualquier circunstancia en que concurra, por primera vez, a un determinado lugar o inicie cualquier acto trascendente. En cuanto a la “mara o maradura” no es otra cosa que el “mal” que puede contraer del contacto o “presencia” de un elemento natural que sea considerado tabú, tal como los ciénagos, pozos negros, aguadas, cerros, etc. El efecto de estos tabúes se manifiesta en extrañas enfermedades físicas —sobre todo de la piel— pero más generalmente psíquicas expuestas a la terapia de los “curanderos” o “manosantas”.

No dejaba de pensar en lo que me había ocurrido. No creí haber violado sus leyes porque yo no formaba parte de ellos; aunque, no muy ortodoxas, las reconocía como parte de sus hábitos, costumbres y tradiciones.

Haciendo abstracción de todos estos pensamientos inicié la exploración del lugar siguiendo un hilo de agua que nacía en la vertiente del pozo

negro y corría por la pendiente, donde más abajo aumentaba de volumen. Efectivamente, el arroyuelo crecía en su cauce con la incorporación de otros manantiales que brotaban a los costados de las peñas en cristalinos chorros de agua. Luego formaban un pequeño río, que adquiría a la vez una dulce sonoridad para ir a perderse entre los riscos del fondo de la quebrada, matizada con un claro verdor que asomaba a sus costados. Era una verdadera fuente surgente. Sus aguas, al caer sobre las rocas, formaban un arco iris al chocar con los rayos del sol de aquella tarde maravillosa y de límpido cielo.

Estas aguas, indudablemente, atravesaban una zona mineralizada, hacia donde se dirigía la construcción del camino. Como era de esperar, la fuente en esas condiciones no dejaba de tener algo fuera de lo común; un sabor agradable y, sobre todo, riquísima y dulce. Estaba fresca y sus chorros invitaban a beberla, más pudo el deseo que la sed y bebí de ella hasta saciarme. Sentí una extraordinaria frescura y una satisfacción plena y tonificante. Todo mi cansancio y la modorra que me embargaba desapareció instantáneamente. Me sentí renovado y lleno de vigor. Sentí la misma sensación que cuando uno se da una ducha después de una violenta jornada de trabajo. Satisfecho y gozando de una tranquilidad desconocida hasta entonces, me tiré en el suelo a contemplar el cielo en su inmenso esplendor. Pensé en tantas cosas; en las maravillas que tiene la naturaleza para dar al hombre y que están al alcance de su mano, una paz espiritual tan dulcificante. Ese sosiego que me liberaba de tantos problemas y sinsabores de la vida parecía trasladarse a un limbo desconocido y extraño. El sueño no tardó en vencer mis agotadas fuerzas.

Cuando desperté, el sol se hundía en el horizonte, lanzando sus postremos rayos por entre las afiladas cumbres de los silenciosos cerros. No tardaría en anochecer, por lo que inmediatamente me puse en marcha para retornar. Nunca creí haber caminado tanto. Por entre los cerros y haciendo memoria de la delgada senda, caminé a los tropezones entre una oscuridad ya cerrada, guiándome solamente por mi intuición más que por mi orientación. El silencio en esa noche profunda solo era alterado por el ruido de mis pasos. Por fortuna llegué sin novedad. En el campamento el personal se había retirado normalmente y solo me esperaban el Gordo Gutiérrez y Salas, como acompañante. Estaban preocupados por mi tardanza.

Sería más de medianoche cuando cargamos las cosas a la camioneta y retornamos al establecimiento. Salas nos acompañaba para volver al otro día, íbamos los tres en la cabina y en silencio. Fue Gutiérrez quien

preguntó si había encontrado las vertientes, a lo que le contesté que sí y que mi demora se debió a un ligero extravío. Le mentí. Luego nada comentamos hasta llegar a destino.

Terminaba mi tarea en el arreglo del tractor, me encontraba nuevamente trabajando en los talleres del establecimiento. No había transcurrido aún una semana desde la tarde aquella de los manantiales, cuando comencé a sentir una extraña y vaga sensación de melancolía y de tristeza. El recuerdo de esa tarde no se disipaba de mi mente y me daba vuelta en la cabeza continuamente como una película sin fin. Se sobreponía a la variedad y complejidad de mis problemas absorbiendo mi pensamiento plenamente. A esto se sumaba una insaciable sed que me hacía consumir excesivas cantidades de gaseosas y todo tipo de refrescos, al no encontrar satisfacción en el agua natural por sentirla a esta nauseabunda y amarga. Mi intranquilidad se tornaba molesta y un incomprensible mal humor empezaba ya a originar inconvenientes en mi hogar y sobrevenían continuas reyertas con mi esposa. Me ponía intratable apenas probaba bocado. Sabía perfectamente que esta situación era muy insólita en mi conducta y que ello me traería —no lo dudaba— serios problemas, también, en el trabajo. No habían sido pocas las veces que mis compañeros me hicieron “volver” de mis pensamientos perdidos entre los manantiales, en cuya dirección no podía dejar de mirar y sentir algo así como un magnético influjo que obsesionaba mi mente, tal vez, receptando un mensaje telepático desde aquellos cerros. Me había sido imposible evadir estas “percepciones extrasensoriales”, que parecían llamarme, exigirme el retorno, por lo que decidí afrontarlas y volver allí. Para no ir solo esta vez, hablé a un compañero de trabajo interesándole en un lugar excelente para la caza de vizcachas. Este motivo atraía con seguridad a los trabajadores mineros, como una forma de entretenerse los domingos a cambio de no aburrirse en los campamentos. Recurrí a esta mentira para asegurarme su concurrencia. A este fin acordamos salir un día domingo para no pedir permiso particular del trabajo. Era sábado y ya teníamos todo preparado para la “caza”. Nuestra salida fue fijada a las tres de la mañana. En un vehículo que había logrado conseguir nos acercaríamos hasta el borde de los cerros para luego seguir de a pie. El viaje no debía postergarse.

Durante todos esos días había recordado que, cuando niño, mi madre solía contarme hechos que versaban sobre leyendas y apariciones fantasmales; mitos y rituales que encerraban una atmósfera de misterios que pugnaban con la concreta concepción material. También decían los

entendidos que el susto era una enfermedad de la Tierra; como un castigo de la Tierra a las personas que no acataban sus leyes misteriosas. La persona en trance —decían— deja su espíritu penando en el lugar del susto hasta que sea llamado a su cuerpo nuevamente; mientras tanto, este sufre y padece los males del castigo. Nunca había hecho caso a estas fantasías ni era leído para discutir las científicamente, pero seguro estaba de que todo esto no era más que fruto de las tradiciones y, más que nada, de las supersticiones hondamente arraigadas en el alma de aquellos pueblos.

El sábado, día anterior a la salida, los compañeros de mi sección de trabajo habían resuelto agasajar al jefe en su despedida de soltero, y fuimos invitados a participar esa noche con mi compañero de “caza”. Aunque no era muy afecto a este tipo de manifestaciones decidí concurrir para no dar una nota discordante en la camaradería que nos unía a los demás. Nos habíamos confabulado previamente, con mi compañero, en aducir un pretexto cualquiera para retirarnos temprano. Así lo hicimos y antes de medianoche ya marchábamos rumbo a nuestros domicilios completamente sobrios. Dudaba de que se dieran cuenta de nuestra ausencia, pues mi participación en la fiesta resultó completamente indiferente a mi “ausencia” de ella —me lo hizo notar mi compañero—.

Cuando llegué a casa me acosté y dormí profundamente.

No había transcurrido una hora, cuando fui despertado bruscamente por un punzante dolor de estómago y una sensación de vómito me hizo saltar de la cama y correr al baño. Devolví lo poco que había probado, cuando empezaron unos retorcijones en el vientre imposibles de soportarlos. Mis quejidos y las convulsiones en que me debatía despertaron a mi esposa quien levantándose de la cama acudió en mi auxilio. Temblaba como una hoja con el cuerpo bañado por un sudor frío. Cada arcada parecía romperme el pecho con el esfuerzo de vomitar un líquido como bilis de color amarillo viscoso. Nunca había sufrido una cosa así, tan tremenda, y no tenía idea a qué atribuirle. Para colmo carecíamos totalmente de medicamentos y buscar un médico a esa hora hubiera sido tiempo perdido. Mi señora, alarmada por no poder hacer nada para aliviar mi dolor, solo procuraba darme calor cubriéndome con una manta. Mi palidez era mortal y mi agitación extrema, al punto de querer desfallecer sobre el inodoro. Un bocinazo hizo que reaccionara y me fijara en la hora. Era la estanciera que venía a buscarme. Pedí a mi señora que los hiciera pasar mientras me vestía. Su negativa a mi propósito fue lógica, pero yo no estaba en condiciones para discutir por lo que haciendo caso omiso a sus insinuaciones y

hasta súplicas empecé a vestirme con grandes esfuerzos. Calcé mis botas y alcé el rifle cuando mi señora hizo entrar a mi compañero pidiéndole que desistieramos del viaje en vista de mi estado calamitoso. Mi compañero me rogó no salir haciendo causa común con mi señora. Por lo contrario, aconsejó llevarme al hospital en la estanciera. Me puse terco, caprichoso en la negativa —actitud que no dejó de avergonzarme posteriormente— y, sin disentir más, salí de la casa y me ubiqué en la parte trasera de la camioneta. Adelante había otra persona que no reconocí en principio. Sentí cerrarse la puerta de mi casa con violencia y mi compañero acompañado ahora de su padre volvieron a insistir tímidamente al desistir del viaje, a lo que repliqué imperativamente que arrancaran y nos pusieramos en marcha. Me acomodé lo mejor que pude para tratar de dormir, pero no lograría hacerlo, el camino pedregoso y lleno de baches lo impedirían, transformando la excursión en una penitencia, en un viaje cruel y despiadado. No fueron pocas las veces que hiciera parar la camioneta para intentar que yo vomitara, cosa que me era imposible. La buena voluntad de mis compañeros no tardaría en agotarse por tantas molestias pero me era imposible evitarlo. El frío como la incomodidad y los barquinazos no tardarían en concluir con mi resistencia y convertirme en una piltrafa humana.

La suerte quiso que se acabara el camino que acercaba a los cerros. Había que abandonar el vehículo para seguir a pie. Aún no había amanecido. El cielo azul despejado completamente auguraba un día pleno de sol. Los cerros, como una enorme masa oscura, no daban la ubicación exacta de dónde comenzaba su falda. Tras una breve deliberación, se resolvió dejarme en el vehículo para reponerme un poco y luego seguir a unirme con ellos. Acepté estas buenas intenciones más porque era inútil intentar siquiera dar un paso. Volví a encerrarme en la camioneta dispuesto a descansar y reponer mis fuerzas para luego proseguir. Traté de dormir para sacarme de la cabeza los horribles pensamientos que me habían estado abrumando tenazmente. El silencio era absoluto y las pocas estrellas empezaban a disiparse poco a poco hasta dar más claridad a la mañana. No tardó en hacer sentir su presencia el *quetupí* (benteveo) con su característico canto agorero y premonitorio. Me despertó nuevamente la inquietud. Un tiro de escopeta se sintió a la distancia y ello me dio una idea de lo lejos que ya se encontraban mis compañeros por lo que, sobreponiéndome a todas mis angustias, bajé de la camioneta dispuesto a seguir como sea.

La mañana, arrebujaada por un velo tenue del amanecer, iba paulatinamente descubriéndose a trechos, desgarrada por el sol, que hería con

sus dorados rayos el azul oscuro de sus montañas. Alguna que otra ave se mostraba bulliciosa. Un aire frío dio de lleno en mi cara y estuvo a punto de tirarme al suelo. Las piernas apenas me respondían y el sudor comenzaba a congelarse en mi ropa y me hacía castañetear los dientes. Asegurando la camioneta, di el primer paso, luego otro y seguí lastimosamente mi camino, cubierto con una manta, hacia los cerros ahora grises, yermos, imponentes ante mi pequeñez.

Mi paso vacilante tropezaba continuamente con los cascajos, no recuerdo cuántas veces haber caído y mordido la tierra, ni cuántas veces haber maldecido mi insensato capricho. Mi cuerpo volvía a bañarse con el sudor de la cabeza a los pies. La llegada del sol vino a devolverme algo del calor que me faltaba. Esto me animó a seguir por ese sendero rocoso que me llenaba las manos de espinas de la paja brava y los riscos cortantes. Una agitación permanente reseca mi garganta produciéndome una sed atormentadora. A esto se sumaban los temblores, y esta vez, con un estado febril que me devoraba interiormente haciéndome zumbiar la cabeza. No pude soportar más y me tiré al suelo largo rato. Insistí caminar otra vez y lo hice a duras penas, casi arrastrándome hasta quedar tendido. En mi afán de acomodarme entre las rocas, algunas de ellas se desprendieron rodando cuesta abajo, y cual no fue mi sorpresa al ver, en los huecos donde estaban asentadas, regueros de sangre; charcos de sangre fresca, viscosa, como si recién hubieran degollado animales. Abrí desorbitadamente los ojos y el terror casi me paraliza el corazón. Instintivamente extendí la mano para recoger de esa sangre y al acercarla a mis ojos vi que era nada más que tierra seca. Hice caer otras piedras y en cada hoyo parecía ver esos coágulos truculentos que me hicieron cerrar los ojos para convencerme de que solo eran visiones. Todo fue inútil, porque esas manchas empezaron a agrandarse hasta transformarse en enormes charcos de sangre. Eran rocas de sangre y todo a mi alrededor estaba convertido en sangre. Solo el cielo continuaba siendo azul y claro, entonces me asusté y el pánico se apoderó de mí. Comencé a llamar a gritos a mis compañeros, con desesperación y sollozos desgarradores que repercutían para luego morir en el silencio de esa mañana llena de sol. Volví a gritar otra vez, y otra, no sé cuántas veces más y nada. Solo silencio y sangre: mi ropa estaba roja, mis botas, mis manos, todo. Creí volverme loco y comencé a correr ciegamente para librarme de todo ese mar de sangre, de esas visiones alucinantes. Cuántas veces caí y rodé por esos angostos senderos no las tuve en cuenta. Lo cierto es que en mi carrera desesperada había llegado a alcanzar un pequeño

peñasco, desde donde se divisaba claramente el enorme bloque de piedra de los manantiales. La piedra como marcándome el rumbo me infundió un latido de esperanza. Mi corazón parecía haber entrado en una existencia latente. Sentía la penosa y fatigada sensación de desfallecer. Ningún sonido, ninguna voz, ningún rumor ni crujido se oía en aquel imperio rocoso, solo el paso jadeante de mi cuerpo. A medida que avanzaba, y cuanto más rápido lo hacía, creía tener la certeza de que allí se acabaría mi tormentoso peregrinaje. Faltaba poco para llegar y volví a caer de nuevo. Mi cuerpo estaba cubierto de un sudor pegajoso y me arrastraba sobre mis brazos y piernas, apartando con mis manos el musgo maloliente de ciénago y tratando de mantener la cabeza fuera del barro, para poder ver la fuente que ya la tenía a pocos pasos. Con fuerzas extraídas de no sé dónde, seguí arrastrándome hasta llegar a la primera vertiente. Apagué mi sed con loca desesperación a fin de aliviar la intensidad de la fiebre y quedé tendido en mi delirio, cerrando fuerte los párpados como dejándome morir. Al abrirlos penosamente, mi mirada erraba de un punto a otro tratando de recordar algo y buscando en vano la presencia de mis compañeros o de alguna cara amiga. Quedé después desfallecido, con la mirada vidriosa y clavada en el cielo; con las manos extendidas en una expresión de dolor supremo, inmóvil, rígido, con la palidez amarilla de un cadáver.

Cuando volví en mí, un pesado cansancio dominaba mi cuerpo magullado por los golpes, como si en sueños hubiera llevado a cabo trabajos colosales. Yacía en el suelo y no atinaba a comprender dónde me encontraba. De pronto una mano se posó en mi frente, era la mano de mi amigo que se encontraba de rodillas junto a mí. Lo miré sorprendido y luego vi a su padre, también al lado mío. El sol de mediodía me daba de lleno en la cara y me encontraba totalmente mojado por la transpiración. Me senté automáticamente y vi que mis ropas estaban desgarradas y llenas de barro y sangre; me ayudaron a ponerme de pie y comencé a caminar para desentumecerme y despejar mi cabeza de un leve mareo. En general, estaba repuesto; tanto los dolores como la fiebre habían pasado, solo me quedaban los rasmillones y las espinillas clavadas en muchas partes de mi cuerpo.

Mis compañeros se mostraron sorprendidos por cómo había llegado hasta allí en el estado en que estaba. Traté de darles una explicación razonable y para evitar más preguntas les pregunté cómo les había ido en la “caza”. No dejaron de mostrar su desaliento por la abundancia de vizcachas al mostrarme la única pieza cobrada, que menos mal era de regular tamaño. Luego les enseñé las vertientes y recorrimos todo el sector.

Quedaron extasiados al ver aquel río de piedras milenario, como también encantados por la naturaleza de las aguas. Se lamentaron no haber llevado cámara fotográfica y prometieron volver algún día.

Decidimos volver a la camioneta para merendar y de paso buscar la manta con la que había salido. Siguiendo mis huellas no tardaríamos en encontrarla.

Al regresar a casa, sentí una sensación de paz y tranquilidad luego de una noche atroz.

El antigal

Aquel camino a Portillo Grande continuaba construyéndose aceleradamente y los esfuerzos se habían redoblado para terminarlo. Lamentablemente una serie de inconvenientes como las lluvias retardaban su avance, haciendo dudar de la fecha prevista para su terminación. Ahora era una enorme roca que cerraba el paso inexorablemente y el tractor era impotente para proseguir su trabajo, por lo que se resolvió fracturar la mole rocosa con cargas de dinamita. Aprovechando esa circunstancia, la administración había dispuesto un regulado de la máquina del tractor, cuyo trabajo me fuera encomendado en forma urgente mientras se realizaban las tareas de voladura.

En la madrugada, fuimos conducidos con mi ayudante a dicho lugar en el camión que transportaba las herramientas y el material; el chofer se comprometió a regresar en la tarde para llevarnos de regreso. De esta manera volví a aquellos lugares y a encontrarme nuevamente con los obremos, que esta vez se encontraban al mando de Salas, por ausencia de don Cosme, quien se había trasladado al establecimiento minero para asistir al velatorio y entierro de uno de sus nietos.

Había caras nuevas. Al grupo se había agregado Margarito, el hijo de Salas que se encontraba de vacaciones, no como obrero, sino solo para ayudar a su padre. Las clases habían cerrado por terminación del año lectivo. La mayoría de los niños escolares pasaban sus vacaciones pastoreando las haciendas o ayudando a sus padres en las labores diarias y así evitar andar vagando.

Don Cosme, un viejo pionero de la minería puneña, no tardaría en sentir los rigores de la nueva industria y las consecuencias que ella implicaba en su futuro y en el porvenir de los suyos. Uno de sus hijos, el menor, apenas salido del cuartel había terminado su juventud y sus días en un accidente de trabajo. Fue destrozado por el balde al chocar este donde descendía hasta el pique de la mina. Dejó una viuda, un pequeño y otro por venir. Su hijo mayor no había tenido mejor suerte: prefiriendo la zafra de la caña de azúcar a los socavones, había muerto de tuberculosis en los ingenios de Ledesma.

Él, don Cosme, oriundo de Portillo Grande, no podía darse el lujo de pretender otra ocupación que no fuera la que le ofrecían las minas cercanas al lugar donde habían levantado el rancho sus abuelos.

Por entonces, sus padres ya ancianos habían muerto; él, casado y padre de dos chicos menores, ingresó en la mina como peón “papelero”. Su dedicación y empeño le hicieron ascender pronto: fue “matapalos”, “carrilano” y terminó siendo perforista, cargos o tareas afectadas directamente a la producción y explotación de minerales de plomo y zinc en Mina Aguilar. El “trabajo a bonificación”, a que estaban sujetos todos los obreros del interior de la mina, formaba parte de un plan de mayor producción. Ello implicaba mayor esfuerzo que no tardó en afectarlo a los pulmones; luego de un corto tiempo, fue declarado “silicoso” y retirado de la empresa con una indemnización que pronto se esfumaría con el pago de algunos remedios. Incapacitado total y permanentemente, don Cosme aventuró, más por consejo de los compañeros, iniciar los trámites de una jubilación por incapacidad. Dichos trámites murieron antes de pasar siquiera de mesa de entradas del ministerio, por la complejidad de sus leyes y la sólida burocracia de la administración, que no hicieron nada más que agregar su pedido al montón de expedientes que duermen aún el sueño de los justos en los sótanos del ministerio. Desde entonces viviría de las changas como muchos otros ex obreros con su misma condición. Para su desgracia, su esposa tampoco tardaría en dejarlo. Ahora quedaba solo y desconsolado. La enfermedad de su compañera no había durado mucho —quizá por desnutrición—. Había hambre crónica en esos parajes y los servicios del hospital no llegaban hasta ellos por no formar parte de la empresa. Pensar en otros auxilios era utópico, en esas antípodas de la civilización.

El cortejo que condujera a la difunta hasta el camposanto apenas lo componía un escaso grupo de amigos y familiares que trasladaron el cadáver hasta Casa Grande, a través de los cerros y de sus cuarenta kilómetros según era tradición.

Ahora había muerto uno de sus nietos. Así la prole de don Cosme se extinguía, lentamente, como los de su raza.

Esta charla sobre don Cosme nos había entristecido. El descanso llegaba a su fin y pronto se reiniciarían las tareas. Mi trabajo había concluido y esperaba que Gutiérrez, el tractorista, probara la máquina. Los obreros, durante la mañana, habían perforado la roca con cortos barrenos y a fuerza de golpes de “combo” (martillo grande y pesado) sobre esa pendiente, donde luego el tractor daría forma a una curva muy cerrada que les

permitiera penetrar en el río por una parte menos riesgosa. Todos habían trabajado a voluntad por el deseo de terminar pronto la obra.

Aprovechando esos instantes de silencio pregunté a Salas dónde enterraban los muertos de ese lugar, aparte de llevarlos a Casa Grande.

—No tenemos otro lugar. Coraya queda aún mucho más lejos, y para llevarlos a Tres Cruces necesitamos camión —contestó.

—¿Por qué entre todos no construyen un cementerio más cercano del lugar donde viven para evitar tanta caminata? —propuse a todos los presentes vecinos de la zona.

—Ya no vale la pena, señor, los pocos que quedaron, vivimos muy desparramados. Además nuestros hijos, una vez que los “agarra” la mina, se quedan a vivir allá, se casan y luego tienen hijos y a sus muertos prefieren llevarlos a enterrar al cementerio de Tres Cruces.

—Pero... ¿no hay un lugar más cercano al de Casa Grande, donde puedan hacerlo aunque sea emergentemente antes de caminar tanto?

—Sí. Hay uno, no muy lejos de aquí; es un antigal, pero a ese lugar nadie quiere ir —dijo—. Dicen que es sagrado y maligno —agregó con cierto sesgo de temor y asombro.

—Pero un antigal es un cementerio como cualquier otro —espeté interrogante.

—Usted sabe, señor, que nosotros tenemos nuestras creencias y respetamos lo que dicen nuestros abuelos. Nadie va a ese lugar por temor. Tienen miedo por lo que pasa allí.

—Y ¿qué es lo que pasa allí? —pregunté curiosamente.

—Los que van allá se “tullen” y esto les pasa hasta a los animales —contestó mirando fijamente a mis ojos—. Lo que le digo no es broma, señor. Hay que respetar esos lugares donde descansan nuestros antepasados —requirió solemnemente.

Los antigales —efectivamente— son cementerios antiguos donde las civilizaciones precolombinas —al igual que las egipcias— enterraban a sus muertos juntamente con todas sus pertenencias o posesiones de valor. Estos lugares interesaban mucho a los buscadores de fortunas que nunca faltaban entre turistas y extraños al lugar. Más de uno se afanaba por dar con un lugar como estos para excavar y profanar sus restos. Los que no estaban impelidos por la codicia, lo hacían más por simple curiosidad y a manera de interesarse por las costumbres y tradiciones de esas comunidades incaicas. No pocas veces se habían dado con hallazgos muy valiosos e interesantes.

La extensa Quebrada de Humahuaca —antigua ruta de los incas— guarda todavía los abruptos senderos que la relacionan con las demás comarcas, valles y otros pueblos de la Puna jujeña, conformando esta parte del Altiplano boliviano, donde no fueron pocos los “tapados” que se han encontrado: petacas, ollas y jarrones de barro, llenos de ornamentos de oro y plata tallada, de monedas llamadas “Quintos” (Carlos V, 1400) de pura plata peruana y acuñadas en la Real Casa de la Moneda del famoso Potosí, allá en el siglo XVI. Si bien es cierto que los indios de esta parte de América no acuñaron monedas, con el oro y la plata que extraían de sus minas, por el contrario, fabricaban artículos de singular belleza en los que fácilmente se advertía un afán religioso a manera de dar realce al sello del imperio. Al oro, lo llamaban “Lágrimas del Sol” y a la plata “Lágrimas de la Luna”.

El Imperio incaico se había ramificado por nuestro territorio hasta Santiago del Estero atravesando el Tucumán. Nos había dejado, aparte de sus tesoros enterrados, el gallardo lenguaje de su quechua, como así también su rica cultura, nada despreciable en relación con las culturas grecorromanas del viejo mundo. Su vasto acervo de tradiciones, costumbres, mitos y rituales aún perdura en el espíritu de sus descendientes a través de sus generaciones. Mis compañeros puneños no eran ajenos a esa influencia.

Los hallazgos no solo podían darse en los antiguos, sino también en lugares donde, ante el saqueo de los conquistadores, los indios habían enterrado sus tesoros antes que entregarlos a los españoles en aquellas épocas de la Conquista. Y esto se da tanto en el territorio boliviano como en el Norte argentino. De ahí que los antiguos como llaman a los cementerios fueron iniciados en lugares remotos y mayormente secretos, rodeándolos de misteriosas leyendas para impedir o meter miedo a quienes se atrevieran a profanarlas. Era de esperar que estos lugares despertaran interés, sobre todo temor y desconfianza entre las gentes del lugar, imbuidos aún de una ancestral superstición por los muertos. Esto los hacía a la vez reacios a cualquier insinuación de acercarse a ellos.

Particularmente, tenía un relativo interés de dar alguna vez con el antiguo. Más por curiosidad de encontrar cosas de algún valor arqueológico. Aunque yo no era nada parecido a esos estudiosos, en casa de algunos amigos, había visto cacharros, armas y flechas de obsidiana, como también momias en buen estado de conservación que me llenaron de entusiasmo y curiosidad.

Fue esta la razón por la cual requerí de Salas más información. Le pregunté la forma de llegar hasta el antigal. Salas, más locuaz que don Cosme, se avino a explicarme.

—El antigal se encuentra —dijo indicando con la mano— entre este cerro que se ve al frente y aquel que se ve allá lejos, que es el Espinazo del Diablo. A donde ambos cerros se juntan está una entrada que hay que seguirla hasta encontrar otra fila de cerros, detrás de los cuales ya se ve el antigal —terminó.

—¿Eso está muy lejos? —le pregunté ansioso.

—No. A paso largo, en tres horas puede llegar siempre que alguien lo guíe —dijo ya preparando el “acusi” para iniciar su labor.

El Espinazo del Diablo era un cerro al que más o menos conocía, pues varias veces lo había explorado en partes de sus sinuosos, agrestes y ásperos senderos, quedando enamorado de sus salvajes formas. Era escarpado, de color rojo escarlata y tan crestado que parecía un mitológico dragón fosilizado de colosales dimensiones. Subyugaba mirar sus grotescas y caprichosas figuras, resaltadas con el colorido cambiante que le daban los rayos del sol. Aquellos matices multicolores que pincelaba la luz tornábanse también en negros espacios que surgían de sus profundos precipicios y grietas incrustados en la estructura pétrea multiforme.

Como había terminado con mi trabajo y disfrutaba de esa tarde libre, hablé con Salas a fin de obtener permiso para cualquiera que quisiera acompañarme. Salas no objetó, pero ninguno de los obreros quiso mirarme siquiera. Todos se habían apartado disimuladamente.

—Nadie va a ir, señor —expuso Salas.

—¡Parece que tienen miedo, nomás! —dije como queriendo provocarlos. Nadie se dio por aludido—. ¡Bueno...! Si nadie quiere acompañarme, entonces iré solo —le dije como desafiando.

—¡Yo lo acompaño, señor! —dijo Margarito, el hijo de Salas. Tanto el padre como yo quedamos sorprendidos por la audacia del muchachito, sus ojitos brillaban con una luz inteligente en esa carita curtida de 12 años.

—¿Te animás? —le pregunté mientras me acercaba a él.

—¡Sí, señor! —repitió— Yo le indico de lejos nomás y de ahí me vuelvo —replicó socarronamente.

—Como quieras, Margarito. Lo importante es que me indiquen bien el camino. Después seguiré solo. ¿No hay problema? ¿Estamos?

—Sí, señor, siempre que mi tata me deje ir —pretextó, mirando a su padre.

—Creo que no va a haber inconveniente alguno, ¿verdad, Salas? —me anticipé.

—No, señor. Si él quiere, llévelo, señor.

—No se preocupe, Salas. No va a pasar nada. Lo que ustedes tienen no es nada más que un temor infundado. Quizá son demasiado supersticiosos y cualquier accidente lo atribuyen a los espíritus. Si uno no está sujeto a esas creencias, va con cuidado y sin miedo, nada puede pasarle. A mi vuelta te vas a convencer de ello —le dije para tranquilizarlo por el chico.

—Haga caso, señor, no vaya. Mire que la gente por algo lo dice —me dijo el Gordo Gutiérrez mientras se aprestaba a poner en marcha el tractor para probar la máquina.

No le contesté. Inmediatamente nos preparamos. Me “armé” de un destornillador grande y Margarito se colgó una honda de goma al cuello. Encargué a mi ayudante por las herramientas y, luego de recibir el visto bueno por el buen funcionamiento de la máquina, nos pusimos en marcha y pronto nos perdimos de vista.

Íbamos bordeando la playa y a paso largo. Margarito tiraba piedras con la mano y también con la honda, demostrando su magistral puntería. Por suerte no había animalitos cerca. Margarito se sentía feliz; bien me había dado cuenta de que su ofrecimiento fue muy oportuno y nada más que para escabullirle el bulto al trabajo y darse una tarde libre para hondear. Y lo hacía con tanta solicitud, como si gozara del juguete más hermoso del mundo. Corría como una cabra con suma agilidad, a ratos se perdía de vista y luego lo veía aparecer ya sobre una peña, ya dentro de una grieta para perderse nuevamente y aparecer en otra. Hacía gala de una verdadera vitalidad, saltaba, corría, cantaba, era realmente un chico feliz, lleno de vida, libre como un pájaro que me hacía añorar con cierta nostalgia los años de mi temprana juventud.

La tarde era hermosa y llena de sol. Apenas unas suaves briznas de viento refrescaban nuestra transpiración en la caminata. Terminábamos de bordear el río para adentrarnos por entre las confluencias de los cerros, cuando ya las ráfagas se tornaban más intensas amenazando levantar viento. Margarito seguía adelante, incansablemente en pos de la cumbre de la segunda fila de cerros. Su paisaje era agreste y el sol al descender parecía hacer arder las rocas. La escasa y amarillenta hierba pedía a gritos un poco de agua en aquel árido y desolado cuadro lunar. Los agudos riscos, como cuchillos, nos agrietaban las manos y nuestro paso era constantemente obstruido por los pedregones de aquellos estrechos senderos. Nuestras

voces, como cualquier otro ruido, se hundían en las profundidades de sus quebradas. El lugar adquiría un cariz cada vez más preocupante, por no decir tétrico. Un raro eco parecía llegar a nuestros oídos como un murmullo de voces milenarias. Una fantástica sensación de notas con que el viento ejecutaba su mágica y melancólica sinfonía arrancada a las fibras de la montaña.

La naturaleza parecía replegarse aterrida ante aquel aniquilamiento de la tarde, sin el dulce canto de los pájaros. Ni siquiera la sutil insinuación de la flora contrastaba con la aspereza de la roca muerta en ese páramo desolador.

Al fin llegamos a la cumbre, casi al final de nuestras fuerzas. Desde allí observamos el lugar hacia abajo hasta dar entre los cerros que la circundaban con una colina aplastada en forma de pirámide truncada, de color rosa bermellón, más clara que el color de los demás cerros de su alrededor.

Desde allí arriba no había nada que nos indicara que aquello fuera un cementerio antiguo, por lo que decidí bajar.

—¡No, señor! Yo me vuelvo de aquí —protestó Margarito.

—Está bien, Margarito —le dije—. De aquí ya voy solo. Gracias por todo y en cuanto vuelva te haré un regalo. ¡Chau!

—¡Chau! —me contesto y retornó a la huella para pronto perderse de vista entre las piedras rocosas.

Una vez en el antigal, subí hasta la superficie buscando huellas o rastros de hombre o animal. El lugar estaba tan pelado como una piedra. Exploré minuciosamente cada metro del montículo sin encontrar nada que llamara mi atención. Sus contornos eran simétricos, la superficie inferior no era de más de sesenta metros y la superior un sesenta por ciento menos.

Era indudable que el montículo guardaba años —quizá siglos— de solitaria existencia en ese recóndito lugar, alejado de los ojos profanos y de la codicia de las almas mezquinas. Yacía como una tumba en medio de la majestuosidad soberana de sus cerros, mudos testigos de un pasado legendario y severos guardianes de sus mitos y leyendas.

Con el destornillador intenté hacer algún agujero, pero no pude por la solidificación de la tierra. El montículo era ya casi roca. Para excavar habría necesitado herramientas adecuadas por lo que decidí retornar un poco desilusionado por mi fracaso total de hallar un “tesoro”.

Llegué al campamento cuando ya el sol apenas se perfilaba entre los cerros y el viento nos sacudía con violencia. La tarde se había puesto fría,

insoportable. Me alegré ver a Margarito junto a su padre. Gutiérrez hacía bramar la máquina para despejar los restos de la roca que había sido volada por la dinamita. Lenta pero firmemente iba dando forma a la curva en esa pendiente. El resto del personal emparejaba la huella y afirmaba los bordes del camino para evitar desmoronamientos. La curva no dejaba de ser riesgosa y poco maniobrable, pero estos detalles se arreglarían posteriormente.

Tanto el personal como Salas me miraron con cierta curiosidad, cosa que quiso molestarme pero a la que no le di importancia. Parecía que hubieran estado esperando que volviera con muletas. Nadie se animaba a decir nada. Solo Gutiérrez bajando del tractor me preguntó si había encontrado algo.

—Nada. ¡Absolutamente nada! Una larga caminata al cuete —repliqué fastidiado.

Gutiérrez, que ya había parado la máquina, luego de mirarme fijamente un buen rato, arriesgó decir:

—Yo no hubiera ido, señor. Creo en lo que dice la gente —argumentó con voz pausada y segura de lo que decía.

—La verdad, Gutiérrez, es que la gente del lugar es muy temerosa y más que nada ¡supersticiosa! Vive atada a sus mitos y a sus leyendas. Ya es tiempo de que se convenzan de que nada de esas creencias existe. La ciencia como la cultura han desentrañado ya muchas de esas fantasías y han develado mitos arcaicos. Las cuestiones sobrenaturales o extraterrenas encuentran campo fértil en las mentes sensibles y dóciles; subyugadas desde su infancia se encuentran siempre predispuestas a aceptar cualquier cosa y el temor luego satisface y concreta la fantasía. Cuando una persona no está espiritualmente preparada para rechazar la superchería y no tiene noción de la materialización de las cosas, vive en un estado de falsa consistencia. Se supedita inexorablemente a lo abstracto y a lo místico y esotérico, aferrándose a la intangibilidad, a lo irreal y fantasioso. Los mitos, leyendas, tradiciones y costumbres han modelado las formas de vida de estos hombres. Las maldiciones y hechizos son sobre todo muy sugestivos, Gutiérrez. Y ellos van a obrar en la medida en que cada persona se incline a darles crédito, si no, no.

Gutiérrez, viejo obrero que me doblaba en años, me miró de hito en hito y, con una sonrisa sardónica, aventuró a decir:

—Hay que creer en todo, señor. Uno nunca sabe lo que puede suceder.

Una larga polvareda distrajo nuestra atención. Era el camión que volvía a buscarnos. Nos aprestamos a preparar las herramientas y nuestras cosas. Era el mismo camión que nos había dejado a la mañana. Ahora lo conducía mi segundo jefe, un ingeniero con quien días atrás tuviera un altercado y, a raíz de ello, estábamos un poco disgustados. Acercó el vehículo hasta el borde mismo de la curva y bajándose saludó, a lo que todos respondimos espontáneamente.

El ingeniero, persona joven de regular estatura, rubio, bien parecido, despertó algunas sonrisas con su clásica tonada cordobesa, tan extraña en esos lugares. Enfundado en su saco de cuero negro, procedió a una ligera inspección del tramo y lo encontró a satisfacción. Hizo sugerencias y finalmente dio algunas instrucciones. Luego preguntó si estábamos listos para volver. Contestamos que sí y le pedimos que ubicara el vehículo antes de cargar las cosas. Montando nuevamente al automotor se puso a maniobrar en la estrecha curva. Menos mal que era hábil conductor y con mucha pericia logró hacer girar a semejante camión hasta ponerlo en dirección contraria a la que vino parándolo sobre una ligera pendiente y con la nariz lentamente levantada. Mientras apretaba el pedal del freno, aprovechamos para cargar las cosas y las herramientas y nos aprestábamos a subir para acomodarlas, cuando desde la cabina gritó: “¡Hey! Usted venga acá”. Yo, para no tener situaciones incómodas, opté por contestarle: “¡Gracias, jefe! Acá voy a ir bien. ¡Dele nomás!”.

Los tres que estábamos arriba nos aprestamos a contrarrestar el envión de arranque, agarrándonos a los arcos de hierro del armazón de la carpa. Todos esperábamos ser impelidos hacia atrás del camión, pero por una razón incomprensible el conductor, en lugar de enganchar la primera, metió el retroceso, al mismo tiempo que largaba el freno. La maniobra nos hizo perder el equilibrio y nuestros cuerpos, primeramente impulsados hacia la delantera del camión, al frenar este bruscamente, fueron despedidos en sentido contrario y yo volé por encima de la baranda para ir a caer sobre el camino rocoso en forma violentísima, lo que me hizo perder el sentido.

Cuando desperté, estaba envuelto en una manta y rodeado del personal con el ingeniero de rodillas junto a mí tratando de hacerme beber un poco de agua. No encontraba cómo explicarme el error de la maniobra.

No quisieron moverme por temor a una fractura de la columna vertebral. El cuerpo se me había adormecido y sentía un terrible dolor de cabeza y las piernas las tenía totalmente ausentes. Envuelto en la frazada me subieron con todo cuidado al camión y volvimos al establecimiento, y

en forma urgente me llevaron al hospital, donde los médicos me sometieron a una exhaustiva revisión radiográfica para diagnosticar finalmente ausencia de fracturas. Me recomendaron guardar cama para reponerme de los traumatismos de primer grado.

A la semana de estar hospitalizado, vino a visitarme Salas con su hijo Margarito. Les mostré la pierna derecha que se encontraba morada, hinchada de la cintura a la punta de los pies.

—Fue un golpe muy feo —dijo, tocando los hematomas—. Tuvo suerte de no romperse la pierna u otro hueso, señor.

—Sí, fue una suerte —agregué, acariciando la cabecita de Margarito que se había acercado a la cabecera de la cama.

Ambos quedaron en silencio, pero la mirada de Salas era hartamente elocuente. Sus ojos marrones e irritados por el sol y los vientos parecían juzgarme, recriminando mi desafío a sus tabúes y mi incredulidad a sus leyes misteriosas.

Quince días estuve en cama y me dieron de alta. Salí del hospital apoyado en un bastón al que no dejaría por largo tiempo y me dirigí a casa. Caminaba con dificultad y dolorido. Estaba casi “tullido” y me sentía avergonzado de mí mismo, de mi estúpida vanidad y arrogancia. Mi soberbia había recibido una sutil y contundente respuesta.

Mientras caminaba, recordaba haber leído alguna vez algo sobre la historia de los egipcios, sobre todo de Tutankamón, el rey, que fue enterrado en una pirámide y cuya maldición a los que violaran alguna vez su tumba se había cumplido inexorablemente a través de los siglos, con la muerte de los científicos que habían logrado descubrirla y profanaron su eterno descanso. Sus extrañas muertes producidas tiempo después dejaron un signo interrogante entre los entendidos.

El arretrato

Al año de habernos casado, vivíamos con mi señora en una casita que nos había provisto la empresa. Por entonces trabajaba en la Compañía Minera Aguilar S. A. y desde algunos años me desempeñaba como chofer de uno de los camiones destinados al transporte de concentrados de mineral.

La vivienda no era grande, constaba de dos habitaciones: comedor, dormitorio y una pequeña cocina. En el dormitorio habíamos armado dos camas y una cuna para nuestra nena de apenas cinco meses de edad. Formábamos una pareja feliz integrada por nuestra única hija, que constituía nuestra mayor alegría. Yo cumplía servicios de ocho horas diarias, fraccionadas de cuatro en cuatro, terminando mis labores a las 17 horas. Muy pocas veces me quedaba a trabajar horas extras. Generalmente mis horas libres las dedicaba a la lectura y al estudio, cuando no a disfrutar del encuentro de mi hija mientras tirados en la cama la hacía jugar.

Vivía modestamente, y mi salario, aunque no suficiente, nos alcanzaba para el mantenimiento de los tres. Una administración racional por parte de mi señora nos permitía también darnos algunos lujos, como salir de vacaciones por algunos días cada año.

La empresa mantenía a sus operarios distribuidos en tres diferentes secciones a las que llamaba “campamentos”. Nosotros estábamos ubicados en el de los obreros y este consistía en un conglomerado de viviendas modestas, construidas en hileras o corridas de ocho viviendas cada una y alineadas como prisiones aprovechando las partes favorables de la intrincada topografía del lugar. De lejos, semejaban palomares, todas pintadas de blanco con sus puertas verdes dispuestas a un solo lado y con sus techos de zinc a dos aguas donde el sol restallaba con más brillo. Este núcleo importante de la población minera se encontraba separado del campamento de la administración, donde se disponía de servicios públicos. Las casillas eran de material de adobe, revocadas a la cal, piso de cemento alisado y muy abrigadas en función de las bajas temperaturas y resistentes a los fuertes vientos de la zona. Contaban con servicios de agua corriente y luz eléctrica. El campamento carecía de asistencia médica integral. La falta de médicos era un problema agudo. Solamente tres médicos constituían la dotación para atender a las cinco mil almas de ese entonces.

Aunque jóvenes y recién casados, mirábamos el porvenir con mucho optimismo. Inexpertos por nuestra juventud, teníamos deseos de trabajar y ahorrar a la vez algo de dinero que nos permitiera buscar horizontes mejores, por lo que estaba enteramente dedicado a mi trabajo.

Una tarde como cualquier otra, ocurrió uno de esos episodios que es muy difícil olvidar. Una cosa tan curiosa, tan extraña de contar, que pugnaba con lo fantástico e inverosímil, no por la trascendencia que tuviera en la vida de los hombres mineros, ya tan común a hechos de esa naturaleza, sino por el significado que ello implicaba para mi formación y mi conciencia, tan reñida con toda forma de superchería.

Por mera casualidad, mi llegada a casa al regresar del trabajo coincidía con el despertar de la nena y, mientras ella tomaba la mamadera, nosotros tomábamos el té. Esa tarde tuve la sorpresa de encontrar a mi señora sumergida en un mar de lágrimas, completamente pálida y con el semblante de lo más turbado. Alarmado, pregunté qué había sucedido. Cuál era la causa para tanta aflicción. En principio imaginé un robo u otra situación peor. No encontraba respuesta a mis interrogantes, por lo que mis dudas por saber el motivo lindaban con la exasperación. Mi esposa, con voz entrecortada por los sollozos, balbuceaba palabras apenas audibles e incoherentes, quedándose muda de a ratos, lo que me llevó a tomarla fuertemente de los brazos.

Por su entrecortado relato alcancé a interpretar lo siguiente: luego de ver a la nena que aún no había despertado, había salido a comprar pan hasta una casa vecina —aunque teníamos pan de la proveeduría—. Siempre comprábamos pan casero para el desayuno y para el té de la tarde. En esa tarea no había demorado ni quince minutos y, apenas volvió, fue directamente hasta la cuna para ver a la nena. Cual no fue su sorpresa al encontrar la cuna vacía. Afligida, buscó rápidamente bajo de las camas y los demás muebles sin encontrar nada. Era imposible que la nena descendiera por sus medios de la cuna, pues las barandas eran bastante altas y la criatura aún ni gateaba. La cuna estaba destapada como si alguien la hubiera sacado alzando pero sin violentarla.

Desesperada, salió corriendo hacia la calle llorando sin poder articular palabras. Poseída por el tremendo susto, solo atinaba a llorar y a recorrer el campamento en medio de la curiosidad de los vecinos. Pensaba que quizás hubieran llegado gitanos que, según decían, robaban criaturas, o quizás los duendes, que tanto persiguen a los chicos, se la habían llevado para jugar con ellos y que nunca más vería a su pequeña hija. Luego

de andar buscándola en ese sector del campamento, volvió nuevamente a casa a revisar otra vez. En esa tarea estaba, cuando el silbido de la pava que hervía en la cocina le llamó la atención, y cuando fue a retirarla encontró a la nena bajo de la cocina, donde jugaba tranquilamente sobre el piso frío de cemento. Esta escena le provocó un shock, un colapso nervioso que, por fortuna, fue al poco rato en que yo llegaba a casa.

Abrazada a la nena la encontré y me costó mucho arrancársela para acostarla en la cuna y darle la mamadera. Luego procedí a hacer otro tanto con mi señora que ya mostraba síntomas de desfallecer pues se quejaba de fuertes dolores de cabeza, por lo que le hice tomar unos calmantes. Me inquietó su aspecto demacrado y las fuertes contracciones que retenía y que amenazaban ahogarla.

Aprovechando el tiempo en que actuarían los comprimidos, apenas se durmió la nena, corrí hasta el hospital en procura del médico. Por fortuna logré que alguien me cediera su lugar en la fila y pude consultar explicándole al facultativo todos los pormenores del caso. No era norma en la empresa que el doctor vaya a domicilio. Tampoco por ese tiempo se disponía de ambulancias, por lo que el médico de turno —tratando de calmar mi nerviosidad— aconsejó reposo y que le suministrara los calmantes que debía retirar en farmacia.

—No se preocupe —dijo—, ese dolor le va a pasar en cuanto tome estas píldoras.

Regresé a casa jadeante, mi esposa no se había recuperado. Ningún efecto habían producido los medicamentos ingeridos originalmente y no vacilé en suministrarle los que llevaba. Su estado se presentaba ahora más convulsivo y sus lastimeros quejidos espasmódicos tornábanse más desgarradores.

Esperé impaciente el resultado de los comprimidos mientras la arropaba con las mantas. Aunque no tenía fiebre, sus excesivos y continuos movimientos provocados por el dolor hacían que las mantas se corrieran. Pasó el tiempo y nada... por el contrario, parecía que la medicación había sido contraproducente. Los gemidos aumentaron hasta convertirse en gritos de dolor. Sus manos apretaban su frente y de rato en rato intentaba arrancarse los cabellos por el dolor. Sus lágrimas corrían profusamente por sus mejillas dando una lividez trágica a su rostro que me torturaba al mirarla.

Si fuera otra vez al médico —pensaba para mis adentros—, tal vez no lo encuentre y además la nena puede despertar... no hay quien la cuide.

Anocheía. El hospital quedaba en el campamento de la administración, algo retirado de mi domicilio; no sabía qué hacer ni me animaba a tomar decisión alguna. Me encontraba desesperado y ya la angustia parecía quebrar mi serenidad. Antes de vacilar más, opté por llamar a una vieja vecina que vivía más abajo, y que simpatizaba mucho con mi señora. La llamaría para consultarle qué hacer, para salir de esa afligente incertidumbre y antes de que yo también resultara víctima de una crisis. Corrí a lo de doña Marta y la llevé a casa casi sin demoras. En pocas palabras le expuse todo lo sucedido mientras la hacía pasar al dormitorio. Luego de ver a mi esposa se dedicó a atenderla, me pidió un poco de vinagre, toallas y un cepillo de cerda, y sacando de su bolsillo un frasquito de sales amoniacaes se lo acercó a la nariz para hacerla reaccionar a la vez que le friccionaba la frente. Luego le cepilló el cabello terminando con unos fomentos de vinagre en la cabeza, en la parte de las sienes. Yo la miraba sin hacer nada.

Luego de estos enjuagues se quedó mirándola silenciosamente. La dejó sola y me escurrió a la cocina.

La noche había cerrado cubriendo con su denso silencio aquel campamento que cobraba vida solamente entre el alba y el ocaso.

Me encontraba pensativo viendo arder el fuego de la cocina, cuando doña Marta entró muy suavemente y, mirando fijamente a mis ojos, dijo alarmada:

—Su señora está muy mal.

—¿Qué es lo que tiene? —repliqué.

—Bueno, la cosa puede ser grave o no. Según como se la mire —dijo, mientras calentaba sus manos en la hornalla.

—¿Quiere que vuelva al médico? —le pregunté.

—No. El médico no le va a hacer nada. No entiende de estas cosas —argumentó.

—¿Y entonces...?

—La verdad es que su señora ha sufrido un “arrebato”; está asustada y no hay medicamentos para curarla —arguyó—. Solamente puede curarla un curandero y para eso hay que ir al campo. Como no hay por el momento ninguno cerca, va a tener que curarla usted.

—¿Yo...? ¿Si no entiendo de esas cosas?

—Y... no hay más remedio. Tiene que hacerlo si quiere curar a su esposa.

—¿Qué debo hacer! Explíquemelo, por favor. El ver sufrir así a mi mujer me va a volver loco —supliqué compungidamente.

—Así me gusta. Ahora, espere que le explique —dijo mientras se acomodaba en la silla a la vez que subía la mantilla para cubrirse las espaldas.

Doña Marta, boliviana de nacionalidad, era una persona bondadosa y de un carácter apacible y noble que le había granjeado las simpatías de los vecinos del campamento. Estaba ya entre los 50 años. Los pocos cabellos blancos que matizaban sus largas y negras trenzas atadas a la nuca en forma de rodete le daban la apariencia de menos años.

Su curtido rostro estaba surcado por las huellas del sufrimiento y hacía entrever una vida de privaciones y de duro trabajo. Su baja estatura y bien formado cuerpo hacían resaltar sus contornos dándole una cierta esbeltez para los años que tenía.

Su experiencia en este tipo de cosas la había hecho penetrar algo en la psicología de sus semejantes, por lo que me explicó que el “arrebato” no era más que un susto, pero un susto mayúsculo que sufría una persona sensible provocándole un estado traumático originado por su crisis nerviosa, un colapso psíquico. Decía, doña Marta, por lo que le habían contado los más “sabios” o conocedores, que el espíritu de una persona asustada abandonaba el cuerpo y su espíritu deambulaba en pena mientras su cuerpo sufría una serie de males que a la medicina clínica le era muy difícil de curar. Indudablemente, el efecto era psíquico y para ello se requerían otros métodos de cura: los psicoterapéuticos y estos, por el momento, estaban fuera de nuestro alcance por lo que necesariamente había que recurrir a los métodos del curanderismo casero.

—Lo que le voy a decir es muy serio y usted debe aceptarlo como tal —argumentó—. No es broma. Tiene que poner mucha fe de su parte y no tener miedo.

—¡Pero que es lo que tengo que hacer, doña Marta! —dije, ya con insistencia.

—Pues tiene que llamarle al espíritu.

—¿Cómo? ¿Llamar el espíritu? —Aunque yo algo había oído hablar de esas cosas nunca les había dado crédito. Volví a requerir—. ¿Cómo se hace para llamar un espíritu?

Doña Marta, con su voz calma como siempre y con un tono de mucha solemnidad, explicó:

—Tiene que ser esta noche, justo a medianoche: a las doce en punto de la noche y sin que nadie, pero nadie lo vea, debe salir a media calle con una “guaguita” hecha con las ropas de su mujer, las que tenía puestas en el momento del “arrebato”, y llamarla por su nombre. Tres veces debe gritar

el nombre de su mujer, pidiéndole que vuelva, y retornar a la casa sin darse vuelta. No debe asustarse por ningún motivo —recomendó finalmente.

Ahora más asombrado aún, vacilé en contestar inmediatamente. Mi incredulidad se hacía más fuerte y dudaba de la cura. No ignoraba que, en la mayoría de los pueblos del norte, las gentes criollas, por lo general, recurrían a toda suerte de ritos y supercherías en los casos de enfermedades y accidentes. En principio, estas cosas las tomaba como una consecuencia de la falta de médicos y la carencia de salas de primeros auxilios en la zona.

Estas costumbres eran consecuencia del atraso en que se desenvolvían los pueblos y del escaso desarrollo intelectual como resultado de la falta de medios. No eran pocos los que se valían de los “curanderos” o “manos santas” para diversos problemas de salud y físicos. Sus éxitos eran bien comentados, y esto se debía al estado de credibilidad y confianza que prestaba el recurrente. Pero, en este caso, tendría que hacer yo de curandero improvisado, con una enferma semiinconsciente. A la fe no podía ponerla la enferma sino el “curador”. Me resultaba paradójico y cómico a la vez, pero el sufrimiento de mi esposa no me daba alternativas, por lo que resignadamente acepté hacerlo.

—Y todo depende de la fe que ponga —sentenció doña Marta pasando al dormitorio para traer las ropas con que haría la “guaguita”. Luego de armarla y hacerla un poco graciosa, me la entregó—. Ahora la hace acostar al lado de su señora hasta que sea la hora. Después la retira y hace lo que le dije, y vuelva a ponerla en su lugar. No debe tener miedo ni haga las cosas a medias, ¿entendido?

—Sí, doña Marta —contesté, aún algo confundido.

Cuando acompañé a doña Marta a su domicilio, la luna asomaba por sobre las cumbres como una esfera de alabastro, transparente y bañando con su pálida luz aquel campamento minero, perdido entre un cúmulo de cerros y montañas. La noche era fría y ligeras ráfagas de viento soplaban haciendo polvear la tierra de sus angostas y largas calles. Amenazaban aumentar el frío y el viento.

Al volver a casa, avivé el fuego de la cocina para preparar un poco de café. Mi señora dormitaba sobresaltada, seguía quejándose agudamente. La muñeca de trapo se encontraba a su lado. Di cuerda al reloj y me senté a esperar mientras sorbía café caliente.

Cuántas cosas desfilaban por mi mente. Empezaba a recordar los cuentos que mi madre solía relatarme cuando niño, cuentos de fantasmas y aparecidos, truculentos y llenos de fantasía. También llegaban a mi

memoria leyendas y costumbres que había escuchado de gentes del lugar y que adquirirían mayor relevancia en aquel momento. Hasta el reloj parecía marcar el avance del tiempo con más resonancia y su tic-tac resonaba en las paredes de la casa. Traté de despejar mi mente pensando en otras cosas, pero era inútil, el compás del reloj se sobreponía: faltaba nada más que un cuarto de hora para la medianoche.

Súbitamente, me invadió un extraño temor; aunque no era persona fácil de llevarse por delante, empecé a sentir miedo. Una insólita inquietud y nerviosismo me hacía dudar de mi capacidad de ánimo para llevar a cabo lo propuesto. Tenía las manos transpiradas cuando fui a buscar la “guagua” de trapos. El minuterio del reloj, ahora, parecía correr sobre su esfera. Todas las luces, a excepción de la cocina, estaban apagadas. Me puse junto a la puerta esperando el último minuto, cuando un largo y agudo aullido de un perro me paralizó completamente y un frío sudor me bañó de cuerpo entero. Recordé haber escuchado a las gentes decir que los perros aullan cuando ven un alma en pena de algún cuerpo cercano a la muerte. El peso de la muñeca era tremendo. Mis brazos estaban adormecidos, ateridos por el miedo que me impidió abrir la puerta a la primera intención. Tampoco las piernas me respondían; continuaba paralizado. Los latidos de mi corazón me impedían oír cualquier otro ruido. Haciendo supremos esfuerzos me armé nuevamente de valor e hice girar el picaporte de la puerta y esta crujió estridentemente provocando un ligero escozor en mi espalda. Con el rostro mojado por la transpiración y a paso vacilante, llegué hasta el umbral de la puerta. Reinaba un absoluto silencio. La luna había avanzado bastante y algunas sombras se perfilaban como observándome; parecían enormes monstruos listos para lanzarse sobre mí. La pálida luz les daba formas grotescas al reflejarlas sobre las blancas paredes de esas “corridas” dándoles apariencia de tumbas en un cementerio de gigantes.

Abstraído en todo ese mar de pensamientos, me dirigí al centro de la calle con la “guagua” en brazos mirando a lo largo de la “corrida”. Emití el primer grito que salió como un raro sonido gutural ahogado de mi garganta. Sin vacilar volví a intentarlo. Me faltaba fuerza; apenas salió un “gallo” que hubiera hecho reír a muchos en otras circunstancias, y que, ahora, en nada se parecía al nombre de mi señora. Esta vez, tomando aliento de nuevo, grité por tercera vez y al fin logré mi propósito. Lancé un grito tan potente que más de un buen vecino debió despertarse y el eco me pareció oírlo retumbar por varios días entre los cerros de Aguilar. Cumplida esta operación, volví rápidamente y cerré tras de mí la puerta y me

quedé apoyado contra ella mientras me secaba el sudor que goteaba por mi frente. Mi agitación tendía a calmarse luego de aquella carrera infernal de cinco metros. Luego de colocar nuevamente la muñeca al lado de mi señora que aún dormía sin haber variado su estado convulsivo, volví a la cocina a preparar más café. Me parecía haber vivido un siglo de suspenso cuando apenas habían transcurrido cinco minutos. Nada había perturbado el desarrollo del ritual.

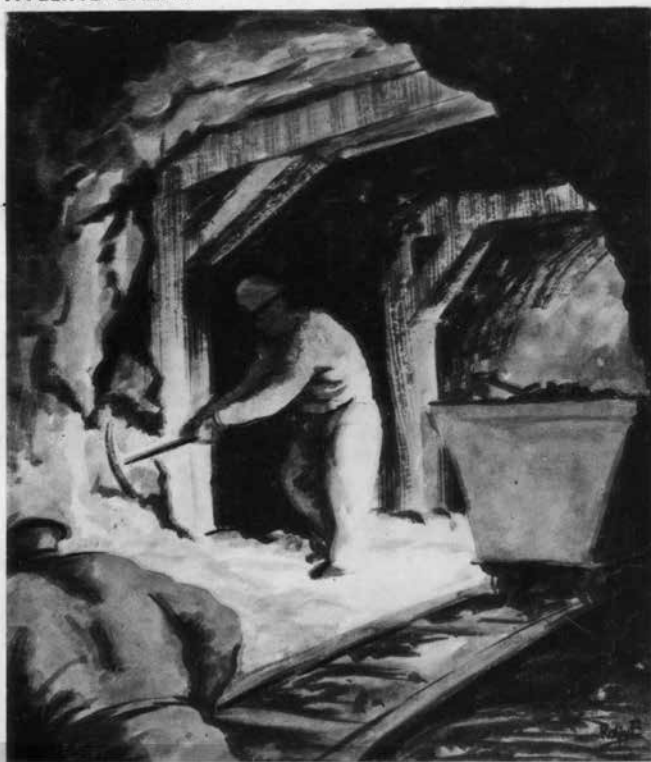
Tranquilo ya, y luego de tomar más café a falta de una cena, decidí acostarme y lo hice en la cama de al lado de la enferma, junto a la ventana. Mi nena había tomado otra vez su mamadera y ahora dormía plácidamente. Los ayes y quejidos de mi esposa habían disminuido un poco, quizás porque ahora recién dormía. Acostado observaba la luna que había cruzado el cenit y avanzaba en el espacio como un gran disco de plata. Rogaba fervientemente que diera resultado mi “cura”, pues, si fracasaba, tendría una serie de problemas, tales de faltar al trabajo, hacer los pedidos de permisos y llevar a mi señora al hospital. No obstante estas preocupaciones, mantenía mi escepticismo en cuanto a estas fórmulas de curación aunque en ello había puesto toda mi buena voluntad y toda la fe que yo creía disponer en el procedimiento. Pensando en esas cosas transcurría el tiempo, cuando el sueño invadía lentamente mi cuerpo y los párpados apenas si podía sostenerlos. Aflojé mis nervios y me entregué al descanso. De pronto sentí un crujido en la puerta. Estaba con llave. Luego otro más notorio y, de repente, una helada corriente recorrió todo mi cuerpo. Creí ver una sombra, apenas perceptible, que en forma sigilosa avanzaba hacia el dormitorio como si estuviera descalza. Eran mis sentidos exacerbados que me anunciaban la presencia de alguien, quizás el espíritu llamado. Inmóvil, casi petrificado y sudando a mares entre las sábanas, captaba no obstante su aproximación en aquella oscuridad profunda. No me atrevía a abrir los ojos, como si así quisiera evitar el contacto que habría de producirse de un momento a otro. Parecía contar sus pasos y me decía: “ya está a tres pasos”, “ya a dos”, “ya está a mi lado”. De pronto, sentí la presencia de aquel bulto sentarse y luego recostarse a mi lado. Su contacto con mi cuerpo me estremeció hasta la médula; sabía que estaba allí sobre mi cama, acostado junto a mí. Yo casi dejé de respirar por un miedo pasmoso de hacer un ligero movimiento. Esos instantes eran interminables y angustiosos. Una sensación de pánico me paralizó completamente obnubilando mi mente. Esa mezcla de pánico y ansiedad parecía impedirme indicar al espíritu que se había confundido de cama. ¡Cómo hacer para indicarle que la cama

de la enferma era la otra! Una vorágine de pensamientos se entrecruzaban en mi cabeza sin encontrar salida. Cuando, súbitamente, noté que el peso no estaba más. Me quedé reteniendo la respiración unos instantes y, para convencerme de que no soñaba, intenté mover un pie, pero no pude hacerlo por lo adormecido que estaba. Suavemente empecé a abrir los ojos y a través de las sábanas vi la claridad de la luna. Aventuré darme vuelta y correr las sábanas que tapaban mi cara, que estaba toda mojada de transpiración. Estaba agitado cuando desperté del todo. Había sido objeto de una singular pesadilla. Todo estaba tranquilo. Mi señora dormía más tranquila, lo mismo que la nena. ¡Qué noche, Señor!

La campanilla del despertador vino a interrumpir el reparador descanso. Desperté y empezaba a desperezarme, cuando escuché ruidos en la cocina: mi señora ya se había levantado y preparaba el desayuno. Me levanté y le pregunté cómo estaba. Dijo sentirse bien, aunque algo dolorida de cuerpo. No recordaba casi nada de lo ocurrido. No quise seguir preguntando y me fui a trabajar tranquilo como siempre.



AVELINO BAZÁN



VOCES DEL SOCAVÓN

RELATOS, VIVENCIAS Y SUCESOS EN EL AGUILAR

Portada de la edición original de *Voces del socavón. Relatos, vivencias y sucesos en El Aguilar* (San Salvador de Jujuy, 1986)

Segunda carta para Avelino Bazán

Cuando escribí a mi tío Avelino en la primera carta publicada en *El porqué de mi lucha* (Archivo Nacional de la Memoria, 2011), allí se revelaban las razones de su lucha de trabajo minero y de sus funciones gremiales. Hoy con esfuerzo y sacrificio se inicia la escritura de esta segunda carta que acompaña la reedición de la Biblioteca Nacional de *Voces del socavón*, libro que relata vivencias y costumbres del Norte argentino, intentado mostrar los lineamientos de sus convicciones e ideales sociales y políticos, como también describir los padeceres de la injusticia.

* * *

Estimado Tío:

Pasaron tantas cosas que no sé por dónde iniciar mi relato. La más dolorosa para mí es la partida de mi mamá, Rosa, tu hermana, y de Carozo, tu sobrino, que fueron ambas en el mismo año, situación difícil y dolorosa de superar. Aún no me resigno a haberme quedado sin familia cercana, pero sí creo que es verdad que en el cielo o en las estrellas se hallan todos juntos, y seguramente estés enterado de toda esta vivencia.

Hoy deseo escribir con mucha pena desde la pérdida y de sentirme sola. Tal vez la gente que me rodea a pesar de su cariño no alcanza a mitigar lo que siento, aunque se compensa en mi ser al saber dónde llevar una rosa, dónde visitarlos. Aunque no los vea, se cerró el círculo.

Pero contigo fue mucho más difícil, aunque desconozco al menos si buscarte de este lado o esperar al equipo de Antropología Forense de Argentina que trabaja en relación con los Centros Clandestinos de Detención y Exterminio para hacer una realidad: la de una esperanza de identificación de tus restos.

Mi tía Olga aún te espera. Ya viejita, con 84 años (la misma edad con la que se fue mi mamá), sé que es muy difícil y duro para ella esperarte. Se quedó en Jujuy. Realmente el tiempo se congeló en ella. Mirian y Mirta, tus hijas, están bien. Mirian ya casi está por jubilarse, y Mirta ya está

jubilada; Mirian vive en Buenos Aires y visita a Mirta, siempre en Jujuy, con su madre (mi tía Olga) a su cuidado.

Por ello hacer *Voces del socavón* nuevamente trajo a mi memoria al tío Necemio Bazán entregándome tus escritos. Él confió en mis manos, previo a su partida a Dios celestial (de esto ya hace unos años). Pero esto causó en ese momento una lectura inquietante que se entremezclaba con llanto y tristeza, tanto por los relatos como por las historias vividas que deslizaban tus ideales. Sería de mi agrado que se convierta en lectura obligatoria de cada joven puneño, pero es solo un deseo.

Destaco la iniciativa que trae la Biblioteca Nacional, que es acertada. Luego, con el tiempo, tal vez venga la impresión en papel para llegar al Norte argentino, con pretensión de ser un tiraje para todo el país. Hoy estamos en tiempos adversos y de proscripciones, pero la militancia siempre encuentra una hendidura cultural y social popular para poder instalar tu libro que viene a darnos luces de esperanza, sembrando aires de lucha, sabiendo que cada militante tiene un dirigente en su interior.

Estos tiempos traen a mi memoria algo que dijiste cuando estabas en el puente internacional La Quiaca-Villazón, con Carozo (hermano) y conmigo: “¿Por qué me voy a ir si yo no hice nada? El que nada hace nada teme”. Estamos viviendo tiempos despóticos e inhumanos. Se cercenan derechos de los jubilados, los sueldos cada vez alcanzan menos, la clase media recurre al crédito para pagar en cuotas sus alimentos y finalmente la ausencia del Estado en las necesidades sociales elementales. Por otra parte, la industria nacional degastada por la quita de impuestos a los productos importados. Con estas medidas se afectan directamente a las pymes, fuente laboral de muchos trabajadores; para colmo, la espada de Damocles, la deuda del FMI con un daño inimaginable a nuestro país por generaciones.

Bajo estas circunstancias te digo que mis primos, hijos del tío Alberto Bazán, están todos luchando en los gremios docentes. Todos de una manera u otra están luchando por convicciones o creencias para un país más justo.

Ahora queda organización y lucha, movimiento social para defender lo propio, los derechos ganados para sembrar esperanza, y así poder despertar conciencia de justicia social a nuestro pueblo y decirle que es a través de la política, única herramienta de transformación para el ascenso social, mediante todo frente de lucha posible, como quiso el general Perón.

Por ello la educación y la cultura interesan. *El porqué de mi lucha*, tu segundo libro, fue realizado bajo un programa nacional con presupuesto genuino para imprimir y repartir en forma gratuita, fue ese su gran objetivo. Ahora haremos de *Voces del socavón* tu voz presente.

La lucha continúa. Hace un tiempo un docente tomó tu bandera. Su nombre es Donato Cachambi, quien se dedica a revitalizar la memoria para hacerla activa con los pocos y viejos mineros que aún viven (y por cierto militantes de sus ideales, basta con ver sus testificaciones en los juicios de lesa humanidad). Son hijos de la Madre Tierra, que desde su centro de corazón de hierro, su socavón y con voluntad maciza muestra a estos valientes hombres que, a pesar de su difícil pasado de ex presos políticos, continúan promoviendo y organizando cada año desde 1964 un homenaje, que hoy es un hito histórico, la Marcha de la Dignidad, junto a los pueblos originarios y a la sociedad puneña.

Me despido de vos con tu consigna inicial:

ADELANTE, MINERITOS MINEROS DE AGUILAR.

¡POR LA PATRIA, LA JUSTICIA Y POR NUESTRA DIGNIDAD!!!

Dina Cardozo

Sobrina de Avelino Bazán

Buenos Aires, 22 de mayo de 2025

Apéndice de imágenes

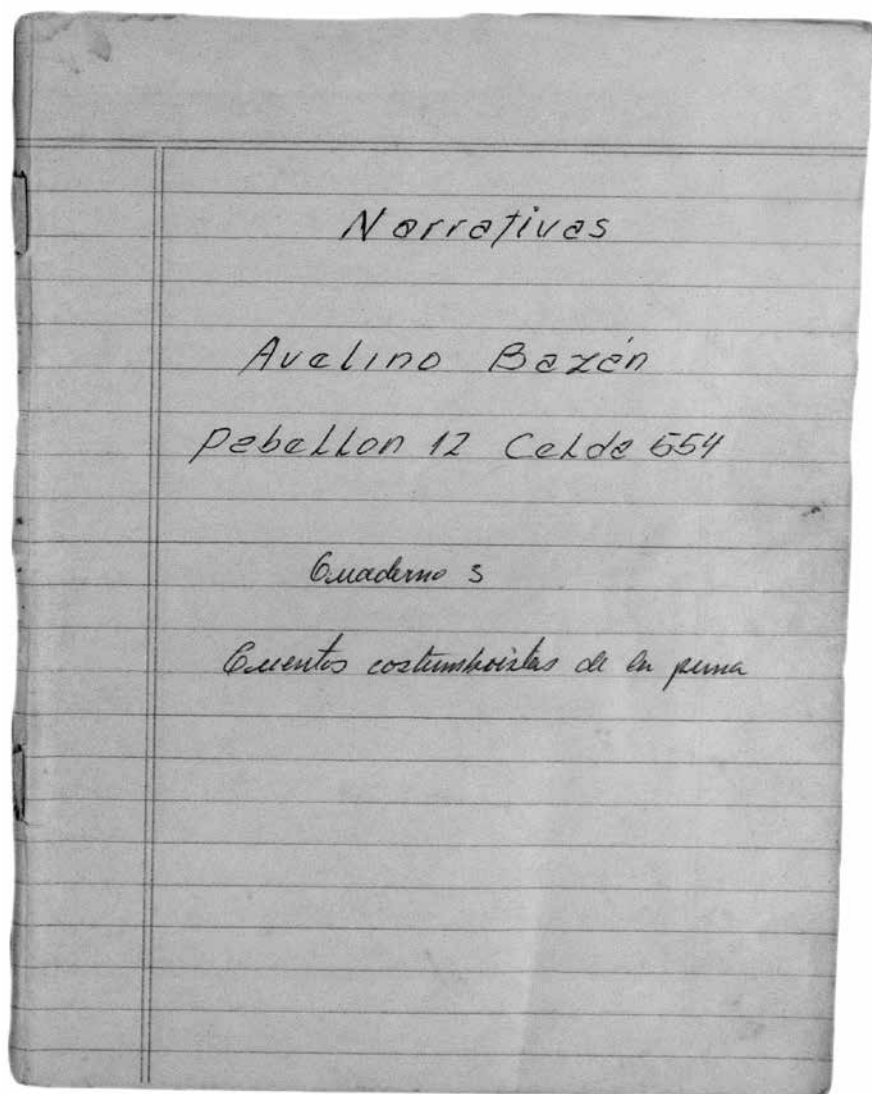
AVELINO BAZÁN

EL POR QUÉ DE MI LUCHA

30 AÑOS EN LA VIDA GREMIAL
DEL PUEBLO AGUILAREÑO



Avelino Bazán, *El porqué de mi lucha. 30 años en la vida gremial del pueblo aguilareño*, Buenos Aires, Presidencia de la Nación, Archivo Nacional de la Memoria, 2011.



En 2011 la esposa de Avelino Bazán, Olga Graciela Ovalle de Bazán, junto a sus dos hijas, Mirtha Graciela Bazán y Mirian Bazán, por medio del acta firmada por Dina Cardoso (sobrina), donaron al Archivo Nacional de la Memoria dos cuadernos de autoría de Avelino Bazán. La colección contiene, según el acta de donación, copias digitales de los cuadernos manuscritos de las obras *Voces del socavón* y *El porqué de mi lucha*. Aquí se observan algunos fragmentos del primero de ellos, redactado por Avelino en la Unidad Penal N° 9 de La Plata, donde ingresó en octubre de 1976.

La Puna Jujeña: ~~es~~ pedazo de tierra madre que aún amamanta a sus hijos en las heladas y frías soledades de ~~este~~ páramo del norte argentino. pedazo de patria natia que comparte en silencio el lecho ca-
lor materno que irradia de su bondad infinita, como queriendo infundirles más vida a esos míseros vestigios de una raza, que otrora fueron guerreros indomables, orgullosos de su real estirpe.

Pueblos nobles, que un día
acontecer, se extinguirían como los ra-
yos del sol hasta cubrir un vasto
sector del continente. lloran hoy su
desamparo, librados a una suerte
incierta en la inmensidad de sus
desiertos, clamando por no desaparecer
como las aguas de sus ríos tra-
gados por la aridez de sus quebradas.

das.

No son sus vientos los que gimen como arrancando girones de carne viva, sino sus quenas lastimeras que hieren con más aguijón que el acrietado filo de sus rocas. También hieren las sutiles notas de sus erques y charangos, como la saqueidad de sus coplas en el retumbar de sus cajas ^{como} para aferrarse a una ^{esperanza} esperanza que inexorablemente se esfuma en el claro de sus horizontes.

Su lucha es perpetua, titánica y estéril por sobrevivir al tiempo y al espacio. Pronto, nada quedará; ni el acceso misterioso de sus leyendas, tradiciones, mitos ni costumbres, donde un día se funcionaban pueblos legendarios que en un afán de igualar el vuelo altivo de sus cóndores, también pretendieron competir con los Dioses los rayos del dorado Sol invicto.—

Coplas

Soy jujaño, soy saltano
También soy catemargueño
Domitio todas partes
Soy obrero aguilarano

Soy hijo de la montaña
Periante de El Aguilar
El SACAVÓN ES MI CASA
LA COSECHA MINERAL

EL plomo transpira sangre
que luego se lava con llanto.
Cuando muere un minero
también se apaga su canto

PARA QUIEN TRABAJARÍA
Golpeándome NOCHE Y DÍA
EL FRUTO DE MI TRABAJO
Aunque se lo llevaría

AL TERMINARSE LA VETA
Todo se lo ~~lebró~~ ~~lebrado~~
De los hombres que la extrajeran
Solo las cruces quedaron

El Arrebató

Hacia casi ~~por~~ ^{un} año ~~que de~~ ^{habíamos} ~~estaba~~ casado, y con mi señora vivíamos en una casita que nos había prestado la empresa, por entonces trabajaba en la Compañía Minera Aguilar S.A. y hacía algunos años que me desempeñaba como chofer de uno de sus camiones para el transporte de concentrados de mineral.

La casita no era grande; pues constaba de dos habitaciones; como dos dormitorios y una pequeña cocina. En el dormitorio habíamos arrendado dos camas y una cuna para nuestra niña de apenas cinco meses de edad. Formábamos una pareja feliz rodeada de la alegría de nuestra única hija, yo cumplía servicios de ocho horas diarias, frías, nada de cuatro en cuatro, terminando mis labores a las diecisiete horas. Raras veces me quedaba a trabajar horas extras, Generalmente, mis horas libres, las dedicaba a la lectura y al estudio, cuando no, a disputar al encanto de mi hija mientras, tiradonfo, la cama la hacía puzar.

Vivía modestamente, y mi salario, aunque no me ficiente, no alcanzaba para el mantenimiento de los



Avelino Bazán.



Avelino Bazán junto a sus compañeros de trabajo.



Avelino Bazán (centro). A la derecha, Ricardo de Aparici.



Avelino Bazán, apoyado en el caballo blanco.



Marcha de los mineros conocida como el “Aguilarazo”, 1964.



Avelino Bazán junto a su
sobrina, Dina Cardozo.



Dina Cardozo.

Rosa Dina Bazán,
hermana de Avelino.



Carlos Trejo
(dirigente minero)
y Rosa Dina Bazán
entran a Mina Aguilar.





Miriam Bazán y Olga Ovalle de Bazán, hija y esposa de Avelino respectivamente.



Placa de reconocimiento a Avelino Bazán, Mina Aguilar, diciembre de 1971.



Postal de Mina Aguilar.



Mineros de El Aguilar en la nieve, 1960.



Imposición del nombre “Avelino Bazán” a Escuela N° 209
del paraje Valiazo (Humahuaca, Jujuy).



Escuela N° 209 Avelino Bazán.



Ilustración en homenaje a Avelino Bazán y la lucha minera
de la artista Alicia Faltracco.

Este ejemplar se terminó de imprimir en el mes de abril de 2026
en Latin Gráfica S.R.L., Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

El Centro de Estudios sobre Pueblos Originarios unifica los fondos bibliográficos, hemerográficos y documentales de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno referidos a la historia de los pueblos originarios y su herencia cultural. A su vez, promueve la investigación de dichos fondos para la preservación y difusión de las culturas indígenas que habitaron y habitan el territorio argentino, mediante la recuperación de fuentes orales, así como también de libros fundamentales sobre la temática.

En *Voces del socavón. Relatos, vivencias y sucesos en El Aguilar* se encuentra un registro último y casi temible de la explotación, el racismo y el clasismo de la industria minera. Es, además, un libro escrito desde adentro de una cultura, que habla de las patronales y sus cómplices; de la vida del obrero y de las mujeres de la Puna; de las ceremonias ancestrales y de los intentos de apaciguar al Ukako, el celoso dios que vela por los frutos de la madre tierra que le son arrancados. Avelino Bazán transmite la crudeza del desamparo. Cada metro de túnel regado con sangre de sus compañeros se llena de plegarias silenciosas a la Pachamama. Por temor a enojar a los “gringos”, los obreros se las ingenian para llevar en sus chuspas las hojitas de coca para aliviar sus heridas espirituales, “tal si fuera el néctar de la ambrosía”. Sin embargo, sus costumbres milenarias se fusionan con las obligaciones católicas, transportando santos en procesiones por los largos senderos de las pampas y los cerros, hasta llegar a una capilla para cumplir con la misa. Al son de los bombos, tambores y erkes, celebran al patrono con una ceremonia sencilla y esperanzadora ante tanta injusticia.